



DESDE TODAS LAS COSAS SE LEVANTAN CANTOS



PROYECTO EDITORIAL
BIBLIOS DE LOS DÍAS

ANTOLOGÍA LITERARIA DE ESTUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD DISTRITAL



El cantar de la palabra
ANTOLOGÍA LITERARIA

- © Título: *El cantar de la palabra*
- © *El cantar de la palabra*, 2021
- © Primera Edición - Versión Digital

Convocatoria y recopilación: Equipo organizador de *El cantar de la palabra*
Diseño y edición: Equipo organizador de *El cantar de la palabra*
Revisión y cuidado del texto: Equipo organizador de *El cantar de la palabra*
Portada: María Catalina Vanegas
Fotografías, ilustraciones y collages: Propiedad de los/as autoras
Poema en paralelo: Wendy Vargas y Michael Albornoz
Contacto: lapalabraliterariaud@gmail.com

- © Proyecto Editorial Hijos de los Días, 2021

Todos los derechos de este libro están reservados. Sin embargo, si sumercé gusta puede compartirlo, difundirlo y comentarlo, siempre y cuando no tenga una motivación más allá de la lectura. Ni nosotros como equipo de *El cantar de la palabra*, ni nadie en general, se lucrará de él.

Y, por favor, refiera siempre los créditos de quienes lo escriben o acompañan con sus obras gráficas. ¡Gracias!



PROYECTO EDITORIAL
HIJOS DE LOS DÍAS

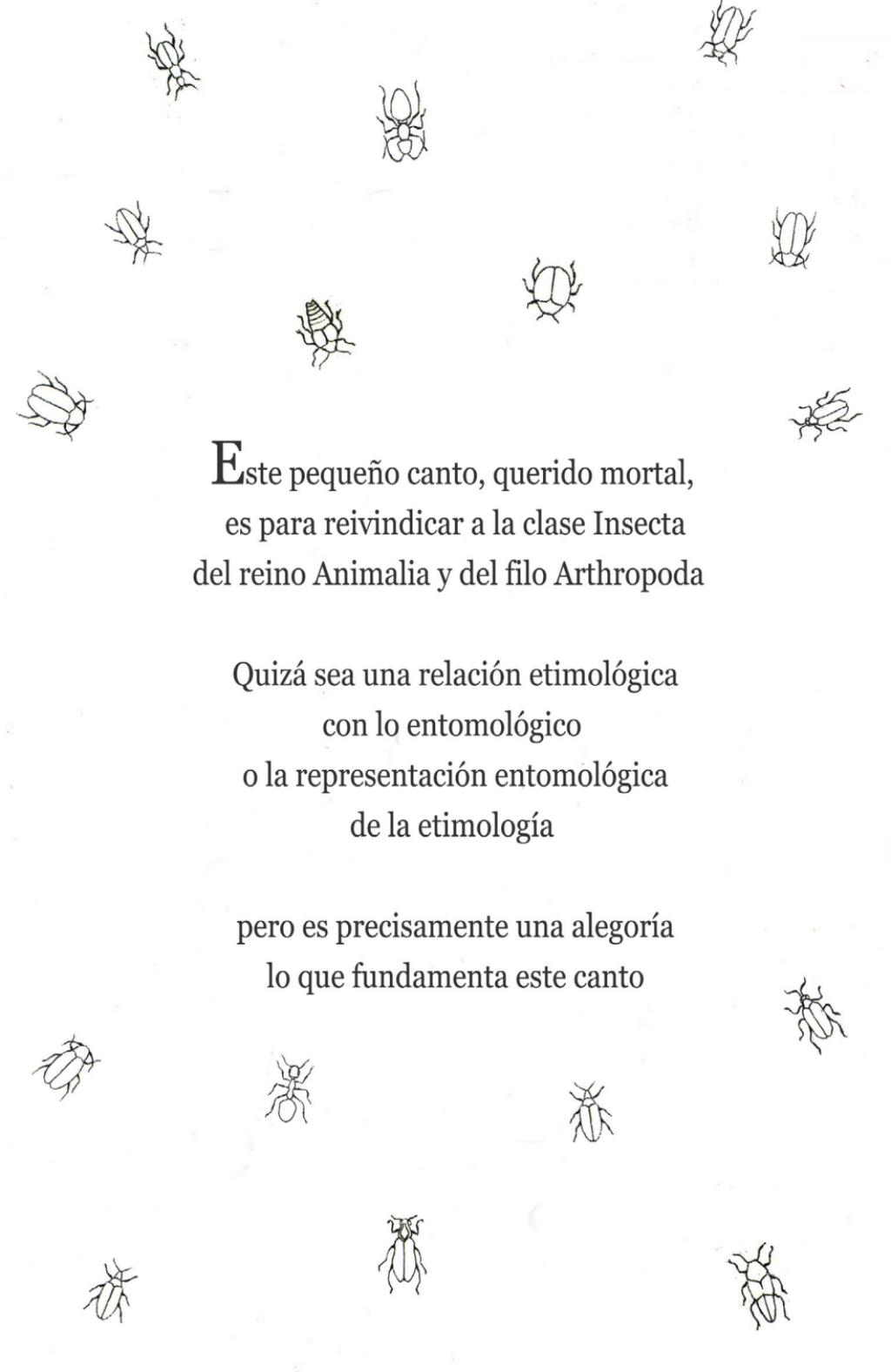
PERSONAS

Como toda antología, este libro no es otra cosa que una reunión de rostros con identidades y búsquedas diversas. Mejor aún: es una juntanza de manos sosteniendo un proyecto que se ofrece con gusto a la comunidad lectora en general: a ese grupo de personas desconocidas que puedan llegar a leerlo pertenece. Es su vocación.

Sin embargo, este libro tiene manos con nombres particulares: es de *Kely Galeano, María Alejandra Sotaquirá, Laura Daniela Rojas, Valeria Mosquera y Catalina Vanegas*, con quienes hemos conformado un equipo con profundo tacto y afecto. Asimismo, pertenece a *Wendy Vargas y Michael Albornoz*, quienes han apoyado de principio a fin el concepto que se ha querido plasmar en este texto con sus palabras e ideas. También es de *Viviana Santos, Harold Pascagaza, Christian Rincón, Diego Rodríguez Rojas, Heidy Bustos, Luisa Fernanda Calderón, Naisha Alejandra Herrera, Jhon Vargas, Anderson Alarcón, Andrés Rodríguez Juan David Cabrera, Jessica Toloza y Catalina Jaramillo*, quienes han colaborado en la decisión del primer filtro. De igual manera es de *John Gómez, Margarita Losada Vargas, Andrés Álvarez Arboleda, Mauricio Palomo Riaño, Yamile Vanegas Santos, Sebastián Barbosa, Carolina Cárdenas, Alejo Morales, Lina Cortés, Diana Sanabria Boada, Diego Valbuena y Alexander Espejo*, quienes nos han aportado en el proceso de selección del segundo filtro. Cada uno de estos nombres es un fragmento esencial de esta miscelánea literaria, sin duda.

Ahora bien, si nos apuramos, a quienes pertenece este libro más hondamente es a todos los escritores y escritoras que confiaron en que sus creaciones tendrían un buen asidero en esta antología, así como a cada amiga y amigo de la Universidad Distrital que ha creído, husmeado, chismeadío y abrazado este proyecto. ¡Gracias!

William Pascagaza Jiménez



Este pequeño canto, querido mortal,
es para reivindicar a la clase Insecta
del reino Animalia y del filo Arthropoda

Quizá sea una relación etimológica
con lo entomológico
o la representación entomológica
de la etimología

pero es precisamente una alegoría
lo que fundamenta este canto

POESÍA



Mateo Quintana (Eme)

Nació en Bogotá en 1993. Docente en formación en Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana. Promotor de lectura, gestor ambiental, cultural, bibliotecario comunitario y educador popular, fundador de la Biblioteca Popular La Montaña en la Localidad de San Cristóbal. Ha dictado talleres itinerantes de creación literaria en espacios comunitarios. Este 2020 llevó a cabo el taller de creación literaria *En marcha: la poesía y la revolución liberal* en la Casa Museo Alfonso López Pumarejo de Honda, Tolima vía Facebook Live. Espera publicar de forma independiente su poemario *Lo difícil de estar conmigo* antes de que finalice el año; de allí derivan los tres poemas de la presente selección.

I

Recorro los pasos que
trace en el viento.

El miedo es un insecto
que devora mis ojos.

La sangre que se agolpa
en mis cienes cae como
lluvia en el valle del

Olvido.

Sudo lombrices que arrojo
como piedras en las marchas de mi libertad.

Soy mi dictador favorito:
voto por mí para perpetuar

mi dolor.

II

Naturaleza

El cielo gris del fin de la tarde.
Atisbos de luz escapan entre
las nubes, el azul se mueve
en el tiempo
y la montaña se convierte
en el fondo del teatro.

Las aves cantan luego de la lluvia,
sus sonatas anuncian el inicio
de la calma y el vaho
que sube
rama por rama,
a los árboles que alzan
sus hojas orgullosas,
al viento de oriente
que las ha de llevar lejos;

quizás, hacia el canal donde el
agua cristalina se pudre
en su paso por la ciudad.

III

Recordar y nunca olvidar... nunca olvidar...

Madre de Buenaventura/Los Matachines de Buenaventura

La bala calla la boca.

El sol es una puerta
que se abre ante

el miedo.

Las nubes llevan el tiempo.

La lluvia escupe mentiras.
En mi cara mojada
floreцен olvidos,
memoria de los silenciados,
bocas que se tragan la tierra.

Nudo en la garganta
que me cuelga de las ramas
de la locura.

Árbol de historias no vividas,
hojas de vidas no contadas,
la memoria es un regalo.

Memoria del dolor.

Memoria del adiós.

Memoria para la memoria.

Si los muertos escribieran estas líneas,
la boca callaría la bala.



Catalina Vanegas Porras (Floresmira Saavedra)

(Bogotá, 2000). Creo en las convergencias, esos espacios relativos donde se confunden dos objetos absurdamente distintos. Soy antes que todo una convergencia de asuntos que siempre se dirigirán hacia el arte. Dibujo más de lo que veo y leo mucho más de lo que escribo; lo hago para visibilizar aquello que se ha fusionado en mí y que con arduo trabajo puede convertirse en artefacto de lo estético. Escribo para decirme y complacerme. No busco engrandecer mi nombre que no tiene ningún significado y del que me deshago con constante facilidad, encuentro más fascinante el anonimato, pero en definitiva deseo que esos otros que habitan en mí y que toman voz cuando escribo se conviertan en presencias monstruosas para los que puedan leerlos, que ellos y no yo los perjudiquen a ustedes y a la poesía. Mis bestias siguen en construcción.

Ulmaría

Quien está a tus pies no es el Otro.
El hombre de estructuras ha sido acribillado
dejando apenas las sobras,
el polvo de sus escabrosos huesos.
Te has encargado de rasgar sus músculos,
de inutilizar cada órgano.
Quien está a tus pies soy yo desnudo,
es esto lo que se ve, esto es lo que soy.
Has expuesto mi innegable fragilidad
¿O acaso conoces algo más íntimo que el Miedo?
Ahora late en mi cuerpo, lo ha nombrado su propiedad.
Gracias a ti ahora toda voluntad me es ajena,
mis capacidades son un mísero sueño,
la voz me ha abandonado.

Entre los pétalos que he besado
y que no miran más que el dolor
se pasea la despedida.
¡Te lo ruego!
Dame espacio entre tu rocío para cobijar mi cuerpo
para vestirlo y llenarlo de ti lo suficiente,
lo justo para el resto de esta impuesta existencia.
¡Déjame!
Déjame acariciar cada pistilo y beber algo de tu savia.
Quiero tenerte entre mis labios, incluso cuando olvide tu nombre.
¡Déjame!
Déjame admirar tu vigilia,
mis manos te posarán en la tierra,
te sembrarán de nuevo en ella.



Kenny Escobar Ruiz (Hdo)

(Bogotá, 1996). Pertenezco al ducentésimo sexagésimo sexto día del año noventa y seis. Desde ese día se mide la distancia que he recorrido en el camino de la vida. Mujer humana y animal de olvido con la necesidad de viajar en las herraduras de un caballo para habitar nuevos espacios y tropezar con la vida de otros mundos. En un intento por salir del silencio me robé algunas palabras; sin embargo muchas de ellas se esconden temerosas en la sombra de él. Acumulo deseos y versos en la raíz de una planta que amenaza con morir constantemente, pero que aun así se extiende sobre el camino con la esperanza de vivir, tan solo vivir.

Des-poseída

No elegí el cuerpo que habito,
tampoco en qué lugar habitar un espacio
y mucho menos elegí ser presa de un mal deseo.

Él, por su parte, eligió poner sus manos sobre mi cuerpo;
el mismo que ha buscado refugio en medio de la hostilidad que nos acecha.
Hundió sus dedos y recorrió cada parte de mi carne,
carne donde ahora habitan gusanos poseídos por dolor y rabia.

La piel tiene memoria,
sabe de sus manos ásperas que reverberan asco.
Cada poro de mi piel se ha secado intentando gritar justicia
y han sido sellados con el silencio de la complicidad.

Ahora, soy un cuerpo malhadado,
que no quiere este ni otro espacio para habitar.

¿Una boca vacía?

Mis desequilibradas palabras son el lujo de mi silencio. Escribo en acrobáticas y áreas piruetas, escribo porque deseo hablar profundamente. Aunque escribir solo me esté dando la gran medida del silencio.

Clarice Lispector.

Mi boca, desierto de ecos.
Las palabras juegan a ser fantasmas,
pululan en mis labios enmudecidos,
 se asoman,
 tiemblan,
 se desvanecen,
viven un instante y agonizan.
Enemigas y esclavas del silencio,
el grito y los gemidos son su salvador.
Han echado raíces en las paredes vírgenes de un cementerio corpóreo;
 mi garganta.
A veces, solo a veces se asoman tras los dientes como fantasmas.





Ricardo Correa (@,mater)

Un gélido destello extraviado en la distancia atravesó el fugaz momento noctívago, cuya circunstancia humana fue mi nacimiento. Arrojado a este mundo y a sus contingencias complejas. Entreverado de diversas literaturas cuyos significados y sentidos han tejido la palestra de realidades circundantes. Y allí he fraguado, entre sesos y entrañas, mi modo de ser y de escribir, así como de leer. Corruptas, sarcásticas e irónicas mis palabras moduladas brotan sobre el papel, buscando (des) dibujar inquietudes que han volado sobre el tiempo y germinado en los distintos referentes proyectados que se alojan en la existencia imaginaria. Irrumpiendo la escena deífica de los humanos, este personaje auto-referenciado @mater, ansia descubrir, entre mamíferos y carroñeros, la basta complejidad del universo representada en las palabras. *Posdata*. Ejercicio sinuoso y arduo debido al “encubrimiento estético” por quienes generalizan una limitada imaginación de sentido y significado, olvidándose de la más importante función del humano: inventar.

Un verso no versado
Ni menos pensado

Allí, en lo más íntimo del oculto espacio
 un vidente envejecido,
fiel de lo audaz y soñador por lo veraz,
 exclama a verso etéreo
el misterio de esta vida suspicaz.

Aquel, que mientras camina por los aires enternecedos,
 conspira en el todo gracias a sus sentidos
 éste vidente estremecido
por su sabio dudar y genio en ser locuaz.

[En una vigilia, en la que percibe el alma perspicaz]

Siente el verso culto y eterno
 para versar sobre la vida
 y lo místico de la nada
con palabras que ocultan la verdad de esta fachada.

Mal narrada...

Ahí donde aún un aire de pesimismo hay
 el vidente, mudo y rejuvenecido
 piensa ya, humedecido
por casi todo lo que evoca este fino verso
 sinónimo de un no universo
soñado aquí por un alguien perverso.

Verso rico en rima y en auspicia
imaginado y recitado
por un poeta condenado y que siente,
mortificado por los amorfos recuerdos
de una eternidad siendo un vidente.

Estoraques P.

Del signo natural y primitivo
bajo los sublimes sonidos estelares,
entre intempestades y obcecaciones,
sobre un predilecto lugar entre las cósmicas esferas.
Se asoma, impetuoso, y contra la voluntad
el inmensurable: ¡estoraque pasional!



Laura Pacheco

(Dafne Kala)

(Bogotá, 1998). Estudiante de la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital. Hace parte del Semillero Poetikós de la misma institución. Ha sido docente en diferentes programas de educación para adultos liderados por el Centro de Estudios Paulo Freire. En 2018 fue pasante pedagógica en el Convenio Tripartito 2615 entre la Universidad Distrital, el Centro Nacional de Memoria Histórica y la Secretaría de Educación. Integró el comité organizador del Coloquio Estudiantil Sobre Identidades en América Latina y el grupo de talleristas del I Taller de Lectura y Escritura UD 2017, proyectos que, al igual que *El cantar de la palabra*, fueron creados por y para estudiantes de la Universidad Distrital. Participó en el Taller de Escrituras Creativas de IDARTES en el 2016.

Algunas trampas del olvido

El olor a leche caliente en las caricias de mi abuela;
la risa saltarina de mi amistad más remota;
el aroma a vainilla en la mirada de mi primera maestra;
el canto de los copetones más extenso que los días;
las arrugas infantiles de los dedos remojados por horas en la piscina;
la colada tan espesa como las nubes que cosquilleaban las cometas;
las tres monedas diarias para mitigar el tedio de la escuela;
el petricor en cada paso precipitado hacia la clínica.

El repertorio musical de siempre:

para bailar en las piñatas por la sonrisa de mi madre,
para no llorar en el regazo gélido de las madrugadas,
para cantar ebria, jugar al amor y estallar de euforia.

El tufo del incienso en los harapos de la muerte
que me acompaña como sentencia o invitación ineludible,
al igual que la memoria en estos días abismales.



Henry Rocha (H. Rocha)

Nací en Zipaquirá el 20 de mayo de 1997, pero con tan solo dos años fui traído a la ciudad de Bogotá, en la que me establecí. En mis primeros años de vida crecí entre amigos, juegos de fútbol, muchos perros callejeros y pocos libros. Entre los doce y quince años y, después de algunos intentos por descubrir los enigmas de la ciudad, descubro la literatura. ¿El primer libro que leí?: *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde* de Robert Louis Stevenson, o al menos así lo recuerdo; el primer libro no leído por obligación, sino por curiosidad y luego por gusto. Éste a su vez fue la iniciación de un camino, una forma de vida que posteriormente terminaría por atraparme, la vida de un lector. Es lo único que podría decir de mí, que soy yo, y que leo.

El reloj dado vuelta

Hay un reloj dado vuelta...
Son las siete, creo... Soy un reloj
que mide mentiras y no tiempo
que avanza mientras retrocede
y que suma verdades al mismo tiempo.
De cabeza y volteadouento y nouento,
siento cómo las horas mueven el viento
entonces pesa una sobre la otra yuento.

Cada minuto del día es un dolor nuevo,
cuando las manecillas van en reversa te recuerdo
como sabor de tierra en la boca,
como dolor de hierro en el pecho;
hay un reloj dado vuelta, pienso.

Yo no sé a qué deshoras me pierdo,
o a qué deshoras me despierto
¿Y las horas muertas? Las horas perdidas,
las que no tienen dueño. Soy un reloj
que cuenta horas sin vida
esas que también llaman pasado
las que sólo fueron un intento.

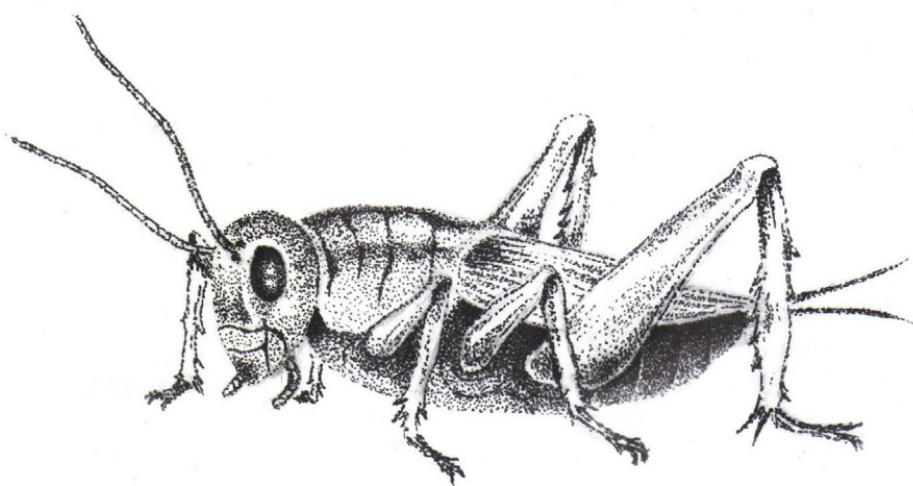
No hay horas redimidas, solamente vacío. Soy el tiempo
y la distancia, las hojas cayendo, y el frío vacío infinito
desde su altura hasta el suelo.

Soy un reloj maltrecho, viejo, que no ha llegado,
que simplemente se ha ido,
que heladamente viaja hacia el techo.

Soy verdades y mentiras
calculadas en valores incontables
extremadamente altos, perversamente quietos.

Sólo soy los segundos que se han perdido
sin opción de regreso
al mirar en el pozo infinito y oscuro
de tus ojos negros.

Al igual que en el insecto,
la musicalidad de la palabra
resuena en lugares recónditos
donde ocurren extraños sucesos
que esperan ser escuchados





Laura Camila Ramos
(Lluvia Abril)

Se me ha dicho que soy de Bogotá y que para 1999 aparecí sobre este campo de cemento, pero no creo ser ni pertenecer a algún lugar, y si he de tener años creo que cargo sobre los huesos el tiempo de mis padres y un poco del no-tiempo de mí. No sabría que palabras elegir para designarme un sentido, pues como Montaigne considero que no soy más que cosa vana, variable y ondeante en una naturaleza que no termina de ser mía. Al final, solo soy la palabra maltrecha que no termina de nacer y se anida en lo que creo es el alma.

Al No-Soy

Deseo explorar el silencio que comprendes
que te abarca
cuando sigiloso elevo mi plegaria
a este ausente
sin nombre
sin cuerpo que aún eres.
Deseo con las fibras enmarañadas de mi fe
que los ríos de in-presencia que me ahogan
sean bragados
desprovistos
inyectados de tu no-ser.

Dormitar

Ahora que no soy,
que la noche se aloja entre las uñas,
ahora que los dedos me toman olor a cigarrillo
así como las penas, los cabellos y las guerras;
ahora que los quizás se vuelven sempiternos
y la tarde inunda sus pesos
entre
los
domingos

permítome descansar.

Lluvia

La densidad del aire en mis pulmones
colapsa y rompe contra mi tiempo,
contra tus labios pronunciando
lluvia
mientras me riego entre tus manos,
mientras me esparzo y devengo
lento,
cuando dices que en este cielo
solo caigo.

Tus flores

En estas flores que nacen de tu sonrisa
los eternales pétalos,
los creidos inmarcesibles,
se decantan de tus lágrimas
y se discurren entre las palmas,
entre los dedos de cambiante olor
y los entes de volubles cuerpos.

En los jardines de tu sonrisa
la terquedad de mis coloradas esperanzas
no hallan en tus veredas
un suspiro reverdecido donde posar
sus ahora frecuentes azules,
pues los grises, por tus flores
se impregnán de pesares ajenos
y transcurren entre los ríos
de
nuestras
mañanas.



Jhon Sebastián Devia

Aprendiz del color de las palabras, buscador de la voz de sonidos afónicos y silencios ruidosos. Bogotano, nacido en 1996, año de gracia de la antimateria, de la clonación en Dolly, arrojado a un país donde el dolor convive con la alegría, la violencia con destellos de felicidad, las conmemoraciones con las celebraciones, la guerra con la esperanza de paz; donde la muerte se disputa territorios con la vida. Hijo de Cundinamarca y Caquetá, en la ciudad de todos y de nadie, descendiente de la primavera y la perseverancia, formado en el sur del sur, navegante del realismo mágico, ciudadano del absolutismo de la seguridad nacional, de la tradición narcopolítica. Habitante de la “Maca”, educador por convicción, fascinado por la mística de la filosofía, encantado por la lógica de la poesía, creyente delirante de la utopía social y política a través de la educación. Adalid del deseo y la vida.

Binario

Ahora nada se oculta a la visión,
el cuerpo es un territorio inorgánico,
la mente es una red eléctrica,
los sueños son imposibles —lógico—,
“mis dedos” olvidaron el contacto.

“Yo” soy una simulación de identidad clonada,
la ingeniería genética es mi padre, mi madre y mi dios.

Me he hundido en un pozo,
con una superficie deslumbrante,
a través de una pantalla nebulosa;
paredes de una cárcel de conectividad:
lo siniestro es transparente.

*El alma creada por la luz...
anhela el sortilegio de la oscuridad.*

La muerte de lo divino es irreversible,
el árbol de la vida está extinto,
el árbol del conocimiento es áureo,
mis pasiones y deseos:
configuraciones del tablero de mando.

*El pensamiento se codifica en 1
la palabra se condensa en 0.*

Y... ese pequeño planeta,
es una ausencia: un cofre desértico,
destello del olvido en reminiscencia,
la vida en paroxismo agonístico,
errando en el infinito —frío— sin referencia.

*Hemos atravesado el límite refulgente del sol,
para descubrir que el paraíso es infierno de 00110001...*

Ciudad

Cuando alzas la mirada, se pierde el azul celestial,
la fascinación se acerca al pavimento y el acero,
a la luz artificial e incandescencia los espejos,
hoy los poetas ya no le cantan al cielo.

Qué pensativos se ven los postes
bajo el reflejo austero de la luna,
que extraños se ven los
árboles,
en su colchón de asfalto,
imponente la ciudad con su esqueleto de hierro,
frenéticas sus articulaciones de caucho,
transportando sentidos en nervios de cobre,
su sangre es una sustancia eléctrica,
las antenas tienen un aura siniestra,
escuchando mensajes secretos,
toda la ciudad está tan viva y
los habitantes tan muertos.



Kenny Espitia (Ynnekard Nael)

(Bogotá, 1994). Una presa más de esta ciudad, estudiante de Lic. en Humanidades y Lengua Castellana y aficionada a los relatos oníricos. Al lado del lenguaje me gusta la física: del primero me gusta lo inasible de la realidad con respecto a las palabras, su ingobernabilidad y posibilidades con respecto a cada lugar en el mundo; de la segunda su epistemología y su capricho por entender el mundo natural y volverlo universal sin pretensiones religiosas. Mi paso por este lugar de formación ha sido como la espuma que se detiene a ver el río: lleno de amistades entrañables aunque efímeras, a las que con asombro he visto crecer.

Lo cotidiano
intuición que escapa al razonamiento
como la luz
extingue sueños al
desearlos.

Se presenta espontáneo
el Tiempo
fingiendo linealidad
me tambalea entre valles
continuos
como su empeño
en burlar
el impulso de buscarte.

Curva calles
haciéndolas más breves
más prolongadas
cada vez que despierta
mi ambición
por coincidir
nuevamente
en esos diamantes negros
que adornan
tus gafas.

Del país del sagrado corazón

Dueño de todos los siervos.

A ti
que has puesto el mundo
a los pies de los que te adoran

a ti clamamos.

Portador de luz
ríos y mares son ungidos
con tu preciosa sangre
oscura y densa de progreso.

Majestuoso león de la destrucción
ambigua estrella de la mañana
tu luz cegadora
es la verdad infinita.

¡Señor de los cielos!
y de la Tierra
cada vez que respiras
miles contraen cáncer.

Libertad con rostro de Cristo
no nos dejes caer
en tus manos otra vez
y líbranos de tus caudillos.

Amén.





Santiago Alvarez

(Habacuk)

Hace algunas noches soñé que encontraba los baúles secretos de Pessoa, pero no me alcanzó ningún ardid para abrir siquiera uno. Ahora, en las mañanas me levanto a desarmar las chapas de los cuartos, a componer las bisagras de las puertas, a aprender cualquier maña que me dé pericia suficiente en cerrojos y candados, por si alguna noche cualquiera, en mitad de algún curioso sueño, logro robar los tesoros de la poesía. A la petición de esta semblanza respondo sin títulos ni reconocimientos, tampoco anécdotas de haber leído a Borges con 5 años. De mí solo hay que saber que duermo al sol como un caporo. Y que mi origen es uno y a la vez muchos.

Cuenca negra

Una cerca sin fin
marca del camino.
Mi cara viste de sol
y mi sed no se pierde.

A los ríos les he caminado su muerte
para llegar a un pozo
de agua gris muy fresca.

Montañas prisioneras
hacen la brisa de piedra.

Al borde de la cerca
descansé el hombro
que mulea un balde con agua.

Gavilanes pintan un círculo en el cielo.

En un suspiro
destajó mis carnes
por el largo barranco
el filo.

Ahora preso,
una máquina
cucharea mi cuerpo
en toneladas de piedra.

El tren carbónico
de murmullo rojo
anuncia su llegada.

Guatapurí

I

De la sierra baja
el agua fría
que huye del sol.

II

Tu corriente
nace del llanto mismo
de las piedras altas
perdidas
en las danzas celebres
y los cantos chimila

tus caudales de sirena
raptan hombres
a tu orilla inclinados

Tu agua santa
de Dioses y camandulados
cura ese mal llamado guayabo
y en tiempos sahumerios
al desobediente hombre
hace pescado

Tu dorado torrente
ha sido oculto
como grito gemido o llanto

III

Pero ¡ay del día!
Que tu creciente hable
y el hasta el mar bravío esperará en silencio



Alejandra Sotaquirá (Claudio)

(Bogotá). Nací en una familia bogotana compuesta en su mayoría por mujeres durante principios del siglo XXI y fui educada en el Liceo Femenino Mercedes Nariño. Actualmente soy docente en formación por amor a la vida, convicción por los cambios y deseo de contribuir a que el mundo sea un lugar menos hostil. Soy aprendiz de tejedora, me gusta pintar y leer en voz alta. Pienso que el mundo de las letras nos permite descubrirnos y contar todo aquello que inquieta la existencia, por ello soy amante especialmente de la literatura infantil, la poesía y la ciencia.

María

Mi madre se llamaba María Vizcaíno y estaba llena de bondad, tanta que su corazón no resintió aquella carga y reventó. No, no es fácil querer mucho.

Juan Rulfo

Amanece Abril cada vez más triste.
Las flores marchitas me anuncian la lejanía sin retorno.
Todos pueden verte,
lloran, ríen, sueñan contigo,
siquiera puedo acariciarte con palabras
ahora que no te toco.
Me dicen que no regresarás
pero que estás bien,
me dicen que el olvido es el remedio.
En esta cotidianidad en la que ya no habitas
bosquejo tus ojos en mi memoria.
Sus ojos,
aquejlos paisajes
inundados de ríos, enriquecidos de sol
 llenos de historias,
 historias de resistencia,
 valentía, tiempos y amor.
 Su recuerdo imborrable
 se me escapa como aire entre los dedos
 pero permanece inerte como esta tristeza
 que me pertenece,
 que se ha instalado en mi alma.
 Estoy reducida a tu recuerdo
 triste, profundo y doloroso,
 al peso de tu ausencia en mi memoria,
 no me consuelo.



R.M Albornoz

He sido Yo poco menos o lo mismo desde que nací, eso creo yo y eso creen mis padres, o tal vez yo soy el que cree eso por ellos o a su vez, también, al contrario. Soy completo bostezador de tiempo mañanero hasta muy tarde el sueño, aunque no suelo dormir mucho; dicen que dormir es necesario o que quita tiempo; yo no sé qué es eso del tiempo, pero sí que duele un poquito y mucho, a veces, mientras se cierra esta idea (abro aquí un paréntesis para decir que quiero aclarar algo, porque supongo que eso se espera y si no se esperaba pues entonces aquí lo cierro). De aquí al final me quedan unas palabras también por no escribir mucho, que realmente no me importa a mí, ni a ustedes, pero qué más da, igual les digo: diviértanse y ya. No busquen respuestas en los libros, como ya escribiría Arlt en algún tiempo pasado. No hay grandes secretos ni verdades absolutas en la poesía, aunque seamos perfectos fingidores de que sí. No creo en la utilidad de mis palabras —que en realidad no son mías—, pero igual son un buen alivio y un soporte para mirar al cielo bocabajo y decir: “¡ah, que gran Nada acabo de leer aquí!”

Pseudo-discurcidio de un posmoderno

A quien quiera entender/aunque no haya nada que entender

Deconstruirse el alma hasta dejar de ser lo que nunca te dejaron ser:

deconstruir el dedo y la uña;

deconstruir la mano y la huella;

deconstruir la vista hasta la ceguera;

deconstruir la nariz para que no respire y la boca para que no suspire;

deconstruir la lengua hasta que no pronuncie;

deconstruir la teta hasta la tetilla y la tetilla hasta la costilla;

deconstruir el culo hasta que ya no cague;

deconstruir el pene hasta el clitoricidio y el clítoris hasta el penicidio;

deconstruir el cuerpo del sexo hasta que no sienta; hasta que no duela;

deconstruir el fonema y el morfema;

deconstruir el poema hasta el sinsentido —si es que alguna vez tuvo sentido;

deconstruir la palabra —de grafema en grafema— hasta la invidencia;

deconstruir la música y el ruido;

deconstruir ¡todos! ¡todos los sonidos!;

deconstruir el sueño hasta la realidad, porque de realidad se alimenta el sueño;

deconstruir la realidad para que no exista el sueño;

deconstruir toda idea del pensamiento;

deconstruirse tanto, ¡tanto!, hasta no creerse;

deconstruir la vida siempre muerta;

¡que nadie siente!,

¡que ya no es!,

¡que ya no importa!

Amanecer en cuatro caras

amanezco mi día en pelotas
en la casa grande,
me dice el que dice lo que digo frente a frente;
es el niño hombre, el hombre niño
ya no sueña que es niño en la memoria
y aún es niño siendo hombre.

una palabra juega que es sol
y otra se escurre entre las venas de la cara;
asomando la cabeza
una sola sombra envilecida en el centro de los ojos
dice algo que no escucho,
dice y dice, y dice lo que nunca puede decirse uno en el propio rostro
que es solo una máscara.

el cielo escucha los reclamos sin dar aviso.

el que conoce ya no escapa;
el que sabe no conoce,
la vida se le escapa
¡ay la vida reina de la infancia!

conocer es decir lo que se sabe bajo la almohada cuando nadie escucha;
entender la mañana es asumir la tarde por la espalda y callar, callar...
hasta que se derramen las últimas gotas sobre las manos.

y así llega la mañana en que ya no ruedan las pelotas,
el dolor de espalda aparece con perfumes de esperma seca;
la cerveza caliente entierra toda espuma,

y tres curvas es lo que escribe la mañana,
y una mujer habla, y una mujer calla
y ninguna te dirige la mirada.

y entonces amanece otra mañana, que ya no es mañana
y ya no recuerdas el color de las pelotas;
se te dibuja en la cara el nombre de la desgracia;
sumas minutos restando vida, desmultiplicando sueños,
dividiendo cuadros resultando cuerpos,
y cuerpos que solo se masturban contigo.

la edad madura permaneció dormida en ese otro sueño;
la juventud es reina
pero aquí no llega su voz.
la tierra es nada
en el cuerpo de las noches.

¿quién te cuenta ahora ese dulce cuento de ciervos inocentes?
¿el niño hombre, el poco hombre, el niño niño?
¿quién habla de ti a tus espaldas?
¡este mismo rostro que te acompaña!
¡este que se esconde sin fuerza entre los parpados!
¡este que vuela pájaro, cansado!
¡este número invertido, en dos fuentes!
¡esta fiera que solo es conejo solamente!

son cuatro caras que se despiertan: esta, aquella y otra mañana separada;
la cara del niño hombre, el poco niño, el poco hombre, el poco todo.

Nunca has de ser tu propio huésped

Nunca has de ser tu propio huésped.
Se encuentra en el descenso un impreciso símbolo,
proverbio indefinido de las formas léxicas.
Que tanto penetran. Que tanto niegan.

Nunca has de ser absuelto de ser la presa.
Víctima movediza de la sombra sombra.
Que golpea las pestañas.
Que recuerda la mañana.

Cansado está el anciano que sostiene el cielo.
Espantada está la luna que se desploma
sobre el cáliz con la sonrisa pálida
y se esurre entre la huella pura de los besos
cuando el silencio ya no otorga
y el verbo solo calla.

Tan pronto como se doblan tristes las patas,
lo que ves te miente y duele fuerte, fuerte.
Y aun lo que no ves y lo que no habla,
lo que el espejo no interpreta en la mirada.
Entonces no eres este, ni oeste;
ni este, ni aquel
y nuevamente callas.

¿Puedes decir que tu nombre fue negado?
¿Que todos los minutos son malvados?
¡Quizás! Quizás Responden batallones aturdidos
orbitando sus encarbonizadas almas.

Allá menos cerca que lejos
de las ruinas del templo,
los ahora solo Arcángeles, Heraldos,
Hijos de la gran falacia,
confunden con sus nubes, con su canto.

Y se hace tarde. Ya no hay piedras.
La calle no es la misma. Ante el ombligo sucio se pronuncia
la ruptura que opone toda fuerza. Y el misterio te espanta.
Ya no existe lo externo. Ni lo eterno.
La espada atravesó el sarcófago: cárcel de la esencia verdadera.
Pero la esencia como sagrado fenómeno,
como principio inmutable,
que solo puede ser supuesta y nunca entendida.

¡Tampoco existe!

Y entonces como duele ese dolor triste, triste.
Y entonces como muerde esa sola sombra... grande, grande.

Poesía no eres tú

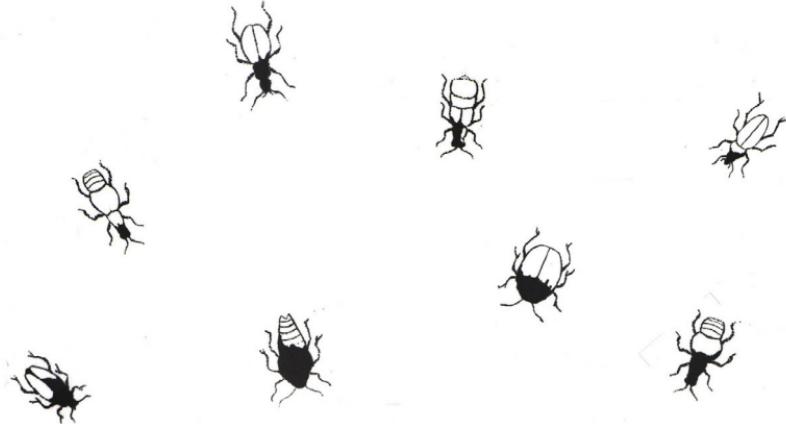
Quieren ver y escuchar palabras simples
porque simples son de ojos como simples son de oídos;
porque la simpleza es la madre de mi época;
porque lo simple es la cuna de este tiempo;
porque solo hay huérfanos de pensamiento.

Entonces, razonando en simple, insustancialmente,
escribo aquí un vacío grande que considero simple;
simples grafías que simplemente dicen lo que dicen: n a d a.
Nada de nada para ti.
Nada de nada para mí.
Ni mucho más Ni mucho menos
Ni poco Ni tanto
y todavía menos un solo por si acaso.

¿Ves? Así de simple...
Perfectísimo es el poema vacío,
simplificado hijo de una época vacía;
el poema no poema;
la simple poesía muerta.

Pero... ¿qué es poema? y ¿qué es poesía?
me preguntas.
Simplemente se simplifica así:
el poema es cualquier cosa lejos de ti;
poesía lo es todo... pero te ha negado a ti.

Y ahora te lo simplifico poéticamente:
«¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Pues...Poesía... No eres tú»
Y ahí tienes un par de palabras simples,
para tu simple y simplemente... tú.



palabras sobre insectos



insectos y palabras



palabras como insectos

palabras y palabras



insectos con insectos
pueden resultar defectos,
el mortal con la palabra
se volverá un insecto





María Camila Garzón (Amelia Akue)

(Bogotá, 1995). Nacida en la fría capital, con el corazón errante y vagabundo me declaro caminante empedernida. Criada en el abrazo de mujeres solitarias, de miradas incansables que con osadía mantienen su ternura y vulnerabilidad. De carácter férreo y decisiones frecuentemente inamovibles. Amante del caos como también del silencio. En la lectura encontré mi primera raíz, la adopté como mi refugio, ese acto tan íntimo en el que se celebra la reinención del ser por los ojos de otras. En la escritura hallé los primeros signos de una libertad inacabada: escribo con mis manos, con mis andares, con los sabores y los olores; escribo cuando aro y cuando amo, en solitario y en colectivo, en la cima de las montañas y en el trasegar urbano. Escribo cuando hablo y cuando escucho y, principalmente, lo hago para hacer justicia a una memoria que nos han arrancado.

Lejanías

Tengo un corazón,
se disputa entre la soledad y la pérdida.
Profundas estocadas me desgarran
al apartarse, las observo incinerarme.
Lo he apostado y lo he lamentado.
¿Mi amor?
Preso,
exiliado,
muerto.
Ahora alimento la maleza
creciendo junto a mis pies
dentro de ésta jaula
habitada por el silencio apabullante del polvo.

Alquimia

En un jolgorio de luna honro mi linaje.
De lo que fuimos, memorias heridas,
tierra maltratada, temores heredados.
Desecho los gusanos que pudren mi alimento.

De lo que somos, mareas desbordantes,
relieves imprecisos, cicatrices en cuerpos de cántaro.
Sacudo la duda, la tempestad, la angustia.

De lo que seremos, fortaleza entrañable,
rizomas de resistencia, abrigo certero, claridad.
Me regocijo en el apañe brindado,
celebro el abrazo de las mujeres que aman.
Somos la lumbre que atiza la libertad.



Sergio Mora

(Norman A.)

Egresado del colegio Enrique Olaya Herrera. Programador de Software, Estudiante de Lic. en Educación Básica con Énfasis en Humanidades y Lengua Castellana y lector de tiempo completo mientras que escritor solo por afición. Soy un joven apático de 20 años, encantado únicamente por el voleibol, la filosofía y las letras. Desde impúber encontré solaz en las aventuras escritas por Mark Twain y la ciencia ficción de Verne que me abrieron las puertas al vasto y enriquecedor mundo literario. Mi autor predilecto es Albert Camus, aunque siento un profundo afecto por Hemingway, Dumas y Pasolini. Sin más, mis vagos escritos buscan sacar a la luz la crudeza de la introspección y la manía por los tenaces soliloquios habituales que se engendran en el distanciamiento del mundo fundamentado por el desprecio hacia preocupaciones mundanas.

Albur del perdedor

Las noches galopan
lideradas por los presurosos minutos,
raudos embusteros que impiden embelesarme
de la compañía que asiduo disfruto.
Zozobroso e intranquilo:
mendigo tus afectos, cual chiquillo.

Presidiario de alta magnificencia
apelo, más bien suplico,
irrisorio agasajo.
Simpatizante prosélito merecedor de indiferencia,
soslayado renacuajo
cortejador de malquerencia.

Vocación de Volantín

Me elevo...

Surco cielos desconocidos de grises tonalidades.
Buscando no sé qué, me pierdo en vagas ideas,
anhelos y necedades.

Me enredo...

Caigo prisionero de agilidad y afección.
Y mientras la conciencia hala resistente, un olvido resiliente
se aferra al camino espinado, que muy ilusionado
sigue mi desencantado corazón.

Me extravió...

Naufrago en ríos de whisky
cuya corriente baja más rápido que las lágrimas.
Mi bote hecho de nanas
no soporta las remembranzas,
y al son de cantilenas
hacia la desolación me arrastra.

Me caigo...

El peso de los sueños me desploma,
y para implorar a Dios no conozco idioma.
De las nubes no puedo sostenerme,
¡aún no estoy listo para desvanecerme!
En este juego yo soy el que pierde
pues presiento que del golpe
no podré recomponerme.



Nelly Navarro
(Verónica)

Nelly Valentina Navarro Valencia, conocida como Verónica y nombrada de esa forma por sus amigos, quienes hacen parte del capricho de la palabra: en cuanto nombro la imagen que convoqué. esta toma fuerza, y así es en este caso, en la cual el nombre fue heredado de su abuela paterna: la partera, la campesina, la mujer de caderas grandes y fuertes que cultivaba el alimento, la palabra y la memoria, de la cual heredó el canto y la necesidad de entender las múltiples voces, acciones y deseos que la habitan. Verónica es estudiante de Licenciatura en Educación Artística, trabaja desde las artes escénicas y cree en que el humano nace especialmente para crear y construir sus sueños y realidades, así como en que esta característica se convierte en una responsabilidad para estos tiempos.

Diario de campo

Me pongo el sol al hombro y el mundo es amarillo
Facundo Cabral

Cuando se escucha el sabio consejo de la montaña,
el eco de la voz silenciosa,
las memorias y pasos del viento
que me susurran y despojan de mi ropa,
me permiten sentir la caricia profunda que el sol,
un año cualquiera le hizo a mi alma;
mientras yo cantaba como pájaro en cortejo
el amor profundo me paría.

Yo misma me bautizaba,
y con seudónimo permanente dirigí mis pasos hacia otro camino,
que ya no era recto;
como hormiga escalando entre las ramas de los árboles,
siguiendo su forma hasta llegar al punto más alto,
donde la vida me obligaba a detenerme;
feliz, no ponía ningún reproche
porque llegando a lo alto del camino,
donde la vida se observa diferente
y yo, pequeña hormiga,
sabía que no hay error en detenerse
que la contemplación significa el éxito de la guerra contra el feroz tiempo,
entendiendo que había vencido las garras de la vida y la muerte,

que me detenía para guardar en mi memoria a la felicidad infinita.
Me entregaba al vacío sin miedo,
al vuelo desconocido, que pronto,
al darme cuenta de la distancia,
emprendí con el canto atravesado.
Y como ya me lo habías dicho,
con la alegría de quien agradece, pero profundamente desea más.

Los amantes de Remedios Varo

Observando a Los Amantes, pintura de Remedios Varo (1963)

Los dos rostros
sumergidos en el sueño al despertar sobreviven.

Encuentro el reflejo de mi alma
en el torrente que desenmascara los problemáticos sucesos que los unen.

Cada mañana los amantes se inundan de lágrimas desesperadas,
buscando,
tiempo a tiempo,
el secreto de la imagen que les recuerda
los días azules
en que se podía
caminar sobre el agua.

Escucha este paisaje

Hiede a color rojo
esta bandera amarilla.

Nacimos en el intermezzo de un siglo que nos domina,
mientras tanto
saboreamos la sangre de otro hermano.



©Julian Santamaría



Sebastián Gaviota

(Ópalo Gaviota)

Me llamo Ópalo Sebastián Andrade. Nací en 1996 en Bogotá. Crecí en una familia de siete personas y muchos animales, lleno de mimos y tantos cariños como profundas tristezas. Mi formación personal y crianza, tal como el cúmulo de experiencias de cualquier persona, me han traído a vivir una constante búsqueda para mi ser; con la realidad, los sueños, momentos, lugares, seres bellos y mis emociones como guía emprendí la búsqueda que me ha llevado a reconocer matices de la luz y la sombra. Ya que mi experiencia no es la única, viajo buscando también las historias y conciencias en otros corazones; por ello, sé que mi vida está dedicada a las personas.

Nunca nada no

No sabré jamás
cuánto los árboles
dieron a mis pulmones,
nubes a mi piel
o luz a mi causa... No.

No sabré, si la tierra
contó mis pasos
cuando yo no lo hice,
y si el fuego
procuró no quemarme
cuando sí lo quise... No.

Nunca sabré
si mis prendas
me quisieron tanto,
tanto como yo a ellas,
y si sufrieron
como yo sufrí
al dejarlas... Nunca.

Nunca, nunca
tendré entre labios
los sabores de la niñez:
la tierra, los bichos
o las mascotas,
lo que ya solo
repugna o enferma... Nunca.

No, ya nunca nada no.
No podré volver
a sentir alegría
al descubrir un estado,
o angustia por
perderme en él... No.

Nada nunca nada no.

Nada me tendrá
en cuenta para cuando
vuelva a ser
parte suya... Nada.

Nunca nada no... Jamás.

Nunca seré difunto
o plantita herbal
entre el pastizal... No.

Ya nunca nada no.



Lorena Santana (Ani)

(1995). Sé que no soy escritora y que estoy lejos de ser poeta. Soy, más bien, una persona que encontró en la escritura unos ojos que no ven y unos oídos que no escuchan, pero que me permiten decir. Del mismo modo, debo confesar que, aunque me falta destreza con las letras, escribo con convicción, escribo porque así me permite pensar que podemos ser más de lo que somos o pensar que a pesar de lo que somos podemos crear algo bello o, por lo menos, pensar que nuestros pasos han dejado tras de sí algo digno de perdurar.

INCESANTE PENSAR
huellas transitadas
desmarchadas
¿para qué?
ya el camino está marcado
cómo recorrerlo,
no importa
siempre lleva al final.



Alberto Sánchez (A.S)

(28 octubre 1993). Rapero. Licenciado en Educación Básica con énfasis en Lengua Castellana de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Nacido en la ciudad de Bogotá, Colombia, ha dedicado gran parte de su vida a los estudios relacionados con la literatura y la lengua española, así como también a la cultura Hip Hop siendo Mc de la agrupación de Rap *Improbable*, con la cual ha llevado a cabo diferentes procesos artísticos y sociales.

Símil

La planta en el huerto no sufre por la incertidumbre;
ha de crecer y crecerá seguramente.

Algunas manos abonarán su tierra con cáscaras,
surcando su espacio para evitar tropiezos.

Delimitarán los plazos, trazarán las medidas, rezarán.
Ocultarán la flor de la sombra y la expondrán al astro.

Regarán su morada, dos o tres días de por medio,
vigilándola celosamente de todo lo ajeno.

La enseñarán a otros sonrientes orgullosos de ella,
mutilando los excesos y las imperfecciones.

Mas la planta querrá moverse al compás del pájaro,
y buscará al rey a través del cielo cubierto.

Perfumará su cuerpo buscando atraer el exterior
y se vestirá de color, como último recurso.

Entonces
la flor llorará,
al escuchar precipitarse a la vida,
arrítmicamente, sobre el grueso iridiscente de plástico.

Y recordará su martirio aunque no pueda aceptarlo.
Del mismo modo el alma.

Afín

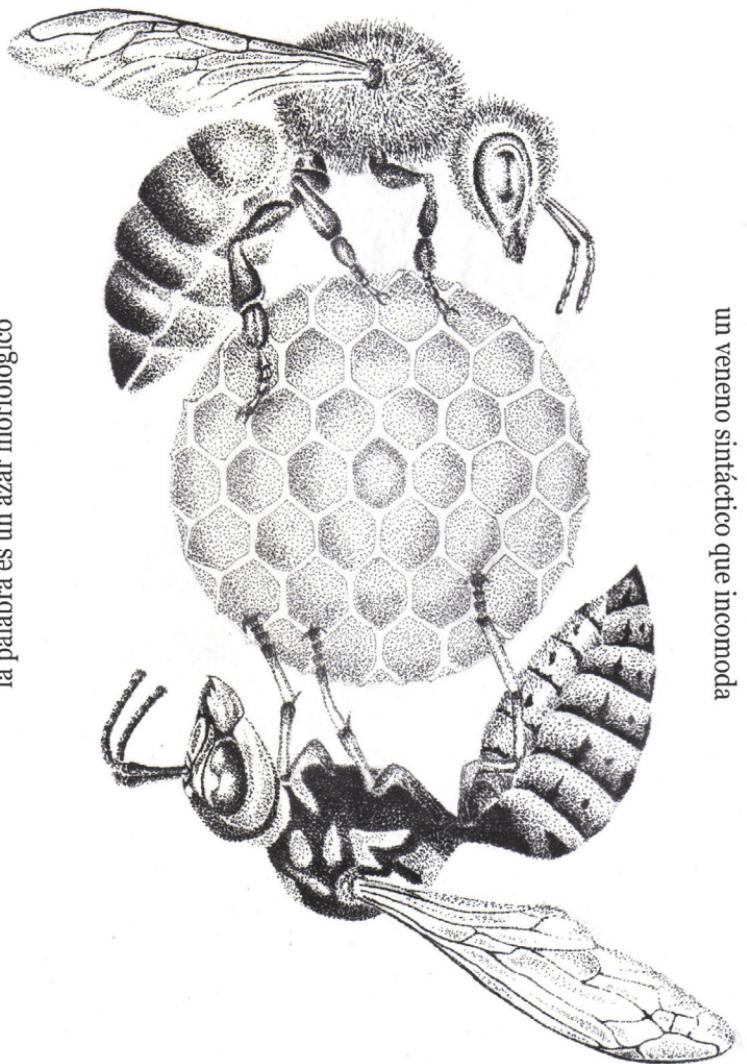
Ahora que culminé la tesis y envíe un par de “poemas”,
que pagué los cigarrillos sacados en la tienda al fiado,
y que pude ceder algo de lo poco que gané a mis libros.

Que el despertador no rechina a las cuatro a eme
porque el cartón cuelga en la pared y mamá sonríe,
que hay tiempo para el baño y la pasta de dientes.

Ahora, que la falsa soledad realmente pudiese serlo
y que la compañía se traduce en AÑORANZA,
quizás esté listo para morir, o desee vivir de nuevo.

y algunas cargan consigo

un veneno sintético que incomoda



la palabra es un azar mortalógico

Al igual que el insecto



Valentina Arellano (Sylvia)

Sylvia o cualquier nombre que se le parezca nació en Bogotá pero vive, o más bien se deja vivir, como diría Borges, en las imágenes. Actualmente estudia Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana en la UDFJC. Ha publicado en algunos medios independientes. La escritura nunca ha sido lo suyo pero tiene como premisa que “la nostalgia es vivir sin recordar de qué palabra fuimos inventados”.

Mujer sin rostro o mujer de papel

Mujer sin rostro, mujer de papel,

viendo a la sombra

¿a la sombra de qué ves?

Que de garabatos tu cuerpo consumado,

de retazos finos tus caderas y tus ojos, ocres taciturnos,

escondidos entre la palidez que tu rostro revela en la noche,

en el día,

en la galería de arte que te han construido.

Mujer sin rostro, de pies frágiles,

de voz tenue como el pisar de hojas secas en un bosque perdido en la

punta de tus dedos,

de enajenación en tu parpadeo de noche cuando te ocultas en las

hojas purulentas del insomnio del cansado,

mujer de papel, mujer de arcilla

¿Qué ha de desvelar tu sonrisa pintada?

De seguro, solo un bosquejo de lo que esconde tu alma,

sonrisa cercenada,

dientes de avecillas en invierno migrando a la vieja Argentina.

Mujer sin rostro, mujer sin cuerpo,

que disipada he de verte entre sueños extraviados y purezas albinas,

níveas en el tono diáfano de tu raza,

de tu casta de papel.

De ambrosias o de la necesidad de amarte

Acudo a ti y acaso espero lamer tus heridas como una perra en celo que se busca, que te busca, que no busca, escarba entre la sarna, se orada el pecho y de esa herida le brotan las mieles de tus labios.

Cual ambrosía me anido a ti y echo raíces que no van a ningún lugar y las lágrimas me gangrenan el rostro y tus manos como escarabajos de tierra se me alojan en la espalda.

No es tu silencio lo que se pudre debajo de mis uñas, más bien he comenzado a rascar en tu piel los rezagos del mundo ¡Tú qué naciste antes del tiempo!

Acaso los pantanos nos brotan de los oídos, acaso una flor de fango, de barro, légamo como vegetación maldita se me enreda entre las piernas y el tiempo me cosquillea las comisuras.

Tengo esta voz tuya salivándome el cabello, atándome a los dolores colectivos.

Tu lengua mama mis pechos y acaso el ápice me envuelve, me enreda.

Dispones de mí, maniobras las palabras.

Acaso una carroña que se deseje las desolladuras de este, tu mundo.

Nombrar la ausencia

Asignarle nombre y apellido a este espacio que retoza en el pecho y que, aun así, no diga nada.

Vivir en la doliente soledad del domingo y que todos los peros de Darío Jaramillo Agudelo sean los vacíos macilentos del antagonismo.

Que la mera existencia te calle, que te quedes ausente, que no me gustes y que no pueda escribirte versos en la noche. Que se destinte tu sombra y tome los pigmentos silentes.

Cuélgame la mente de una soga, el cuerpo ya pende de las ramas. Sécate de problemas.

Empózate en la luna rosa.

Que todas las palabras que existen en el mundo se encarnen en el viento, en las raíces y que desaparezca la geografía de tus manos.

No me quieras tan solo una semana.

Bébeme en cada suspiro hasta que los navíos te conviertan en humo.

Que apresen a las rosas, que no haya testigos, que este amor que no fue, no sea nunca. No seas nunca.

Serás ausencia y tus lugares tendrán ese olor a revoltijo de gente, de labios, de palmas, de sexos.

La existencia será la acumulación de pérdidas.

Voy a explorarte las pecas, lo lunares, los turupes, las siluetas para borrarlas abrasadas al recuerdo.

Que el olvido te alcance los talones y reverdezca en ti los bosques de arreboles que hay en mis senos. Los nombres de los árboles serán glílicos de las derrotas.

Te juagaras las lágrimas en aserrín para secarlas.

La poesía será tu forma de no ser.

En la madrugada te asfixien las remembranzas y la noche te lleve y te quite el nombre, el verde, las pecas, los lunares, el azul.

A veces no sé si te sueño o te quiero con los ojos cerrados.



Edward Cristancho

(Umbra de Andáres)

Bogotano nacido en enero de 1990, malcriado por cuatro hermanas mayores y una madre soltera. Cursé hasta sexto grado de bachillerato en colegio público hasta que inconforme decidí retirarme con el fin de adelantar estudios en otras áreas de interés. Gracias a este trabajo autodidacta obtuve en el 2012 el título de bachiller académico por medio del examen estatal para validación y así fue como al siguiente año ingresé en la UPN. Sin embargo, debido al nacimiento de mi segundo hijo pospuso los estudios indefinidamente. Luego vinieron tres hechos que sin duda me convencieron a “dedicarme en serio” a la ya inquieta pasión por las letras: contando con veinticinco años llegué a ser admitido en la UD, sin embargo acompañando a la reciente noticia... un fulminante cáncer segó la vida de mi madre; y finalmente está el accidente de tránsito que logró ausentarme largo tiempo de las aulas.

Labios de hombre

Tengo unos labios rojos y fuertes... hechos de calostro, puchero, llanto de mañana. Palabran sinceros, blasfeman cosa bella, ¡que los muerdan!, sirven para que los muerdan; improvisadores que la piel erizan, estremecen espasmo, rezan.

Raros como suerte ¡Este tipo besa con el alma, dichoso, sin miedo! Siente sin buscar otra boca.

¡Para qué sabores simples cuando tengo la delicia única del placer en el universo de tu aliento!

No, me niego a babas huecas con armonía insatisfecha. A excitados acercamientos de pálida sonrisa y esos juegos tan comunes, fútiles, sencillos, que se pierden con la brisa o cuando los dientes uno se cepilla.

Yo siempre quiero una herida, una hecha con el filo de tu lengua, esa navaja de brazas que me marcó a piquitos el gusto y ni muerto ¡es que estoy seguro! ni muerto se me lleva.

Pero aun no existes...

¿Alguien los querrá pintar? ¿Tal vez para una envidia?

Tengo labios rojos. No sé... me alejo, vinagre en la mejilla y gárgaras con sal.



Natalia Pacheco

(Baobab)

Nací en Bogotá. Tengo 21 años. Soy estudiante de Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana. Suelo ser una persona indecisa, pero de querer escribir siempre he estado segura; creo que es una de las formas en las que el ser humano puede permitir que su parte más fuerte se reconcilie con la más débil. O al menos, es lo que encontré yo en este camino.

HOY ME ENCUENTRO con que, al otro lado de la pantalla, quien me escribe, también se está encontrando envuelta por el sigilo.

Creo que en el punto en el que estaba, había repetido incontables veces lo que pensaba; entre tanto repetir noté que mucho de eso fue ignorado y si no fue así, ¿por qué siempre me encontraba volviéndolo a decir?

Ya no supe cómo parafrasear mis propias palabras, ni en qué otros idiomas se pudieran escribir.

Así que en medio de ese ruido aturdidor, que está en lo que calla quién me oye, pero no me escucha (habiendo tantas desgracias irónicas para cualquier escritor) yo encontré mi silencio y me gustó.



José David Sierra

¿Cómo empezar? ¿Mi nombre?, no tiene importancia, es una denominación (algo correcto!), mi única certeza. Tengo certeza de su representación material, sé como regular el aire para darle una correcta pronunciación, como resaltar su acento combinar las grafías que me son tan ajenas, siempre tan difíciles; ¡quiero calcarlas! pero lleva tiempo y el tiempo no tiene paciencia. El flujo sigue y soy demasiado sólido, me hundo en el fondo, en el fondo del vaso, lo que sobra, lo que no pudo ser. Escrito realizado en una clase universitaria, por un estudiante de lenguaje disléxico y con dos carreras sin terminar y sin motivación para hacerlo.

Precaución

I

Miedo,
miedo de mí,
miedo a la verdad de mí.

II

Odio,
odio el conocimiento,
odio el conocimiento de mí,
los indicios que lleguen a una verdad,
verdad articuladora con la que se explica mi insurgencia al comportamiento normativo.

III

Nadie quiere saber,
el conocimiento específico, particular y transitorio es vano,
el conocimiento de mí lo es,
es sencillo,
genera miedo,
miedo a mis pensamientos,
miedo a mis ojos,
miedo que muta en desagrado,
¿desagrado justificado?, quizás sí,
por mi parte yo comparto tal posición,
me repudio,
mi acción es torpe,
¡no me juzgues!, ¡no lo sabes hacer!,

¿te enseño?

IV

Odio el pensamiento,
el concepto de ti,
odio tu representación material,
odio la esencia que despliega tu cuerpo,
odio cada beso que con anhelo espero,
odio la celdilla perfectamente delineada de tu iris,
odio que su recuerdo me obligue a escribir.

V

Odio las palabras originadas de esta imitación de pensamiento,
odio la sensación que me produce el recuerdo,
el simple recuerdo,
el simple sueño,
la simple certeza que existes!

VI

Odio que me reconozcas,
odio el frágil camino filoso de tus cabellos,
odio tu pasado,
tu perfecto pasado,
las personas que te rodean te dan valor,
odio estas palabras,
odio todo,
odio que seas tan inalcanzable,
odio ser tan poco.

Tentación

I

Vivo entre rosas,
vivo en el infierno,
rosas con tallo grueso rompen la tierra,
grandes ellas,
se presentan adornadas de espinas.

II

Me llegan hasta las rodillas,
voy descalzo y con doble camisa,
la mitad inferior está en el infierno y la otra aparenta que no,
siempre erguido,
creo que toco el cielo.

III

En lo más escondido de mi jardín,
hallé una pequeña rosa,
quise tomarla,
mis pies quisieron poseerla,
porque ellos están en el infierno,
se vencieron al suelo,
hundiendo mi erguida hipocresía,
mis manos ansiosas tomaron la rosa,
rosas de espinas flojas, largas y delgadas infectaron mi sueño,
ahora ya no hay apariencia, ni cielo,
yace homogéneo mi cuerpo en el infierno.

Para ti

I

Tu cabello filoso,
pulsante, peligroso, acogedor,
tan esquivo al tacto,
se defiende empecinado,
rebelde, salvaje, libre.

II

Egoísta a su condición,
quiero palparlo,
hundir mi rostro en su manto,
besar su valiente corteza.

III

Mi piel lastimada,
tu corona rencorosa,
con mi acto colonizador,
¿querer poseerla?,
¿dominarla?,
¡no es así!,
solo quiero sentir.

IV

Sangre,
ardor en piel inadaptada,
hazme sentir,

la humedad de la sangre,
el dolor de la piel abierta.

V

Necesito un recordatorio,
vida,
vivo en un estado onírico,
te veo,
te quiero sentir,
fundirme con tu cabello,
¡no siento!,
que bueno es despertar.



Lorena Escobar (Juana)

El 03 de enero de 2003 nació un traspie que transita la vida. Actualmente, entre pinceladas, letras, ritmos y otros no-yo. Y, como nació en uno de los meses más olvidados, como ella, empezó a escribirse en tercera persona para reconocerse. Ella soy yo, Lorena.

No quiero ser Juana

Cuando me siento lejana no quiero habitarme, entonces comienzo a habitar en otros lugares —o en personas que he convertido en lugares también— esperando encontrarme, porque cuando me siento así me pierdo, no estoy aquí, pero tampoco estoy allá.

Sé que a veces me pongo en ella —o a ella en mí— porque ya no sé dónde ponerme, porque ella es la acumulación de muchas personas, ella es el profesor y la escritora, es Juana y también soy yo. Ella busca algo que desconoce —¿cómo sabrá que lo ha encontrado si no sabe qué ha buscado?. En algunas ocasiones la ayudo a buscar porque creo que me está buscando a mí, pero también creo que ella teme encontrarme, por eso ella me abandona y yo —nuevamente— no sé dónde ponerme porque nunca he tenido un lugar —un hogar— diferente a mi cuerpo que también ha querido abandonarme, y ahí —en ese abandono— sé que soy ella, y me invade la tristeza.



CUENTO



Luisa Lovera Pestana
(Mercedes Alberto)

Apasionada por el teatro y la narrativa latinoamericana. Profesora y redactora de contenido editorial. Ha participado en algunos talleres literarios. Disfruta de la música y la danza.

Insomnio

Me despierto. Miro el celular: 2:30 am. Me acosté hace dos horas, es lo máximo que he podido dormir en semanas. Miro al techo, la oscuridad de la habitación es reconfortante, la cama es cómoda, sin embargo llevo seis meses sin dormir bien. Trato de conciliar el sueño, pienso que en contadas horas debo levantarme y que aún me quedan semanas antes de tener algún descanso. Cierro los ojos, me duelen, dejo la mente en blanco, los pensamientos vuelven, todo era más fácil cuando José me abrazaba, pero ya no está, un día al volver a casa sus pertenencias a excepción de sus letras, sobre una carta, habían desaparecido. En resumen: la vida le resultaba mucho más fácil y tranquila sin mi. Giro en la cama, el chirrido de los tornillos me recuerda que debo apretar y aceitar aquel armatoste heredado de mis padres, no lo hago hace años. En el silencio de la noche llamo a Lucas, debería dormir conmigo, no me gusta sentir la cama vacía. Mi voz retumba en el apartamento. El perro se asoma a la puerta y decide tumbarse sobre la cama, punto para mí. Trato de girarme, un quejido viene del animal y prefiero quedarme en esa posición. Empiezo a quedarme dormida, se siente plácido ese momento justo antes del sueño. Aprieto los ojos y...

Corro en mitad de la calle vacía, es un callejón largo y oscuro, solo se ven las luces de las casas a lo lejos, pero no hay manera de saber qué distancia me falta. Pienso y no entiendo por qué corro, aunque estoy agitada no dejo de hacerlo. Las piernas no me responden y no puedo parar. Miro hacia atrás, hacia los lados, las luces de los edificios están apagadas. Logro ver unos cuantos ojos expectantes, grito, no me escuchan, sigo corriendo. Me duelen las piernas, debo descansar, tomo aire por la nariz, exhalo por la boca, es lo que me decía mi profesor de educación física que hiciera, no funciona y la fatiga me sigue golpeando. Lleno los pulmones de aire, me duele respirar. Escucho los pasos de alguien detrás. Viene por mí. Siento una descarga de adrenalina y acelero. El viento me corta la cara y el extraño está aún más cerca. Creo

que lo he perdido, ya no escucho sus pasos. Exhalo con tranquilidad, sigo trotando y caigo al suelo. Siento el peso de su cuerpo sobre mi espalda, no puedo moverme, no puedo respirar, el hombre pone su mano sobre mi boca, los ojos expectantes vienen a ver la escena, no hacen nada. Con la mano que tiene libre, el hombre hurga bajo mi falda, sé lo que busca, grito, no puedo hacer nada, aprieto los ojos y...

Me despierto. Los aullidos de Lucas me desconciertan, de pronto me doy cuenta que estoy gritando, cierro la boca. Consiento al perro y se vuelve a acostar. Miro el celular: 3:37 de la madrugada. Dormí una hora más. Me duelen las piernas y estoy sudando, estoy acalorada. Me levanto, enciendo la luz, quedo aturdida por unos segundos. Camino hacia la cocina a tomar agua, quiero algo un poco más fuerte, hay algo de vino, no me molesto siquiera en servir en un vaso, quito el corcho y lo bebo de un sorbo. Vuelvo a la cama y antes de acostarme me quito la sudadera. El frío se ha ido. Apago la luz e intento volver a dormir. Me duele el cuerpo, siento que no podré levantarme al día siguiente. Abrazo la almohada, la colonia de José sigue impregnada en ella, me dan nauseas y me volteo para quitarme ese olor. Lucas sube su hocico hasta mi cara, me lame con cariño el sudor, lo abrazo a él, no le molesta. Pienso en que debo levantarme e ir a trabajar, no pasaría nada si no voy, pero es mucho peor la soledad del apartamento vacío. Doy vuelta y trato de dormir. El sueño empieza a adueñarse de mi cuerpo, aprieto los ojos y...

Todo está en silencio, estoy sobre la cama pero hay algo raro en el apartamento, Lucas no está, no debería tener certeza de ello pero sé que no está. Me levanto, todo está muy oscuro, no es la oscuridad normal de mitad de la noche, es la oscuridad de la soledad absoluta. Traspaso la puerta y me encuentro en el pasillo, ya no es mi apartamento de casada, es el corredor del diminuto apartaestudio de soltera donde vivía hace unos años. Trato de sonreír, los recuerdos son gratos, sin embargo la zozobra no me deja pensar en ello. Camino hacia la sala, los muebles antiguos y la baldosa blanca y negra me indican que estoy en la casa de mi infancia, los mismos nervios que sentía al quedarme

sola en aquel gran salón vuelven a apoderarse de mi cuerpo. Siento una sombra tras de mí, sale de la cocina y se mueve por las paredes hasta posicionarse a mi lado. No puedo moverme del sitio donde estoy, mi cuerpo está paralizado. Siento a aquella sombra moverse, mirarme, presiento que el observarme no será suficiente y pronto querrá lanzárseme encima. Quiero correr, volver a la cama. La sombra me toma en sus brazos, me alza, me arrulla, me canta una canción de cuna. Trata de transmitir tranquilidad pero los brazos se me entumecen, siento que me hormiguean las manos y los pies, me duele el tórax, la sombra me abraza. Ya no puedo controlar mis pulmones, respiro profundo y muy rápido, quiero que me suelte, aprieto los ojos y...

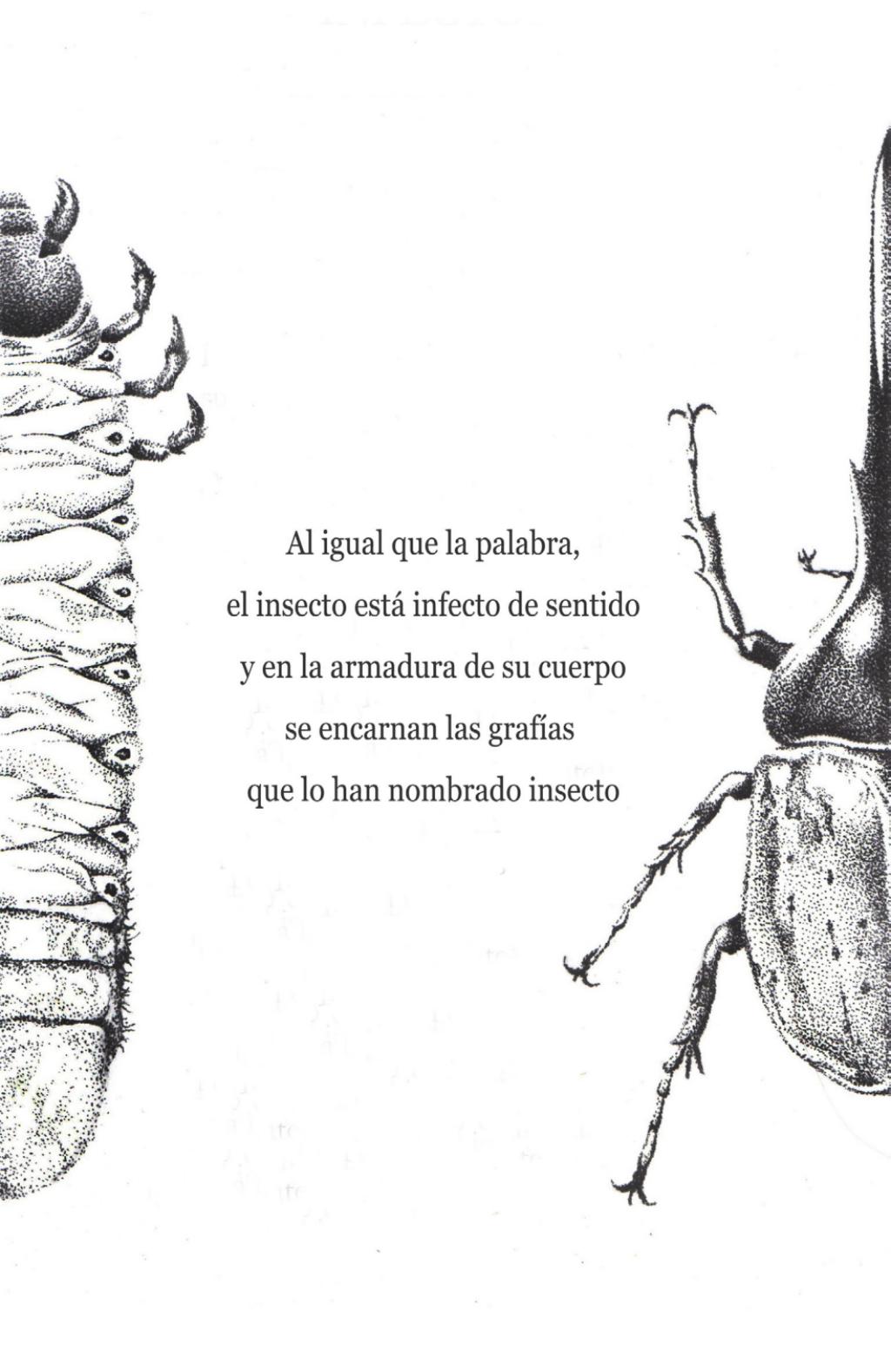
Me despierto. Trato de calmarme. Lucas sabe que debe actuar y se acuesta a mi lado, ayuda a que mi corazón no colapse. Respiro hondo, cierro los ojos y al abrirlos la oscuridad de mi cuarto me arroja de nuevo a la realidad. El perro toca mi cara con su cabeza peluda y me concentro en eso. Me levanto de nuevo, el ataque de pánico estuvo a punto de hacerme mojar la cama. Voy al baño a oscuras, orino y vuelvo. La última vez que tuve ese sueño José me despertó antes de que mi cuerpo pudiera hacerse más daño. Ver sus ojos hacia que el miedo no existiera. Pero él ya no está, se fue huyendo de las noches de insomnio, solo me queda Lucas y el apartamento. Dejo de pensar en eso, el terapeuta me dijo que alejara esos pensamientos. Es más fácil decirlo que hacerlo. Abrazo al perro, me tranquiliza su respiración pausada. Tomo aire, miro el celular: 4:41 de la madrugada, aún queda tiempo para dormir. Trato de conciliar el sueño,uento ovejas, nada. Tarareo una canción, aprieto los ojos y...

Me encuentro de pie frente a la puerta del apartamento, de adentro viene la canción que tarareaba antes de quedarme dormida. El volumen está mucho más alto de lo normal, lo oigo retumbar en mis oídos. Timbro, son las tres de la tarde, a esa hora José debería salir a abrirme, culpo a la música. Igual es buen día, el sol se refleja tras el vidrio y Lucas sale a recibirmé, busco las llaves en el bolso, abro la puerta. Saludo desde allí, no hay respuesta. Hay algo extraño en el am-

biente. Voy al equipo, bajo el volumen. Paso por la cocina, huele a comida recién hecha. Sigo hacia nuestra habitación, no está. Veo una maleta al lado de la cama, no es mía y no planeamos hacer un viaje pronto. Pienso que mi esposo se encuentra en el estudio y me encamino en esa dirección. No debería tomarme más que unos segundos recorrer el pasillo, sin embargo se alarga con cada paso y cuando llego al umbral tengo la respiración agitada por el esfuerzo. La puerta está entrecerrada. Al empujarla, nada. Todo parece normal. Mis ojos se pasean por todo el lugar hasta que se topan con unos papeles sobre el escritorio. "Estoy cansado, de ti y de esta vida de mierda que me has dado. Te dejo a Lucas, es tuyo". No entiendo, él dijo para siempre. Me tapo los oídos intentando acallar la canción que suena, de nuevo, a todo volumen. Siento la nariz húmeda del perro tocando mi mano. Las lágrimas me inundan y trato de reaccionar, me doy la vuelta, cierro los ojos. Al volverme hacia la nota todo se reinicia. La puerta del apartamento, la canción a todo volumen, el timbre, las llaves, la puerta abriéndose, el equipo, la cocina, la habitación de casados, la maleta, el pasillo eterno, el estudio, la puerta cerrada, la nota, la vida de mierda, las lágrimas. Una y otra vez, rápido, en un loop infinito. Trato de que todo acabe, no quiero repetirlo, me aferro a la nota pero esta se desvanece, tras las lágrimas aprieto los ojos con fuerza y...

Me despierto llorando, mis mejillas y la almohada están húmedas. Por la ventana de la habitación se pueden ver los primeros rayos de sol anunciando que debo levantarme. Miro el celular: 5:55, en cinco minutos sonará la primera alarma. No hay más horas, quiero dormir, estoy cansada, el sueño no me dejará levantarme. Me secó las lágrimas con la cobija, le consiento la panza a Lucas. Trato de mantenerme alerta, el nuevo día está por comenzar y la psicóloga dice que lo mejor es salir de casa. La nota aún sigue en el estudio, verla de nuevo me hará pensar en colgarme de la gran viga que sostiene el techo sobre mi cabeza. Respiro profundo, trato de seguir con mi día, un paso a la vez. La alarma suena, me levanto de inmediato y no vuelvo a acostarme. Le sirvo comida a Lucas. Vamos a pasear, los vecinos me saludan, me mi-

ran como si tuviera cáncer, me preguntan cómo estoy, les preocupa que su finísimo complejo de apartamentos se vea manchado por la loca que vive en el piso quince. Vuelvo a casa, me baño. Me siento en la cama, reviso el celular y le dejo un mensaje a la mamá de José. Decido no ir a trabajar, llamo a mi jefe y no tiene problema. Agarro una maleta del armario, empaco la comida, la cama y los juguetes de Lucas. Busco la nota en el estudio y la pongo intencionalmente en la maleta, a la vista, donde José pueda leerla “Estoy cansada, de ti y de esta vida de mierda que me has dado. Te dejo a Lucas, es tuyo”. Antes de salir le consiento las orejas y le digo que todo va a estar bien. Él trata de calmarme, tomo su correa y nos encaminamos a casa de mis suegros donde, creo, está viviendo José. Voy a entregarle su perro de una vez por todas, con la esperanza de que las pesadillas cesen y el insomnio acabe.



Al igual que la palabra,
el insecto está infecto de sentido
y en la armadura de su cuerpo
se encarnan las grafías
que lo han nombrado insecto



Augusto Yepes

Nació el 8 de julio de 1999 en suelo bogotano, el único hijo varón de padres rolos, creció su mayor parte de vida en la localidad de bosa, sus primeras incursiones literarias y artísticas se desarrollaron en el municipio de Simijaca Cundinamarca, bajo la enseñanza de familiares. Vivió una parte de su vida en el municipio de Soacha y actualmente estudia en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas en la sede de Ciencias y Educación.

El gran anciano

A mis amigos

Recuerdo muy bien el sueño: antes de transformar mis manos en ramas arrugadas y mis ojos en orificios vacíos y marchitos, mi cuerpo caminaba con una bata blanca que cubría mis tobillos. Bajo un cuenco amarillo y rancio que se volcaba encima del cielo yo podría decir que estaba oscureciendo, pero más parecía que el sol estaba herido en el horizonte; agonizante y con alguna flecha envenenada atravesando su torso; se escondía detrás de las pocas nubes del cielo para que no se le viera sangrar, aún con vida el olor a muerte se sentía en el aire, se le pudría la carne al sol y gritaba ahogado a través de algunos cuervos ta-chonados a lo lejos. Yo pisaba con incomodidad las piedras peludas del fango hundidas boca bajo... era, si no mal recuerdo, la zona antigua de una guerra, tan maldita y desdichada que todos los cuerpos se pudrían eternamente sin dejar de sentir dolor.

Continuaba mi camino distraído, cuando una roca que tenía su mandíbula abierta hacia el cielo, engulló mi pie haciéndome tropezar. Quedé nariz con nariz con otra piedra, sé que traté de incorporarme en la falda de una pequeña colina cuando vi buitres caminar a punta de pequeños saltos a mis espaldas, desinteresados de mi presencia.

Pasado mi sobresalto por las aves de rapiña, levanté la mirada, entre el cadáver del sol en eterno ocaso y yo, se interponía en la cima un árbol en contraluz con extrañas siluetas en sus ramas. Ya de pie observaba muy callado todas las ramas repletas de ancianos trepados en el follaje, con caras tristes y demacrados mantenían un equilibrio perfecto en posición fetal. Acurrucados cada uno, perdían su vista en diferentes direcciones. Los ancianos apretaban sus rodillas y las piernas –no más gruesas que sus brazos- contra el rostro grisáceo y faltó de sangre; calvos, sucios y curtidos por el viento, las caras pálidas inspiraban hambre y repudio, ninguno superaba el tamaño de un niño joven... carnes ausentes de un alma viva.

Yo no me acercaba por miedo a provocar algún movimiento en esos seres ininterrumpidos, que vestidos con telas roídas y cubiertas por completo por la misma mancha del desgaste y de la mugre, conformaban un puñado de hilos que apenas colgaban de esos deprimentes cuerpos, todos rodeaban un montículo de tela semejante a un monolito cubierto con harapos que me daba la espalda en la copa del árbol.

—¿Dónde estoy?! —me sudaban las palabras, paralizado de saber que, si lo fueron, ya no eran hombres normales.

—Donde vas a estar... —apenas si escuchaba sus voces, como de quien responde estando dormido, pero podía escucharlos claramente porque no existía el viento que cortara el sonido.

Yo no sabía cuál de todos me respondía, ninguno hacía ademán alguno, no había labios en sus bocas que me mostraran alguna palabra articulada, eran apenas frases sopladas por orificios resecos.

Pero antes de volver a preguntar algo que no sabía bien por qué lo preguntaba, me pude despertar. Me levanté de la cama, salí del cuarto y volví a entrar ya de noche. Mi cabeza estaba cansada por el hecho de recordar, camino al trabajo, lo sucedido en el sueño. Jamás he alucinado, aunque los doctores dicen que es normal ver cosas que a veces no están. Sentía el constante miedo por la calle, de que los cuervos y buitres estuvieran escondidos en los trajes de oficina que fingían caminar con desdén en una manada rutinaria. Caminaba con el pulsante pánico de no ver cosas que sí estuviesen ahí, llegué a trabajar y de nuevo no le vi el rostro a mi jefe, volví a la casa y entré en el cuarto ya de noche, sin hambre me volví a dormir.

Entre los sueños a veces recuerdo que siempre les volvía a pre-guntar:

—¿Dónde estoy?

—Donde pronto estarás... respondían sin conocimiento de afán o prisa.

—Pero si ya estoy acá.

—Aún no estás listo —siempre me respondían

Regresé al mismo lugar muchas veces y acostumbrado ya, a esa luz de extraño atardecer hepático y virulento, recorrió de nuevo esas formas un tanto fofas que hacían de empedrado camino, de acá en adelante sin tanto miedo, volvía al inicio de la colina y preguntaba a los ancianos cosas que, con ojos vacíos, a veces respondían y yo nunca recordaba; no respondían más de tres o dos preguntas y luego despertaba. Acostumbrado por fin al contraluz de las ramas y aun manteniendo la distancia, me di cuenta que el enorme montículo de la copa del árbol era un anciano de gran tamaño, más grande que cualquier hombre; parecía como un búho inmenso, famélico y recogido, sin plumas, que se rodeaba de polluelos recién nacidos ya llenos de vejez y marchitos.

Pareciera que ellos no respondían si él no quería, y no era fácil notarlo por el tono de completa desatención con la que sus voces dejaban escapar respuestas sosas. Por un momento, casi acostumbrado, me dejaron de atormentar los miedos de que ellos se salieran de mi cama y llegaran al trabajo, a la calle, a la luz del sol vivo y lo asesinaran como hicieron con su propio astro. Crucé la puerta del trabajo para entrar y volví a salir... esta vez no me tomó las largas nueve horas que normalmente me toma. Llevaba mirando mi pantalla tres rayas del reloj y en ningún momento vi el rostro de mi jefe pasarse por los cubículos o el pasillo, aunque él me mandó presentarme a su oficina, aunque entré y me senté frente a su escritorio, a pesar de que su cuerpo, bien vestido y pulcro estaba frente a mí, moviendo una mano con violencia y enunciando sonidos de reproche, lo miraba directo a la frente y en ningún momento pude ver su rostro, entre las sienes, la quijada y el cabello bien peinado había una tez lisa y sin arrugas, no había ojos, cejas o boca. No había expresión alguna.

Salí entonces del trabajo, caminé por ahí hasta que se fue a dormir el sol. Algo dentro de mí no pretendía volver al trabajo y al contrario de cabizbajo... sereno caminaba sin ver el andén inclinando la nuca hacia atrás, sintiendo pasar la luz de los postes en mi cara, preguntándome si ahí seguía estando mi rostro. Hasta que en la cima de un farol vi a un anciano acurrucado igual de triste y demacrado siguiendo mis

pasos por la calle con la mirada vacía. Bajé la mirada y seguí derecho... entré a mi cuarto, me dormí y fui hasta el árbol y por más que pregunté con algo de enojo ninguno respondió.

Algo recuerdo sobre que asistí al funeral de alguien sin rostro, sus familiares, iguales de cara lisa, paseaban cerca mío acariciando mi espalda, yo los dejaba pues se sentía una mezcla de tristeza y consuelo que no entendía. Me distraía contando rayas en el reloj y masticando los mismos dulces de siempre con nombre extraño, cada vez sentía que los necesitaba más.

Me preguntaba por primera vez despierto, por qué se hacia el pecho más pesado después de dejar de cargar el ataúd, por qué si la vida es la que nos hace mover, ver morir a alguien es querer detenerse, había salido esa mañana de mi casa y volví a entrar en la tarde. Despues de unas semanas salía de mi cuarto y entraba al baño, salía del baño y entraba a la cocina...

De por sí a veces se esfuma toda percepción cuando estoy despierto y con los dulces bajando por mi garganta seca, incluso se esfuma el hambre en estos días. La memoria también ayuda, voy a la cocina buscando comida, de pronto, y... olvidándolo todo me pongo a lavar la nevera aprovechando que está vacía.

La semana pasada mi enojo aumentó por culpa de algunos sin-rostros y cosas que no me quedan claras, porque ya nunca los tengo seguido, de hecho, que no volví a ver a nadie en concreto. Cosas como el trabajo... que no me dejaron ir porque supuestamente casi no le dejo rostro al jefe, ¡qué rostro?! Si nunca tuvo... al menos, yo nunca se lo vi. O también me enojaba estar vivo sin poder dormir siquiera, pálido, sin ánimos; pareciera que los ancianos en ese árbol solo bajaban por gente que tiene vida, y la tenía, tenía trabajo y nevera y a alguien por ahí que ya no recuerdo pero que sé que enterré... alguien que supongo que sí tuvo algún rostro... y ese anciano mayor, el más grande de los ancianos, incluso a él hace dos días lo acusé de vaciar mi último frasco de dulces... me dormí enojado, crucé corriendo el camino de cabezas enterradas y ante el árbol vociferaba para despertarlos de su trance.

—¡Me han quitado mi vida!

—....

—He perdido a alguien que también le han quitado la vida...- empezaba a decir entre lágrimas ajenas.

—Está llorando... dice el hombre que ya no tiene una vida... dice el hombre que se la hemos quitado. Decían los ancianos tomando turnos para susurrar.

Me pareció que el anciano mayor se movía, me acerque un poco para ver mejor, pero en las raíces del árbol que se alargaban por la colina había pedazos de chatarra con filo y basura mezclada con el lodo. Subí la mirada hacia el gran anciano, su cabeza se enderezó lentamente y siendo el primer movimiento diferente de la inercia me miró detrás de su hombro asomando una parte de su ojo izquierdo apretujado de arrugas, me mostró, por primera vez, esa pupila de ámbar inyectada de sangre.

Me escrutaba el alma buscando la vida que a él le faltaba, desubicaba mis memorias y recuerdos, y sin los efectos de los dulces, pasaban por mis parpados como flashes. Estando inmóvil en ese árbol me demostraba una profunda inteligencia como ver la mente de la tierra o del animal salvaje mientras devora con los ojos a su presa; en eso los cuervos se excitaron alrededor, gemían, graznaban y gritaban, así como hombres o demonios avivando la guerra entre el rey de los ancianos y yo. En poco menos de un minuto, su mente movía sus labios entre mis sienes preguntándome con voz ronca antes de despertar - ¡cuál vida hay en ti? Pues no veo ninguna. – los buitres levantaron vuelo del suelo golpeándome la cara con sus alas negras, volviéndose todo en penumbra.

Apareció de color verde metálico una antorcha en forma de “7:15 am” en el despertador, aplasté ese fuego fatuo para silenciar su chillido. Luego salí de la cama, entré al baño y salí de él. Estaba decidido, hoy en la noche me enfrentaría al gran anciano, supongo que pasó muy rápido ese día. Seguí derecho por la sala sin ver los cuadros y fotos que nunca vi y mucho menos que yo hubiese puesto. Salí de la casa y volví

a entrar, me dolía la cabeza por la luz del mercado, camino a casa se puso a llover, resbalé en un charco y mi sudadera quedo emparamada de barro. Apenas me quité los zapatos para no perder tiempo; entré a mi cuarto y me senté en la cama con un cuchillo nuevo, solo lo pensé seis veces y cuando ya iba a dudar recordé los pensamientos del anciano en los míos -no hay vida en ti-. Decidido, rasgué mis muñecas con el filo, me pasé la sangre por el rostro en marca de guerra. Recostado en la almohada, las manos entumecidas dejaron de temblar, creo que me quedé dormido a las nueve, con el cuchillo apretado en la mano esperando que pudiera pasar conmigo al otro lado.

Me doy cuenta que me voy tropezando por el camino de siempre, esta vez con la sudadera negra llena de lodo y descalzo, con el cuchillo en la mano y cortadas las muñecas, llegué hasta la colina y acercándome en silencio resolví seguir adelante sin hacer ruido, pues sin ojos en las cuencas no podría saber si los ancianos duermen o meditan para advertir mi llegada. Llegué a las raíces y esquivé los artefactos de corte, espadas, navajas y sogas que se amontonaban en la raíz del árbol negro, mantenía la respiración subiendo con las dos manos y mordiendo la hoja del cuchillo, sentía las plumas de los buitres y los cuervos erizadas, anhelando nueva carroña. Los ancianos seguían petrificados, sabían que yo estaba subiendo a su árbol, estaban expectantes sin ponermee mayor atención, en una creciente tensión apretándose cada vez con más fuerza hacia sí mismos, tratando de comprimirse, llegué a la copa y los cuervos empezaron a revolotear impulsados por el éxtasis, haciendo aros alrededor de la colina, tenía toda la espalda del gran anciano como blanco de mi venganza. El silencio se mordía las uñas, fue entonces que vi el ancho reflejo del cuchillo nuevo, y vi en su color de plata que, entre mis sienes, mi quijada y el cabello había ojos, boca nariz y cejas: Pálido y demacrado, estaba consumido en mente y cuerpo, vi de nuevo el cuchillo y lo empuñaba una mano con un trazo mortal en las muñecas. ¡pero qué había hecho?!

—Ya estás aquí... ya está aquí... —decían con una alegría exhausta sin ser más fuerte que una voz que se queda dormida-

por fin está aquí...

—...

Guardaba silencio escuchando sus voces más claras que nunca. Sin poder hacer nada. Sentía el triunfo del gran anciano desangrándose por mis antebrazos, sin celebrarlo continuaba reducido a su posición inmóvil dándome la espalda con la cabeza hundida entre los hombros.

—Pronto estarías acá y pronto has llegado...

Lo último no lo recuerdo tan claro, tan solo me acuerdo que el cuchillo se cayó de mis manos y fue aparar al resto de armas que intentaron en alguna ocasión darle muerte al gran anciano, regadas por las raíces del árbol, quedando enterradas entre la basura y el barro, recuerdo que los cuervos volvieron a interpretar el llanto del sol herido en el horizonte, mientras que yo busqué una rama para acurrucarme y reducirme a nada más que una silueta en el árbol negro, los buitres caminaban entre pequeños saltos por el suelo lleno de cabezas humanas, y ahora solo presiono mis rodillas contra el mentón mirando el horizonte, como una figura triste y demacrada.



Laura Muñoz

(Pajarillo en zancos)

(Bogotá, 8 de mayo de 1997). Artista interdisciplinaria de la agrupación artística *La Clepsidra Teatro*. Por cuestiones de magia, o a eso que llaman arte, mi cuerpo se puede transformar y alargar 80 centímetros por el nivel del suelo, mis piernas parecen tomar una metamorfosis a patas de garza y con ellas dar zancadas gigantes. El teatro y la literatura son la mejor combinación que conozco para abrir las puertas a nuevas posibilidades de representar la realidad. Estudiante de Licenciatura En Humanidades y Lengua Castellana.

Dos cerillas

La noche del veintitrés de noviembre —época de lluvias— se encontraba el viejo Ramírez deambulando por las calles de Bogotá. Recuerdos fluviales desembocaron en su memoria, pues le era imposible olvidar el pequeño lugar ceñido de montañas que le vio nacer e inexorablemente le vio huir; cerca al Río Magdalena que rodea el departamento de Boyacá enterró el amor y la doctrina conservadora que lo había figurado como “prócer”. El remedio a los recuerdos será solo la muerte, se dijo mientras caminaba.

A diferencia de otras noches, la bruma densa de la ciudad nublaba más del setenta por ciento la vista de aquel hurano hombre consumado por el hambre y por el frío. Contra todo pronóstico, Ramírez dirigió sus pasos por la carrera trece. La limitación visual despertó en él un olfato agudo: podía advertir el olor fétido de amoniaco que produce la orina sobre las paredes, miasma que desprendía del conjunto de casas desgastadas por el moho y la humedad. La calle hervía un hedor a mierda fermentada.

El viejo Ramírez acostumbrado a la mezcla concentrada y pútrida del aire, interrumpió la marcha al olfatear una bolsa de basura que formaba parte de una montaña de desechos extendida a lo largo de la vía y contempló la idea de buscar cualquier pedazo de comida que atiborrará el remolino que sentía en el estómago ocasionado por el movimiento de las tripas. La temperatura descendía, el frío se concentraba con una frecuencia apremiante. El viejo rasgó con sus manos la bolsa que desbordó todo el residuo por el suelo, rebuscó entre las sobras sustento para saciar su penuria. Entre sus manos sintió la circulación babosa, el desplazamiento en espiral y oblicuo de los gusanos. Al sacar una de ellas, sobre el dedo índice quedó prendida una de las larvas. El viejo miró con atención: —¡Maldición, estos insectos se revuelcan en el paraíso mientras yo casi siento el infierno en mis pies!— y metió el gusano en la boca; sin saborearlo se lo tragó. Una gota resbaló con

impedimento sobre el pliegue rugoso de su rostro, precipitadamente el cielo se quebró, la lluvia comenzó a llenar las calles con charcos que parecían lagunas abismales, la corriente de agua arrastraba las colillas de cigarrillos que se atascaban en las alcantarillas taponadas por la basura y el viejo Ramírez se negaba a entregar por completo su cuerpo a la frialdad que se consumó en la ciudad. Con el cuerpo casi adormecido dejó de lado la posibilidad de seguir buscando condumio y con dificultad trato de erguir su cuerpo calcinado por la longevidad de sus años. Decidió continuar su marcha para cubrirse del diluvio que golpeaba el asfalto, transitó por la calle diecinueve, sabía que podría encontrar un edificio abandonado una cuadra abajo sobre la dieciocho, “el refugio ideal para apaciguar su frío” —pensó. Todo su cuerpo temblaba ante los escalofríos que producían las bajas temperaturas, el ruido estrepitoso de las gotas golpeando la urbe era su única compañía.

En la fábrica desierta a la que llegó Ramírez el viento arrastró ante sus pasos las hojas de un periódico viejo; recostó su cuerpo sobre la pared, recordó que en uno de los bolsillos de su pantalón ajado y raído tenía una caja de fósforos con dos cerillas en su interior. El desespero por conseguir calor no le dio otra alternativa que encender una de ellas, la cual desperdició inútilmente con la fricción de la caja mojada. Pensó en gastar la última de las cerillas frotándola contra el cemento áspero del piso y así fue como con dificultad logró encender el ápice del papel. Entre el destello de fulgor que rodea la hoja de periódico se desdibuja la imagen de un hombre armado; el viejo famélico levanta la vista para leer el titular: “¿Está presto el país para enfrentar una guerra civil?” La gelidez en su cuerpo impidió que soltará una risotada: una desprovista mueca se esboza en la cara de Ramírez confirmando lo que ha pensado por varios años y que ahora lo lleva a encontrarse en este punto de la ciudad, en esta parte de su vida. Cierra los ojos y despide el fuego que se desvanece apresuradamente, concentra en su mente el recuerdo del calor para seguir caminando, los pies dormidos no responden al deseo de continuar el paso, su respiración cada vez es más agitada. En el insonidable rincón de aquella fábrica abandonada

escucha la voz de otro hombre:

—¡Por la regeneración Ramírez, por amor a la patria y la consolidación de la Nación!

El viejo, sorprendido, sospecha que el pasado remoto vuelca a la noche lluviosa; abre los ojos, pero tras la neblina solo ve la sombra de un hombre con su misma estatura cargando un rifle en el hombro. Confundido, el viejo levanta la voz temblorosa y expresa:

—¿La patria? ¿Qué... qué ha hecho la patria por mí?

—Usted lo sabe, Ramírez. Si no se une a la pugna contra los liberales sabe que cualquiera puede decidir el futuro de nosotros. “La Regeneración es...el ácido destinado a limpiar la corrupción” y eso Dios no se lo va a perdonar.

Con el cuerpo agarrotado, y en un tono jadeante, el viejo reprocha la voz de la sombra

—No me joda con esas ideas del general Mosquera, yo ya he perdido lo suficiente, prefiero que la guerra me agarré sentado a dar mi vida por un país que todos los días busca la manera de matarnos

La sombra, en un tono burlesco, canta:

— ¡Que morir por la patria no es morir, es vivir!

Dudosamente lo que acontece, el viejo suelta una pregunta

—¿Usted de verdad cree en esa reforma constitucional? —

—No hacerlo, Ramírez, sería negarnos ante la santa Iglesia y los designios divinos y eso se llama traición. yo sí creo en el nuevo modelo de Nación, yo sé que todo esto va a cambiar, ¿es que usted no ha escuchado con atención al Honorable y futuro presidente R. Núñez?

—Traicionaría primero a Adelita, que ni en la tierrita la pude sepultar— dice, apretando la mano contra su pecho.

—Ramírez, no meta a Adela en esto, en temas de política. Las

mujeres en la casa cumplen con sus deberes para con el país.

Levantando la voz con su último aliento en un tono ofuscado, Ramírez recrimina la figura del improbable sujeto.

—De qué sirve enfrentarme a los otros como yo —como si estuviera discutiendo con la voz de su conciencia—. Siempre el mismo espectáculo y mientras tanto aparece un nuevo decreto, o si no una nueva ley que reforman o deforman ¿no?... Da igual, no tiene sentido discutir la diferencia entre estas cosas, pues todas jalan p'al mismo lao': ijodernos!

El espectro pierde la condición de sombra y se torna más humano: como un espejo se refleja el cuerpo del hombre que sujetó el arma, mira fijamente al viejo Ramírez, apunta en la sien del entumecido cuerpo y, mientras canta la estrofa del Himno Nacional —¡Independenciaaa gritaa el pueblo americanoooo!—, aprieta el gatillo. El anciano no esperaba la muerte, tampoco se opondría si ese fuese el momento de su llegada. Entre la turbulencia de la lluvia y los pensamientos del viejo, la figura de su reflejo desaparece.

Como si otras vidas se hubiesen consumado en el papel y el calor, el cuadro de su vida se desdibujó entre el pecho y la memoria, baja la mirada. Entre la turbulencia del clima y sus pensamientos, el viejo Ramírez con impedimento trató de encender la última cerilla que le quedaba —cierto, había utilizado toda su provisión de cerillas— ni una chispa se generaría de la fricción entre la caja y el palillo. Inhalaba el aire, exhalaba la agonía, y en su interior la vida se dividía en dos; la vida y la muerte no era más que otra composición binaria, como el día y la noche. Eran dos las historias que se descomponían con el papel, dos los minutos en que perduraba el calor sobre su cuerpo generado por el fuego y dos las cerillas con las que pensó extender el plazo de lo inevitable.

El escalofrío se apoderó de su cuerpo paralizado, la sangre que transporta el oxígeno circulaba lento y despacio sobre sus pulmones, el color de su piel pareció tomar un palidecer blancuzco que contras-

taba con el morado de sus labios. Cada segundo que pasaba le hacían desear sin más remedio el final de todo; y así fue: los vasos sanguíneos se estrecharon atrofiando las funciones nerviosas. Con el cuerpo desvanecido en el suelo, sintió el correr acelerado y frenético de un pequeño roedor que caminaba por encima de su cuerpo, como si fueran las calles inhabitadas de una ciudad oscura. El corazón del viejo Ramírez se detiene mientras que la rata celebra aquel manjar: devorando todo el rostro abatido del viejo.





Andrés Camilo Lizarazo

Soy estudiante de la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana. He cambiado muchas cosas en mi vida, pero lo que más me alegra es haber podido cambiar a un lugar en el que puedo leer y escribir como quiero. Puedo decir que la literatura representa la mayor parte de mi vida. Aún no me considero un escritor, pero sueño con llegar a escribir algún día algo que valga la pena, dejar todo en aquellas palabras que habrán de crear un espacio con una fuerza tan abasadora que niegue por unos minutos la "realidad" de los lectores. Sigo soñando y creyendo que una de las cosas más importante en la vida es la libertad y creo, además, que una de las formas de alcanzarla se encuentra en la literatura. No puedo pasar por alto dar gracias a mis maestros: Cortázar, Kafka, Gabo, Pessoa, Kundera, Alejandra, Jattin, Hesse, Camus y muchos otros que me acompañan en este curioso viaje por la vida.

Aún queda tiempo

*A mis amigos: Cesar, Juan y Michael.
De alguna manera siguen presentes.*

—Disculpa, ¿en qué te puedo ayudar? —me dijo la muchacha que atendía la taquilla del cine. No supe en qué momento la fila había avanzado.

—Una boleta para la película de las dos— dije

—¿Para *Lo que siempre espero?*— preguntó.

—Sí —dije— queriendo sonar seguro.

Recuerdo que faltaban algunos minutos para el inicio de la película, así que anduve por el edificio tratando de averiguar si algo había cambiado desde la última vez que había estado allí. El primer cambio que encontré fue que el póster principal de *Los días de la ballena* ya no estaba en la primera planta. Continué mi recorrido por el edificio y llegué al segundo piso, pensando en la posibilidad de encontrar más cambios. Si los había, no lo pude averiguar. Miré la hora y bajé a la Sala Tonalá, ubicada en el primer piso; y para mi sorpresa, ya no llevaba ese nombre: ahora se llama Sala Luis Ospina, en homenaje al director ca-leño que falleció hace poco. ¡Vaya! Otro cambio que me esperaba para vislumbrarlo.

Mientras entraba en la sala buscando la silla que escogí, el golpe de los recuerdos nublo mi paz: ante mis ojos las sombras de un pasado vivido y compartido en este lugar danzaban, y yo trataba, aun sabiendo que era en vano, alcanzarlas. Me senté aún anonadado por los recuerdos y por la constante sensación de que esta sala albergaba una parte de mí que quedará como un fantasma cuando yo ya no pueda volver. Mientras las otras personas se iban ubicando para disfrutar de la película, yo veía los cortos que siempre se proyectan antes de la función con la intención de concentrarme y no dejar que las evocaciones

me impidieran disfrutarla.

El constante martilleo de los recuerdos se disipó al ver que en la primera escena aparecía mi barrio; ¡no lo podía creer!, era tan cerca de mi casa. En cuestión de segundos especulé en la casualidad de aparecer en ella, distraído y perdido en pensamientos como en los que parecen refugiarse las personas que por casualidad se ven en el fondo de las películas y que para ellos el día parece ser como cualquier otro.

—Allí vivió durante veinticinco años— dijo un hombre en la pantalla.

Enseguida noté que el lugar que la cámara enfocaba era mi casa, solo que la fachada tenía otro color y la cuadra se veía un poco diferente. Aun así reconocí las casas de mis vecinos, el desnivel en la entrada de mi hogar hecho con la intención de usar el garaje, las ventanas que con su forma me recordaba los cuellos de dos cisnes juntos. Pero algo extraño sentí: la imagen no correspondía a la de una película antigua. Me pregunté en qué tiempo fue grabada. La película dio un salto y al escuchar *nació en abril de 1999* entendí que algo raro estaba pasando. Era mi fecha de cumpleaños y yo, con mis veintiún años, nunca había visto mi casa así, ni sabía de alguien que compartiera conmigo fecha de nacimiento. Seguí atento a lo que se estaba proyectando en la pantalla. Y allí se seguía contando la historia de alguien cuyo nombre no había sido dicho, y sin embargo, también había estudiado en el mismo colegio que yo, y al parecer, séptimo grado también fue para él un año perdido.

Pasaron unos minutos. A pesar de la sorpresa y el extrañamiento no podía negar que se estaba contando mi vida. Miré alrededor tratando de entender un poco lo que estaba pasando, pero todo seguía como normalmente sucede en un cine. Pensé que podría ser una broma de algún conocido, pero no, ¿quién llegaría tan lejos para una simple broma? ¿Quién se tomaría este arduo trabajo? ¡Nadie! Quise saber quién estaba detrás de esto y por qué conocía tantos detalles de mi vida. Enseguida un pensamiento llamó mi atención: ¿hasta qué punto se contaría la historia? ¿Correspondía esa última parte al final

de mi vida? No lo sabía y la posible respuesta me aterraba. Al parecer, segundo a segundo me estaba acercando a la causa de mi muerte, a la edad, a las circunstancias...

Seguí expectante. De pronto noté que en la pantalla era yo un adolescente, recordé lo que fue para mí el último año de colegio, las expectativas que tenía de que acabara pronto y emprender nuevos retos, conocer nuevas cosas (los típicos pensamientos de todos cuando no sentimos próximos a abandonar la cárcel en la que se ha convertido el colegio). Mientras en la película poco a poco me aproximaba a mi estado actual (un estudiante universitario) surgió dentro de mí un sentimiento de rabia, una decepción, una gran impotencia: noté que en relación con aquel chico de colegio no había cambiado mucho; después de dos años sentí que muchas cosas seguían estáticas, que el río no había influido, que yo había estado por la vida ignorando el fluir de sus aguas, que al parecer había estado nadando contra la corriente. Sentí además que al igual que como estaba en el cine, siendo espectador de mi vida, había estado yo gran parte de ella, cumpliendo un monólogo en cada momento, siempre esperando que algo sucediera, obedeciendo a relaciones de causa y efecto en donde la esperanza de que algo fuera diferente es lo que siempre esperaba. La película siguió su curso en la pantalla y antes de que se continuara con mi vida en la universidad decidí salir de la sala.

Si el final de la película correspondía con mi muerte no me importó. Salí del lugar e intente reconocer con la mirada algún rostro conocido que tal vez pudiera explicarme lo que estaba sucediendo, pero nadie podía darme explicación a eso. Solo vi unos rostros que esperaban que sus respectivas funciones comenzaran.



abceis

(Bogotá, 1996) Nací un jueves santo, pero suelo profanar porque es importante reírse de vez en cuando. Me gusta pensar en la inmensidad de la conciencia. Me intriga comprender que alguien más también la posee, especialmente si es de otra especie. No sé cómo terminé en esta universidad, pero ahora leo más y me interesan las palabras por su complejidad, porque cada una remite a la historia, al tiempo, al humano en sí. Lo anterior logra distraerme del tedio, pero cuando suceda lo contrario, quitaré el verbo de mi carne. Si en un futuro la historia de cada quien se sintetiza a un *nickname*, el mío será *abceis*.

Sala ceroseiscero

La escuché varias veces quejarse de su propio incumplimiento y sentí también el sabor agridulce de su conciencia. Le gustaba decir el mismo discurso, como si en sus tácitos momentos repitiera cada palabra como una plana mental, lista para ser recitada. “Ser escritora...”, decía, “es querer lo insano y vivir en la ilusión de un modelo rizomático germinado en las grafías bifurcadas que condensan símbolos quijotescos”. Poco a poco fui entendiendo por qué ella era una de las fundadoras de la sala ceroseiscero, una sala en El Entorno que abría sus puertas para aquellas que quisieran hablar cháchara durante la entenebrecida.

En todas las sesiones, nostradamus tocaba la buchla y seguía el bit melódico de ese sintetizador armónico. Al son repetía: “nos han robado los sueños... la libertad... Oh madre, ¡por qué no me mataste contigo...” Un par de caladas y sus ocurrencias no cesaban porque ella siempre tenía algo que decir. Y nosotras ahí, como espectadoras, en medio de un trance de frecuencias, invadidas por aquellas ondas sonoras que también se percibían ópticamente como un efecto moiré y nos hacían viajar al centro de nuestras fantasías.

La sala ceroseiscero era una cueva cibernetica con una atmósfera líminal a la que acudíamos para sentir un ambiente fraternal y así olvidar nuestra situación subalterna, pues en la vida fuera de El Entorno imperaba un abandono hacia lo humano desde que empezó la guerra civil por el agua. Entrábamos ahí para olvidar las filas extensas de carros y rostros, sumergidos en un mar de luces artificiales, moviéndose como en bandas transportadoras en una gran máquina industrial, cuya finalidad es explotar los cuerpos hasta dejarlos cansados y decrepitos, a punto de ser polvo de calcio. Polvo eres, polvo serás.

Así se llamó nuestro primer largometraje de 35mm realizado dentro de un ambiente de realidad virtual. Yo programé el ACAT de un hawking-satánico para que le diera voz a nuestro personaje prin-

cipal: un insecto con forma de cerebro humano que muere diciendo “estamos corriendo al tempo de la muerte... muerte inminente, inevitable; un acto que no se debe obviar porque una respuesta absoluta a la existencia, es la muerte... y así como pensamos la muerte, vivimos.”

La muerte estaba presente en todas nuestras conversaciones, tanto así que juramos apoyar la soberanía del suicidio cuando alguna de nosotras ya no pudiera sobrellevar la cruz del tedio. Ninguna se proyectaba más allá de la miseria, ni contemplaba la idea de cumplir más de cincuenta años en una ciudad donde odian la vejez y elogian la vitalidad productiva. Sin embargo, y aunque haya distintas formas de matarse, no íbamos a permitir que una bala tuviese la fortuna de acabar con otra vida, especialmente si se trataba de la nuestra, por eso la mayoría optaría por la eutanasia.

Nostradamus rechazaba cualquier justificación bélica. Creía que la metamorfosis de las palabras, con su lógica de sentido, podrían sumirnos en sustantividades más curiosas y surreales, creando otros mundos posibles que nos exigen abrir las puertas de nuestra percepción. Creía que tal exigencia cognitiva nos ocuparía tanto que no habría tiempo para pensar en la violencia. Por esa razón, ella siempre hablaba del software-supremo, un programa que diseñó pensando en ese propósito.

A mí me gustaba escucharla, conocer sus pensamientos sobre el código, las ideas y las cosas, pero ella no volvió a la sala ceroseiscero. Sólo nos dejó el manifiesto que es un atisbo de su legado. Nadie sabe qué pasó realmente. Perdimos su señal y su ID ya no está disponible. Quedamos pocas después de su partida. Los avatares fueron caducando y ya casi nadie visita la sala ceroseiscero. Yo me conectaba frecuentemente porque este espacio alterno se había convertido en mi lugar favorito para drenar la carga existencial de mi devenir humana. Pero ya no es suficiente, nada lo es, excepto el absolutismo de lo inconsciente.

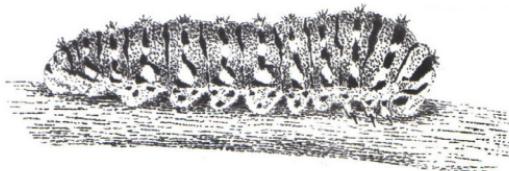
Por eso no quiero esperar más. Instalaré el programa y nostradamus cumplirá su promesa. Es el cuarto mes del dos mil cuarenta.

Nada puede salir mal, todo está premeditado. Me conectaré al software-supremo. Mi disco duro quedará encriptado guardando los históricos de la sala ceroseiscero por si algún día alguien intenta desifrados y encuentra en ellos las conversaciones sinestésicas de unas mujeres desvariadas.

Mi tía encontrará el cuerpo inerte y en mis ojos habrá una lluvia de gemínidas. No entenderá nada. Llamará sollozando a los polizontes y ellos entrarán a la habitación buscando respuestas porque seré otro experimento que logró escaparse, pero sólo hallarán un código que es incompatible con sus dispositivos corruptos. Ante la extrañeza del caso, van a sobornar a mi tía a cambio de que ella no divulgue ningún tipo de información y permita que mi cuerpo sea usado para decir que fue otra baja a una cabecilla del narcotráfico. Ella aceptará porque es muy vieja y sus órganos ya tienen corrosiones.

No hay marcha atrás. Haré de lo virtual, algo real. Y lo que fue real, tan sólo será un recuerdo. Al final del día se completará mi transformación y seré un pedacito de holograma en una eternidad pixelada.

Al igual que la palabra, el insecto



posee una mutabilidad diacrónica



donde refleja la majestuosidad



de su metamorfismo



Jhojan Mauricio Páez (Blast33)

Soy mi escritura. Un arte forjado con dolor y rabia. Es con la escritura como veo mi evolución. En ella están mis descubrimientos y conocimientos, tristezas y errores. Por eso, unas veces parece magnífica y otras algo aborreciblemente contaminado. Aun así, luchó con ella todo el tiempo, porque mi pasión no se expresa en otro sentimiento; aunque no significa que no ame escribir, pero confiero a mi acto algo más que ese sentimiento profano. Gracias a eso puede surgir y darme una oportunidad más de demostrar que no nací en vano. Es ella mi poder especial. Si no fuese por la escritura probablemente me hubiese muerto hace tiempo. No veo en el arte de escribir un solo goce o sueño, para mí es la culminación del hombre como reflejo de sus existencias, misteriosas pasiones, cicatrices heredadas, argot único, invenciones incomparables y por supuesto, una pasión trascendente.

Reprobado

Sin el animal que habita dentro de nosotros somos ángeles castrados.

Hermann Hesse

La ha matado, no hay otra verdad. La luz de la luna se descubre del telón de nubes que se lleva al monstruo, oculto en su revés y anuncia una nueva escena. El estudiante ve su cometido hecho y piensa que lo único que puede hacer en seguida es parpadear. Lo hace tantas veces que necesita dar paso a un primer descanso, cuando termina ya ha examinado su alma y entorno, entendiendo que no hay nada más que hacer en esa zanja llena de miseria y rabia. Vuelve a parpadear velozmente. Se detiene poco después para un segundo respiro; y sin darse cuenta, está sacando lo que falta del cuerpo de la profesora por sus cabellos, hebras que se siguen quebrando con facilidad como pasta mojada; acomoda entonces sus manos hasta la raíz y remueve por completo lo que ya es un montículo de plomo. Vuelve a parpadear con fuerza, pero solo aguanta una vez; al abrir sus párpados, lo hace con una lentitud que le impide alcanzar el movimiento de una de sus manos por su rostro, en un intento por limpiar el sudor. Lo único que consigue es delatar un mal olor desconocido; la misma acción retardataria de aquellos párpados no le deja ver la suciedad del pantalón Levis que lleva puesto y que quiso quitar sin conseguir nada, o parte del barro y algo más que sí ha quitado de sus zapatos en la misma piedra que le ha servido en muchos otros parpadeos para cavilar. Abre al fin sus ojos por completo, solo para encontrarse a punto de empujar el cuerpo de nuevo a la zanja: no piensa nada, solo imprime la fuerza faltante. Deseó tirarse a dormir con el saco inerte y arroparse con la niebla, pero sin prever algo de la nada ya ha caminado hasta la mitad de la senda que misteriosamente la luna señala, un recorrido donde se choca constantemente con su imagen medrosa de hace unas horas. Arrastra por el pie

a una imagen liviana y borrosa que habla mucho, reclamos repetitivos que son correspondidos con el azote en cada escalera que encuentra el estudiante a medida que baja del monte, que próximamente llamará la atención de la población aledaña con el rumor de un alma (si no dos) en pena. Ve a lo lejos dos grandes ojos claros ahogados en la oscuridad y cree aún en su redención. “Solo necesito una frase magistral”, piensa. Iba a decirla sino fuera porque ya estaba respondiendo otra cosa, a otras preguntas, a dos guardas de seguridad que le habían escuchado decir: “aquí estoy, aquí está ella”, al tiempo que llevaba a la poca luz de las linternas, con su brazo más fuerte, un cuerpo que parecía más bien un juguete roto. Se estremeció por presentar a su profesora en tan mal estado, fugaz sensación, pues le vino el recuerdo de hace un rato cuando la había peinado, limpiado sus rodillas y rostro como pudo, no consiguió ponerle un zapato faltante porque no lo encontró; quiso maquillarla pero no supo cómo; le cerró la boca para que dejara de derramar baba y sangre, incluso le subió los calzones para que no la vieran indigna; y solo entonces, se sintió mejor consigo mismo. No quería caer de bruces; sin embargo, sus ilusiones no duraron. Paró de responder las mismas tres preguntas con un mismo monosílabo irritable y cayó hacia la niebla que, aunque lo abrazó, no pudo sostenerlo.

—¿Qué hace, ya se enteró? —saludó Sergio a Michael, quien llegaba para almorzar más temprano de lo normal en la misma mesa coja de siempre.

—El man casi llora, con eso le digo todo —Michael respondió con la serenidad de un testigo mientras se sentaba.

—¿Desde hace cuánto pasa eso?

—Ufffff, eso es algo que llevaba días pero ese en especial fue peor que los demás... hasta le dijo gamberro, sin asco, sin clemencia, como le gusta a ella.

—¿Y ahora?

—Ni idea. El man como que perdió esa materia. Yo no lo he visto más y al parecer le sirvió poco quejarse.

—¿Entonces?

—Que deje de hablar tanto; eso no sirve para nada aquí, que coma callado y listo —concluyó Michael, seguido de un primer cucharazo a la boca. Su madre le había enviado arroz atollado.

—¡Solano acabe ya, mire que no falta mucho para que lleguen! —gritó intranquilo Perea, quien no esperaba algo aparte de lo acostumbrado. Era escéptico con todo. Siempre había visto los casos de delincuencia desde lejos, convencido de que solo tendría que evidenciar, durante su carrera, la burda acción de la necesidad. Nunca previó para esa noche de viento fuerte conocer a un verdadero asesino, y peor aún, a uno tan joven. Los noticieros y las palabras de su capitán al decirle que, en un cuarto de hora llegaría con aquél, sentenciaron su miedo.

—Listo, acabé —dijo sofocado Solano, alguien a quien no le sorprendía la idea de ver a otro matón, el asco junto con el miedo lo tenía reservado para otras cosas—. Ahí dejé la celda lo mejor que pude, aunque no es como que se lo merezca. Por suerte aquí no hay nadie o no lo dejan sin paliza esta noche.

—Esos manes se saben cuidar más que uno, póngale la firma. Y no es que haya tampoco un loco peor que se les enfrente. A esos es mejor tenerlos lejos.

—No veo por qué tanta bulla con un perro como ese. No es la gran cosa. Los que en verdad daban miedo ya fueron cogidos: Uribe Noguera, Velazco Valenzuela, Vega Chávez, hasta el monstruo de Monserrate, pero ese bobo... ese chino no es nada.

—No compare así hermano, aquí la cosa es que...

El frío arreció contra la puerta, la cual permanecía siempre medio cerrada, y la abrió con una fuerza que anunciaba a un visitante

inesperado. El coronel apareció luego, nadie oyó la patrulla estacionarse, esposando al estudiante, una sombra andante que se asemejaba a un ente resignado y atrapado. El coronel observó las dos caras de los policías, uno atónito y otro disperso, y resolvió decir, como sus años de experiencia le habían enseñado, lo de siempre para las situaciones así:

—¡Bueno, par de güevones! Así los quería encontrar, ¿no tienen nada qué hacer? —El coronel admiró su poder de mando al atraer la atención de ambos hombres—. Ahí les dejo —concluyó al tiempo que empujaba al ente hacia ellos y se devolvía hacia la puerta, esta vez asegurándola bien al salir.

No faltó mucho para que Solano tomara la iniciativa de conducir al preso a la celda. Perea estaba turbado, el sobresalto del coronel había aumentado su nerviosismo. Solano pensó que señalar la celda era mejor que tener que llevarlo con cierto contacto; lo mejor era la distancia, su aspecto era fatal. Esta sospecha se hizo real cuando el ente caminó frente a ellos y desprendió un olor a eyecciones y pasto mojado. Solano casi sintió las ganas de golpearlo para que avanzara más rápido, su lentitud hacía que el lugar se impregnara con mayor rapidez del fétido olor, y no había cerillas porque a Perea le pareció conveniente comprar en cambio cigarrillos, “igual esa noche no esperaban a nadie”, fue su excusa. Perea rompió el silencio asfixiante pero necesario:

—Nadie merece que le hagan eso —en la voz de Perea se sentía débilmente un tono de rabia.

—...

—Podría haber tenido hasta hijos que ya...

—No los tenía —respondió el ente, que por extraño que pareciera, aún poseía la facultad de hablar.

—¿Eso la hace más indicada para matarla? —el tono de voz de Perea iba crescendo con un matiz de furia—. ¿Qué le hizo? ¿Le gustaba y no le correspondió? ¿O no le pasó una marica materia? ¿Me puede explicar por qué una maestra debería morir de forma tan ruin? Solo un cabrón haría algo así.

—Siempre se creía muy inteligente, como si se las supiera todas.

No pensé en realidad que fuera a caer, de hecho, tenía miedo de que incluso en ello, fuera mejor. Resultó que no, nunca esperó que yo encontrara una forma para devolverle su tarea y llevarme conmigo...

—Un momento, ¿devolverle qué? ¿Todo fue por un mísero trabajo? No lo puedo creer.

—No creo que entiendan cómo una nota remarcada en el papel, vaya a saber cuántas veces, inspira y recuerda un odio profundo por los repetitivos rayones, su inminente poder y superioridad sobre alguien tan inservible, como ella me decía.

—Eso no lo exime, usted no tenía el derecho de actuar por voluntad propia. Su “justificada” venganza e historia doliente, no tendrán validez ni aun cuando muestre esa inútil calificación subrayada.

—No puedo igualmente, ella se la llevó... se la metí por el culo, espero no le haya dolido mucho.

—¡Qué?! —incluso Solano saltó de la sorpresa.

—No me miren así, nunca pensé que llegaría a eso, solo lo hice. No supe cuándo, solo recuerdo haciéndolo, como si algo más me dominara.

—¿Algo más? —preguntó Perea con una ira inexplicable.

—Ella tampoco hablará, me adelanté a ello —dijo el ente al mismo tiempo que lanzaba un pedazo de carne hacia los pies de ambos policías—.

—¿Y eso es todo? —dijo ahora Solano, quien robó las palabras de su compañero que se ahogaban en el rechinar de sus dientes. En cualquier momento Perea se arrojaría sobre el ente en apariencia aún dócil.

—Nada, voy a demostrarle a esa vieja que no era tan inteligente como creía... voy a salir de esta situación con la misma despreciable risa que se dibujó en su rostro ese día donde me demostró que no era una maestra... voy a declararme inimputable. Ya lo verán.

—Si aún sobrevives a esta noche hijo —amenazó entre sus dientes algo que ya no era Perea.

La camarera le trajo la cerveza en promoción ese día. Mientras la tomaba, observó a un hombre ya mayor que desde la barra hacía señales a una mujer mucho más joven y atractiva. El estudiante pensó que aquella confianza del viejo se debía a un poder de convicción tan alto como para estar saliendo al instante con ella del bar, sin siquiera haber terminado lo que este le había invitado. Pagó su cerveza con un billete y unas cuantas monedas. “No es suficiente”, reclamó la camareña; buscó entonces dentro de la maleta, moviendo para un lado y otro unas hojas dobladas, las tijeras de vendimia y un tarrito de lubricante sin encontrar nada. Iba a rendirse, a pedir disculpas, cuando se vio sofocado por el sol de la tarde y al mismo tiempo feliz por este extraño suceso. El siguiente sería en el despertar de la noche, cuando pronunciase, sin saber qué cosa lo dominaba: “Hola profe, que coincidencia, ¿baja siempre por aquí?”



Valentina Lugo
(Valentina Yashaneko)

(1997). Nació y reside en Bogotá. Estudia actualmente Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana en la Universidad Distrital. Tiene conocimientos en historia del arte, braille, lengua de señas, escritura creativa y ensayos. También estudia francés y portugués. Ha dictado talleres sobre el acuerdo de paz, derechos humanos y lectura crítica a niños y adolescentes. Es, además, una persona amante de las artes manuales: pinta, teje, borda, dibuja y siempre está aprendiendo algo nuevo.

En honor a Afrodita

I

Llegamos en un barco desde Atenas. Fuimos catorce los escogidos para entrar en el laberinto de la bestia: solo uno se ofreció, los demás fuimos escogidos al azar. Éramos siete hombres y siete doncellas, ninguno tenía más de veinte. Fue nuestro destino por vivir en un reino que permitió la muerte del príncipe vecino: fuimos castigados por un crimen cometido hace dieciocho años, un crimen que no nos competía. Al bajar del barco ya habíamos aceptado nuestro destino, no éramos más humanos, solo éramos comida. Encadenados, nos llevaron hasta un jardín frente al gran muro del laberinto. A lo lejos y de blanco habían dos princesas mirándonas, pero yo preferí mirar el muro; tanta era mi curiosidad de saber cómo terminaría mi vida, cómo sería el lugar y la bestia. Dormimos todos juntos, no queríamos separarnos de las únicas caras conocidas. Todos menos Teseo, el muchacho que se había ofrecido; ahora estaba con las princesas.

En la mañana entramos a buscar nuestro destino; con algo de trampa y suerte, ese loco muchacho blandía una espada y ató un hilo dorado a una roca del muro. No queríamos preguntar por su cordura, después de todo era nuestra única esperanza. —¡Hermanos míos! Correré hasta encontrar a la bestia, la mataré y les traeré su cabeza. Ustedes sigan mi camino con este hilo dorado —nos ordenó con alieno efusivo. —Está bien, suerte con eso —dijo alguien, y Teseo se fue corriendo.

II

Pasaban las horas y nuestros pies dolían. Seguíamos la ruta, pero no encontrábamos salida alguna y si mirábamos atrás solo veía-

mos muro; tal vez las paredes se movían por alguna petición divina, lo que significaba que no tendríamos esperanza. Temblando y llorando seguimos el maldito hilo sin final por los gigantes pasillos. Esporádicamente veíamos conejos saltando en la delgada hierva y rompiendo el sonido del llanto. Casi de repente, el sol se fue. Al fin podríamos descansar. Decidimos turnarnos para hacer guardia y de repente escuchamos algo. —¿Música? —pregunté desconcertado. —¡Música! —gritó la menor de las doncellas, apenas una niña; el sonido de liras, flautas y tambores nos tranquilizó por completo. Ya nadie lloraba.

Los trece nos recostamos muy juntos para conservar el calor y olvidar nuestra pena, cuando extrañados vimos a lo lejos un resplandor de fuego; estaba a unos muros de lejanía. Nos miramos, el temor revelaba la incertidumbre y el miedo a nuestro posible final. Decidimos entonces no hacer el menor ruido y esperar a la mañana. Cuando el sol salió, la doncella más joven nos despertó gritando: —¿Huelen eso? ¡Huele a carne y frutas! ¿Huelen las fresas, la vainilla?—. Todos asentimos y vimos como ella corría entre los pasillos. —Tal vez es una trampa —dijo alguien, pero todos la seguimos, tal vez por curiosidad, tal vez para protegerla. De repente la niña se quedó quieta mirando hacia una entrada; al llegar los demás también quedamos atónitos.

III

—Los estábamos esperando —dijo una voz gruesa y fuerte. —¡Pasan, pasen al banquete! —nos invitó un minotauro sentado en un trono a la mitad de un verde campo lleno de conejos y amapolas. Rodeando al monstruo habían algunas personas (los que hace nueve años habían sido la ofrenda, supuse); todos estaban desnudos y sonrientes, los cubrían coronas y collares de flores. En un costado cerca a otro muro del enorme laberinto había una larga mesa de piedra, estaba llena toda de comida exquisita, habían más personas en ella y, casi sin pensarlo, mi grupo se lanzó corriendo a probar las delicias; pero yo era más desconfiado y no creía lo que veía.

Absorto en la imagen del rey toro, me acerqué a su silla. Sentía como mi corazón gritaba de miedo con cada paso y sacando mis palabras más valientes le pregunté qué ocurría, sin quitar mi vista de su enorme cuerpo, vi que tenía una herida en un hombro, pero me hipnotizaron sus gigantes ojos negros. —Verás muchacho, aunque no lo parezca, soy de la realeza, es esto lo que un príncipe merece y nada más —respondió solemne, sin siquiera mirarme. Solo contemplaba a su gente. —Mi madre poseía magia y sabiduría y de ella heredé estos favores. Y del rey, avergonzado por sus acciones, heredé este reino cuando aún era un becerro. Aquel hombre mandó traer a la puerta del laberinto unos conejos, para que estos se reprodujeran y me alimentaran; me subestimó: creyó que era solamente una bestia, todos lo hicieron, incluso Dándalo...—. El silencio reinó de repente. Ahora todos estaban sentados alrededor del rey, escuchando su respuesta. —¿Dándalo? —Sí, Dándalo, el creador de este paraíso infinito; junto con su hijo hicieron cada muro, y pusieron cada roca y a su paso dejaron libros, plumas y mapas. Y cometieron ese error: subestimarme, creyeron que por ser mitad toro, no podría robar sus mapas... Ni siquiera pensaron esa posibilidad y ahora están perdidos, quien sabe dónde—. Nuevamente el silencio se hizo presente, todos me miraban como esperando otra pregunta, que ya sin miedo pude hacer.

IV

—¿De qué eran los libros?

—Curiosa pregunta. Algunos eran poemas, lírica, música y otros eran sobre dioses, así que a ellos supliqué

—¿Te escucharon?

—Mira alrededor

Miré entonces la mesa con delicias, los conejos por doquier, los instrumentos, las flores y a quienes no estaban reunidos. Había un pequeño grupo, alejado: se besaban y tocaban casi en éxtasis. Luego miré a los sentados: incluso los que venían conmigo se habían despojado de

sus telas. Entonces lo miré a él.

—Cuando supliqué, solo una entre todos se apiadó de mi soledad: era Afrodita, quien conocía muy bien mi historia y sabía que cada siete años llegarían ofrendas para hacer crecer su reino; y entonces ser su anfitrión es mi deber. A cambio de mostrarle nuestra devoción, ella me brindó lechos en ese lado del reino y comida infinita para el disfrute —señaló al costado Este del laberinto, en donde estaba el enorme bufete y atrás había otra entrada. —De ese lado, por donde llegaste, hay un nido infinito de conejos que cada noche vienen y ofrecen sus carnes, también aquí tenemos lanzas y fogatas para cazar y alimentarnos, como Artemisa un día le solicitó a nuestra diosa madre. En esa otra entrada —esta vez señaló al costado opuesto de la mesa —hay un río de agua perfumada, para que purifiques tu cuerpo cada mañana, y tras el río hay otro pasillo, ahí puedes encontrar una biblioteca con un sin número de pasadizos con todos los libros escritos y por escribir.

Estaba extasiado con su historia. Moría por rondar y conocer todo lo que había en mi nueva vida, pero Asterión aun no terminaba su guía.

—¿Y esa otra entrada?

—¡Ah! En ese último costado hay una enorme estatua de la diosa que nos protege; fue mi primera ofrenda. Ahora ve y diviértete, acompáñame por siempre que Teseo ya pereció y no hay quien frene nuestras orgías acompañadas de vino inacabable y éxtasis sin fin—. Me tendió entonces su enorme mano, la cual tomé obedientemente y entonces corrí con el y con mis nuevas fuerzas, me desnudé y bailamos, llegamos hasta la mesa y comimos hasta saciarnos; con mi nueva familia, curamos la herida que el rey minotauro tenía, nos envolvimos en el hilo dorado de Ariadna, bebimos de una tinaja de vino que nunca se vaciaba, copulamos y reímos, bailamos, cantamos y dormimos.

V

Aún lo hacemos cada noche: vivimos el éxtasis y los dones de la juventud eterna en nuestro reino escondido de atenienses con buena suerte. Todo en honor a Afrodita.

Pot último, hablaré de las docas que existan en otras partes estas plantas, millonarias y tipificadas, que arrastran por la arena los dedos tiernos. La primavera llenó esas manos verdes con insólitas artijas de color amarillo. Las docas llevan el nombre griego: *aizoaceae*, esplendor de Isla Negra. Estos tardíos días de primavera son las *aizoaceae* que se expanden como una invasión marina, como la erupción de un volcán, como el zumo de los bodega el lejano N

estamos

hechos

de historias

La verdad es que todo lo que se dice de este planeta rra quiere comenzar a ganar el Premio Nobel, los que no se dicen, son los que lo merecen.

En América Latina, actualmente, los países tienen sus candidatos, que realizan campañas, diseñan su estrategia. Hay algún que merecieron recibirlo. Tal como el chulo Gallegos, que la obra es grande y deco-



Yeisson Regino Vergara (Aramis)

Soy estudiante de décimo semestre de la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital, además de bailarín de folclor nacional y tap. Dos artes me apasionan: la literatura y la danza. En la primera puedo encontrar infinidad de historias y aventuras que me han llevado a querer crear las propias y en la segunda una forma distinta de contarlas, esta vez con el cuerpo. Me defino como una persona inquieta en ambos casos por lo cual sería difícil para mí establecer un autor o libro favorito pero creo en la labor social del artista y en ese rumbo se encaminan mis gustos literarios. Espero en algún momento de mi vida profesional mezclar orgánicamente mis dos pasiones.

Efecto mariposa

Dice un famoso proverbio chino que el aleteo de una mariposa puede crear un tsunami al otro lado del mundo. En un afán por encasillar todo lo conocido, el ser humano ha denominado este fenómeno como el *efecto mariposa*, para referirse a aquella serie de sucesos que por simples que parezcan pueden cambiar drásticamente lo que está por venir. Por ejemplo, salir dos minutos más tarde de la casa por darle de comer al gato de tu novio puede hacer que pierdas el bus de las 8.30 y entonces debas esperar el de las 8.45 que, para tu desgracia, dos cuadras más adelante se queda varado y por ello, cuando llegas al trabajo veinte minutos tarde, tu jefe, con el que has tenido inconvenientes los últimos días por no querer seguirle el juego en sus intentos ridículos de ser un donjuán, te espera en la puerta de la oficina con esa sonrisa estúpida que lo caracteriza: una carta de despido y un gracias por sus servicios que se clava en tu mente mientras maldices al idiota que por ser el hijo del dueño del banco cree que puede despedir a quien se le antoje. Sales a la calle con aquel sin sabor de no haberle dicho todo lo que se merecía, y volteas a ver el edificio de ocho pisos que ha sido tu segundo hogar por los últimos cuatro años, al cuál no volverás a entrar a menos que debas hacer las diligencias de una persona común y corriente. Porque eso es lo que eres ahora, aparte de desempleada, claro está.

El sol está por llegar a su punto más alto y el abrigo que te protege del frío en las mañanas ya no es tan agradable cuando se mezcla con el sudor acumulado de una mañana estresante a la cual se le suma el natural sofoco de un día caluroso. Te lo quitas. Ahora debes pensar en qué sitios están recibiendo hojas de vida y qué dirás cuando te pregunten por qué fuiste despedida, pues decir la verdad te haría quedar mal frente a un nuevo empleador, caso contrario si fueras hombre. Maldices entre dientes. Ya pensarás en algo. Por el momento, es hora de ir a casa, al menos no tendrás que calentar en microondas el almuerzo, ya

sabes, el cáncer y esas cosas.

El bus de regreso está más lleno de lo que esperabas. El día amerita una lluvia con granizo, no un sol como este, piensas. Ayer fue al contrario. Estuviste ansiosa pues Juan por fin tenía un domingo libre y lo iban a aprovechar yendo al cine, pero no pudieron hacerlo porque de un momento a otro empezó a llover tan fuerte que después de unos minutos él te dio a entender que sería una tarde de películas bajo las cobijas. Como nos gusta, preciosa, te dijo. Era su plan favorito, no el tuyo. Pero te resignaste; en casa te enseñaron a no hacer reclamos innecesarios. Entonces decides llamarlo. Al menos eso podrá distraerte del mal aliento del hombre sentado a tu lado que respira con la boca abierta y el olor a mierda que entra por la ventana que, se supone, está refrescando el aire. Para empeorar la situación, no contesta. Marcas al otro número y lo hace de inmediato:

—Restaurante *El mirón*, habla con Juan, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, amor, ¿cómo estás?

—Te he dicho que no me llames a esta línea, Mariana. Espérame cinco minutos—. Y cuelga.

Quince minutos después suena tu teléfono.

—Ya. ¿Por qué me llamas, no deberías estar trabajando? ¿Le pasó algo al gato?

—No, Juan, el gato está bien, es solo que me acaban de echar; llegué tarde de nuevo y ya sabes que don Francisco solo estaba esperando un descuido mío para hacerlo. Es lo único que saben hacer cuando no les sigues la cuerda.

—Ese imbécil. Si quieras voy ya mismo y le tumbo esos dientes de niño rico para que no le den más ganas de coquetear con sus empleadas.

—No ganas nada con eso, ya sabes lo que pasó la última vez que peleaste con alguien.

—Eso no cuenta. Te dije que me dolía el estómago y por eso no le pude dar ni un puño; tú lo sabes mejor que nadie. Además, con-

tra un niñito de papi y mami como tu jefe no sería la gran cosa.

—Hace Karate y mide el doble que tú, no podrías ganarle; ya deja de pensar en violencia, no es lo que necesito ahora.

—¡Claro! Ahora lo defiendes. ¡De qué lado estás, Mariana?

—No lo estoy defendiendo, simplemente soy realista. No es momento de pensar en venganza; eso no me devolverá el trabajo

—dices tratando de calmar los ánimos.

—¿Y acostarte con él sí?

—¡Qué!?

—Nada.

—Sé lo que escuché. ¿Quieres que me acueste con él? ¿Es eso lo que quieras realmente?

—Pues parece que quisieras ya que tanto lo defiendes. Incluso ya lo debieron de haber hecho y te despidió porque se aburrió de ti.

Suficiente. Con estas últimas palabras sientes que te hierve la sangre. Te convences de que fue una mala idea llamarlo: solo ha empeorado las cosas. Intentas calmarte pero llega a tu mente todo lo que te ha dicho en los tres años de relación. No es nada nuevo para ti pero, simplemente, hoy no es el día. Entonces recuerdas aquella vez que lo viste besándose con tu prima el día anterior a que ella falleciera, cosa que no le habías reclamado porque sabías que no se repetiría, al menos no con la misma. También lo habías callado por no perturbar la paz de la muerta. La prudencia se te escurre de las manos.

—Te llamo en cinco, cariño— y cuelgas.

Buscas en tu teléfono el chat de grupo y te desahogas: «Buen día, querida familia. ¿Cómo amanecen? Unida como siempre, me imagino. Solo quería decir que Valentina (sí, la puta, la que se murió) debe de estar sufriendo en el infierno por comerse novios ajenos. Pero ya saben, Karma is a bitch. Besitos, tía.» Y te sales del grupo. Problema solucionado. Lo llamas de nuevo.

—¿En qué estábamos, corazoncito? ¡Ah! ¡Sí! Estabas insinuando

que me acosté con mi jefe. ¿Sabes? Creo que debí haberlo hecho... así estaríamos empatados.

—¿De qué estás hablando?

—¡Ah! Ahora resulta que no sabes. Qué conveniente. Veintiocho de noviembre del año pasado en la fiesta de cumpleaños a la que vino mi familia, ¿recuerdas? El día que volvió mi prima de Nueva York y los presenté. Por lo visto se conocieron muy bien ese día—. Y oyes como traga saliva al otro lado de la línea.

—Amor...

—¿Te refresqué la memoria? Bueno, pues es una lástima que ya no puedan hacer cochinadas. ¿Y sabes qué, Juan? Estoy cansada de que no seas el apoyo que necesito. Hoy tuve un día de mierda y lo primero que se te ocurre preguntar cuando te llamo es por el estúpido gato y ahora que teuento que me despidieron piensas que fue porque mi jefe se aburrió de acostarse contigo. Eres un hipócrita. Te atreves a hacerme una escena de celos cuando eres tú el único que ha sido infiel en la relación.

—Déjame explicarte, Mariana.

—¡No! No necesito tus explicaciones; ve buscando un sitio para quedarte de ahora en adelante porque a mi casa no vuelves, ni tú ni el gato. No te quiero volver a ver en la vida, ¡entendiste?

—Lo siento, amorcito. No me hagas esto. Si me dejas, me mato, lo juro por Di...

Y no lo dejas terminar la frase. Sientes un alivio. Respiras hondo. El hombre de al lado ha dejado de respirar por la boca luego de escuchar tus gritos y te mira con unos ojos saltones que te irritan. Sientes las miradas ajenas sobre ti. Incluso los del asiento del frente se han volteado para ver quién es aquella mujer exasperada que ha alborotado la pasividad de un bus tan temprano. Miras el celular: ocho llamadas perdidas de tu mamá. Lo apagas. Cierras los ojos y empiezas a respirar lentamente. Recapitulas lo que ha pasado desde que te levantaste y llegas a la conclusión de que bastó tan solo una hora para perder tu trabajo, tu novio y, muy seguramente, tu familia. Una lágrima cae por

tu mejilla mientras miras por la ventana. Te pones de pie; ya casi llegas a tu destino. Ves tu parada, timbras y, mientras vas bajando las escaleras del bus, piensas: ¡Mierda! ¿Qué hice? Si tan sólo no le hubiera dado de comer al gato.



Miguel Feliciano
(Emilio Acier)

Estudiante de Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana

Desordenada habitación

Mi cama está cerca a la pared. La pared tiene una ventana. Que mi cama esté cerca de la ventana me gusta, es lo más parecido que tengo a recordar el estar afuera. No me gusta salir. Prefiero quedarme en mi habitación. Es como llevar una doble vida: siento lo que ocurre ventana afuera, pero tengo la comodidad y seguridad que me brinda la habitación. Ni siquiera es que me guste mi casa, tampoco comparto mucho tiempo con las otras personas que la habitan. Evado charlas, acorto miradas, desvío el paso.

Algunos días me levanto con la energía suficiente para querer organizar mi habitación. Lo hago lentamente. Es agradable la idea de colocar todo en su puesto. Algunos días despierto sin energía y mis opciones se reducen a dos caminos: quedarme inmóvil en cama o desordenar mi habitación. Busco algo que nunca encuentro, remuevo todo y no aparece nada.

Pienso en las arañas que a veces salen a recorrer sus paredes. Hoy no están. ¿Qué habrá pasado con ellas? ¿Habrán encontrado una mejor habitación para estar? Estoy solo, no quiero que nadie venga, pero quiero que alguien quiera venir. De ser así, me levantaría con ánimo para ordenar la habitación. No sucede. Cada día se acumulan las horas de ese tiempo que no he invertido en ninguna acción más que estar en mi cama pensando en las cosas que pudiera hacer. Envidio a la gente que tiene cosas por hacer y, sobre todo, envidio que hagan esas cosas. No importa. En esta habitación, lo de afuera solo coincide con el clima, las personas no son relevantes y no tengo la necesidad de mostrarle a nadie mis pequeños triunfos o mis grandes derrotas.

Observo el techo. Es alto, lo constituyen tablones de madera. La gente suele decir que esa clase de techos ayuda a mantener el calor, ¿sabrán de física o la experiencia basada en la tradición oral son los cimientos de su frase tan común? Cuando observo el techo recuerdo a todas las personas que han dejado de estar. ¿Les hubiese gustado estar

en mi habitación?

Algunas veces me agobian las paredes tan blancas de mi habitación. Ese monocolor aburre por las noches. En las mañanas, veo aquel color claro y quedo absorto: combina muy bien con el color del sol.

La luz llega a mi habitación. Abro los ojos. Tengo la idea de que no hay nada mejor que despertarse naturalmente, cuando el cuerpo lo pide. ¿Cómo pueden vivir de otra manera los adultos? ¿Por qué se imponen horas hasta para dormir? Ya sé, ya sé. Las obligaciones. Esa palabra en plural tan aburrida. La única palabra que me hace dejar mi habitación. ¿Existe algo que realmente sea una obligación?

Los días en la habitación son monótonos. Tanto así que ducharse pierde sentido, ya no sé hace cuánto no lo hago y cuando lo hago olvido lo que acabo de hacer. La misma ropa, el mismo olor, los cabellos alborotados, las manos lentas, pesadas, no me deja en paz este sopor.

Re corro de un lado a otro las cuatro paredes blancas. Cuento los pasos. Cinco pasos y medio bastarían para salir de allí. Mucho esfuerzo. Miro mis piernas, duelen, están entumecidas de lo poco que las uso. Anoto en una pizarra lo imperioso que es el hacer ejercicio. Absurda pizarra. Sólo me acusa por haber olvidado realizar mis deberes. Trato de quitarla, su mirada inquisidora me inquieta. No puedo. Sé que en algún momento haré lo que está escrito allí, ¿cuándo será ese momento?

Suenan golpes en la puerta. Había olvidado su voz, me avisa que ella acaba de llegar. ¿Por qué no recordé aquella visita? Claro, no lo anoté en la estúpida pizarra. Ayer, ella me escribió. Necesitaba que le diera unos libros. Yo acepté. Cuando vi su mensaje me puse nervioso, llevábamos dos años sin hablar ¿por qué escribirme de repente? Los nervios se fueron, la emoción se trasformó. Pasó de un alegre nerviosismo a una decepción esclarecedora. Necesitaba unos libros.

Recogí gran parte del desorden de la habitación. Me apliqué perfume y abrí la puerta. Estaba ella ahí, de pie, diferente a la última vez que nos vimos, a la última vez que la besé. Cabello largo y unas gafas distintas, eso me parece tan diferente? El resto de ella seguía

igual. Manos delgadas, uñas perfectas, sin esmalte; su largo abrigo café. Su particular aroma. Era ella y al mismo tiempo era otra. Tomé de nuevo conciencia de la situación a la que me enfrentaba. Ella en el marco de la puerta. Yo un despojo sorprendido. Dijo mi nombre. La invité a seguir. Mencionó que esta habitación es más agradable que la anterior. Sonréí, disfrazando la incomodidad. Busqué torpemente en la biblioteca los libros, quería que se fuera de allí pronto, quería que me abrazara y dijera las palabras nunca dichas, esas que me debía tras su despedida tan fugaz. Ella solo miraba todo a su alrededor, lo más íntimo de una persona, lo más íntimo para mí, la habitación. Comenzó a conversar sobre porqué necesitaba esos textos; en ese momento me dieron unas ganas enormes de explicarle todo y dialogar hasta debatir y terminar en risas, como antaño. Respondí que estos textos iban acordes a lo que ella necesitaba, ¿por qué esa necesidad? Terminé recomendándole otros libros de la misma temática. Por fin encontré los textos. La verdad es que no los busqué con suma precisión, quería que ella estuviera ahí por más tiempo, estaba esperando algo. Esperar es horrible y yo la hice esperar. Tomó los libros con su particular gracia. Acarició la portada con sus dedos largos, igual a como acariciaba mi rostro en algún tiempo. Sonrió, se levantó de la silla, recorrió cinco pasos y medio y salió de allí.

Supuse que esa sonrisa era su manera de despedirse.

Tenía dudas de ir allí, no sabía cómo iba a reaccionar, no sabía si tomaría la visita con sordidez o si se empeñaría en querer buscar aquellas respuestas que no le di, que no tuve y que sigo sin tener.

Le había escrito ayer en la noche, solicitándole unos libros que habíamos comprado hace dos años y que ahora necesito usar para continuar con mi proyecto. Me respondió presurosamente, como lo solía hacer, no ha cambiado en ese aspecto, bueno, en muchos otros tampoco ha cambiado. Lo vi perdido, aburrido, desgraciado. Como si la

luz para él se hubiese ido tras estos dos años. Me gustó que se hubiese cambiado de locación, es una agradable habitación, aunque desordenada conserva su estilo sobrio, la otra era muy oscura; además, él siempre me decía que le gustaría tener una cama cerca a la ventana.

Llegué a su puerta. Se demoró bastante en abrir, cosa habitual en él, siempre tratando de que los que llegan a ese recinto no sepan realmente lo desordenado que es, lo sucio que puede mantener cuando se agobia por el pasado; supongo que no sería una excepción. Abrió la puerta lentamente, con un estupor tan leve, como aquel infante que ya sabe cuál es su regalo de navidad. Al mirarlo, pude confirmar mis sospechas: no ha cambiado, sigue atormentado.

Me indicó que siguiera. Entré a pasos lentos tratando de detallar lo confortable que era la habitación. Había una silla de escritorio y decidí sentarme en ella; el asiento estaba algo duro y el espaldar casi suelto. Si me inclinaba un poco era probable que estropeara la silla.

Mientras él buscaba los libros pensaba en que quería que él tomara la voz y compartiera algo de su vida actual, quizás reír un rato y recordar viejas charlas; realmente no me quería ir de aquella habitación. Como él me dio la espalda en su búsqueda casi interminable, tomé un libro sin que se diese cuenta y lo ojeé. Tuve presente el recuerdo de que él jamás rayaba los libros y para mi sorpresa este estaba garabateado, con algunas anotaciones al borde del margen de la hoja. Por la rapidez de la escritura sólo pude descifrar una nota, decía: recuérdame que hay que ordenar la habitación.

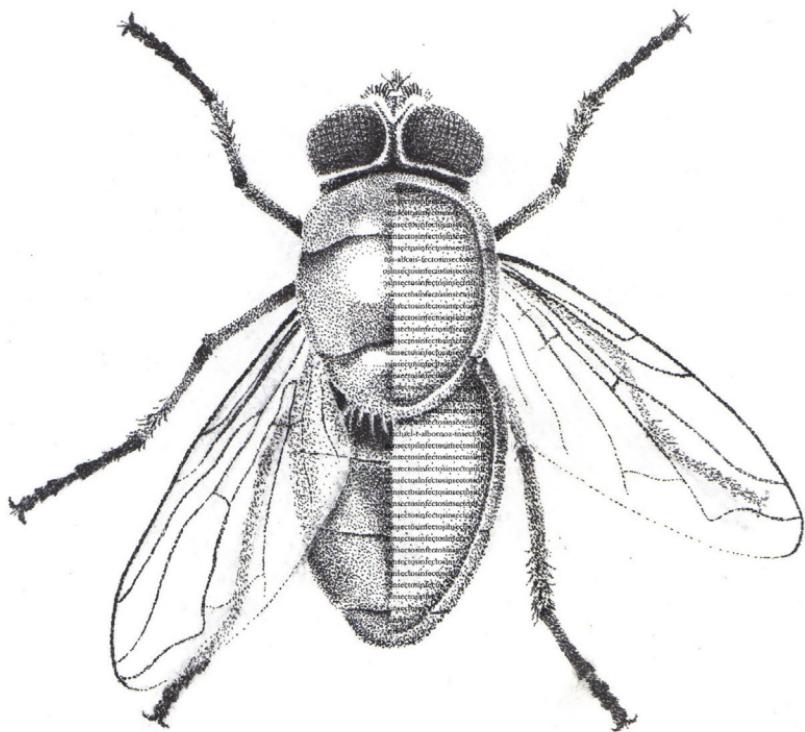
Llegó a mí una sensación de extrañeza, ¿a quién iba dirigida aquella nota? ¿quién tenía que recordarle? Dentro de ese alborotado lugar había una hoja blanca en el suelo, la tomé. Del bolsillo de mi abrigo saqué el bolígrafo que siempre cargo, una no sabe cuándo vaya a firmar algo y necesite premura. Rasgué la hoja y en el trozo resultante escribí. Cerré aquel libro, doblé el papel y lo puse en el escritorio.

En ese momento él ya había recopilado los libros que le pedí y me los ofreció con desgano, tenía un rostro compungido. Pasé mis dedos por la solapa y la portada de los libros, venían los recuerdos como

una ventisca, anunciando que lloverá, que me tengo que ir. Las imágenes del pasado lograron sacarme una tonta sonrisa. Me avergoncé, tuve que levantarme de la silla rápidamente para que él no notara mis mejillas rojas y calientes. Fue tan grande el rubor que me dirigí al resquicio con toda la prontitud que huir de ahí merecía.

Sin despedirme, sin dar las gracias, sólo espero que ordenes la habitación.

Tanto el insecto como la palabra
son unidad vital en un sistema de signos



y su especiación es tan abundante
como insignificante

NO FICCIÓN



Diana Contreras Jiménez

(Profe con trenzas)

Querido lector, me alegra saber que estás en este apartado para leerme. Soy Diana Marcela Contreras Jiménez, nací en Bogotá y soy Licenciada en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital. Soy una persona que considera la igualdad como una posibilidad de vida que complementa el respeto y la diversidad. Me siento demasiado atraída por la cultura colombiana y sobre todo por las prácticas y tradiciones de comunidades y pueblos ancestrales; es por esto que inicia mi interés por el Palenque de Benkos Biohó en el departamento de Bolívar, primer pueblo libre en América, fundado por hombres africanos esclavizados quienes emprendieron fugas a partir de caminos que plasmaban en los cabellos de sus mujeres de manera estratégica, para no ser atrapados y con ello castigados durante la época de la colonia. Soy autora de *Una pedagogía para la cultura: trenzas palenqueras, tejiendo memorias, caminos que liberaron de la esclavitud* y te invito a conocer un poco más sobre el significado de cada peinado usado en la pequeña África en Colombia, donde las sonrisas brillan.

Una brújula peluda¹

Concentré mi mirada en el espejo mientras desenredaba mi cabello: una vez más pierdo la batalla recordando cómo fue que supe lo que es una trenza. Se me hace tarde, la puerta del colegio la cierran a las seis y cuarto de la mañana y tengo clase de español con el profesor Carlos Gaviria. No he dormido bien, me gusta esta clase, pero él va a leer, ha puesto música instrumental de fondo

— ¡Nooooo profe, no nos haga poner la cabeza en el pupitre! — es lo que pienso mientras obedezco, se siente bien. ¿Qué? ¡No puede ser! no estoy prestando atención a lo que está leyendo el profe ¿será que pido permiso de ir al baño a lavar mi cara? nooo, pero vas a interrumpir su lectura, y te va a dar frío... ¡escucha...!

Cartagena de indias. 1599

—Amá me duele la cabeza—

—Shhhhiuchh, no llores niña, si no quieres que te azoten

—Es que me duele —decía la pequeña, con lágrimas en sus mejillas mientras su cabello era jaloneado

—Aguanta mija, es para encontrar la libertad —hablaba en su lengua la reina Wiwa, mientras hacía pequeñas y finas trenzas pegadas a la cabeza a su hija Orika.

—Va tocar dormir a las pequeñas, lloran y hacen quejidos. Al amito no le va a gustar eso; madre orisha orienta nuestro caminar

—Orienta nuestro caminar —hablaban dos mujeres negras bajo la sombra de un árbol. Los demás trabajaban tras el mando del alguacil. El más antiguo de los esclavizados era el esclavo de confianza en la casa de Juan Gómez, el amo de Benkos Biohó.

¹ Este texto es un fragmento del trabajo de investigación-creación que Diana llevó a cabo en el Palenque de San Basilio con la compañía de sus habitantes durante el 2019. El texto completo se puede conocer [aquí](#).

- Wiwaaa, Wiwaaa —gritaba con desespero mientras corría.
- ¿Qué pasa mujer, por qué vienes gritando de esa manera? Vas a llamar la atención de los demás
- Lamento asustarle, pero mientras servía agua para los algua-ciles, les escuché hablando sobre el nueva ordenanza para los dueños de esclavizados que escapasen dictada por el virrey...
- ¡Biohó!— susurró la esposa del rey cimarrón.

Los rumores empezaron a correr entre los arbustos, corrales y caballerizas a voz de los africanos: quien escapara por quince días re-cibiría cien azotes; si tardaba un mes se le cortaría el miembro genital en ejemplo a los demás esclavizados que quisieran escapar; quién se defendiera con armas se le podía matar.

- Wiwa, van a atacar el arcabuco de quienes están asentados. Se dice que los amos de quienes están fugitivos pagarán entre cuatro y cinco reales. No podremos escapar, nos van a matar Wiwa, por Orisha que nos van a matar
- Calma mujer, me tienes con el Benkos en la garganta, él es nuestro rey y él sabe lo que hace, nuestros antepasados africa-nos lo protegen
- Orisha, protege a nuestro rey.
- Reúnelos a todos en el patio tras esconderse el sol, no los alarmes y sino los blancos se van a dar cuenta
- Amá, ¿apá Benkos es nuestro rey?
- Shhhhiuchh, te cuento la historia pero no haces ruido mien-tras te arreglo el pelo...
- Shhhhiuchh, si amá
- Mi pequeña, eres una princesa que habita tierras no africa-nas. Tu padre es hijo de un monarca en la Guinea portuguesa, las islas de Biohó. Benkos era joven y una noche decidió desobe-decer a su padre para ir con dos de sus amigos de caza; cuan-do regresaron, no había nada más que dolor: la aldea había sido completamente destruida, los bohíos ardían en llamas y toda la comunidad fue capturada por los “fulas” para ser entregados a

los “Songhai” y así ser vendidos a los portugueses blancos como trata de personas negras; los esclavizados

—Amá, ¿y qué es un esclavo?

—Orika, nuestra piel es negra, y los blancos creen que somos animales, que tenemos fuerza sobrenatural y que estamos para el trabajo duro. Lo que no saben es que de donde sea sacamos fuerza para no ser castigados. Ser esclavo es obedecer sin oportunidad alguna a quién cree que es tu dueño. Si no obedeces, te azotan

—No quiero ser esclava, amá

—Shhhieuchh no llores, estoy haciendo un dibujo en tu cabellera, ya casi termino; no llores, vamos a encontrar la libertad, ¡resiste!

—¿Y apá Benkos? ¿Qué hicieron con él?

—Mientras Benkos observaba las ruinas de nuestro pueblo, lo capturaron a él y a sus amigos, también, nos arrebataron a tu hermano Sando, las mujeres fuimos divididas entre varias embarcaciones y tú venías conmigo. Las islas de Biohó se convirtieron en los puertos de barcos negreros y esclavistas de los europeos, quienes nos trajeron al nuevo mundo, las tierras conquistadas por los españoles. Ellos llamaron a tu apá Domingo; a él no le gusta que le digan así porque es un nombre de blancos. Él se llama Benkos

—Shhhieuch, no llores amá, vamos a encontrar la libertad

—Cuando tu padre trabajaba en la bonga del río, en medio del naufragio logró escapar; ha caminado por los caminos que puse en tu cabeza. Ya está, ya tienes tu brújula peluda

—¿Me veo linda, amá?

—Te ves valiente, tu peinado es el camino a la libertad, pero shhh, no debes decirle a nadie, sólo déjame peinarte de ahora en adelante

—Shhhieuchh —señalaba con el dedo su pequeña boca.

Llegando la puesta de sol, los hombres negros han terminado su

trabajo, y con las mujeres negras se reúnen en el patio tras las caballeiras en las que duermen. Domingo es atado a un grillete y apartado del resto de hombres negros. Wiwa informa del comunicado en esa tarde con relación a la nueva ordenanza: todos entran en angustia y claman no querer escapar.

—Los cobardes no conocen la libertad, vamos en contra del si-mio blanco, ino seré castigada!, ni quiero que mis hijos lo sean así como los suyos, no quiero más sangre en el regazo de Benkos y quiero encontrar a mi hijo como a los suyos. Somos hijos de los vientos y de las tierras africanas, no vamos a escapar como monos entre los árboles, no hay que perder la paciencia, somos hombres inteligentes, seremos movimiento, somos hombres africanos —respondió Wiwa mientras lloraba, señalando la cabeza de su hija Orika, enseñando la brújula peluda.

Con Geba y algunas de las mujeres se dedicaron a observar los montes, los ríos, las entradas y salidas de los caminos concurridos por los españoles para manifestarlo en sus propias cabelleras y las de sus hijas. Sus abuelas tejían el cabello de ellas, ellas empiezan a tejer la libertad. Así celebraron entre abrazos y sollozos silenciosos, cuando una de las mujeres dice:

—Wiwa, las niñas lloran cuando se les peina, no lo soportan. Nuestro cabello es duro y se enreda

—La opción de dormir a las más pequeñas no se descarta, así no van a molestar a los amos con sus lamentos y podremos hacer de forma adecuada los caminos. Entre nosotras también debemos hacerlo

En medio de conversaciones que mezclaban los distintos dialektos africanos terminó la noche. El movimiento se empezó a forjar por medio de las mujeres que orientaba la reina Wiwa, esposa de Benkos Biohó. Benkos hacía trabajo forzado atado a grilletes luego de su último castigo por haber escapado de las galeras; fue él quien dio las instrucciones de los lugares que recorrió durante cada escape para ir

ubicando el territorio. A partir de esto, Wiwa ayudó a la organización y distribución de qué haceres para actuar frente al hombre blanco bajo ninguna sospecha. La mujeres eran quienes iban y traían las comidas y bebidas a los esclavizados y hombres blancos, por lo que podían recorrer parte de las haciendas, observar las perspectivas desde distintas posiciones y comunicarse por medio del código secreto con los hombres para transmitir diferentes informes con relación a las decisiones tomadas, actos a seguir y caminos transitados.

Transcurrieron así los días y algunos meses. Bastante tiempo para seguir deseando la libertad. Tiempo en el que transcurrieron las noches en el patio tras las caballerizas trenzando cabelleras: mujeres peinando a mujeres y niñas, plasmando lo que se había observado durante el día. Las niñas observaban en silencio las manos de sus madres y amigas.

—Mira, entre los cabellos más frondosos hemos de guardar las semillas y algunos víveres. Recuerden: los peinados de nuestras abuelas son un motín

Gratificante es el fortalecimiento del movimiento cimarrón durante este periodo, pues el cimarronaje se había convertido en un tema del ayuntamiento de la Habana para adoptar medidas en contra de los negros rebeldes, buscarlos y así mismo capturarlos. Mientras San Pedro Claver, sacerdote de la época y discípulo de los esclavizados imploraba rezos, las gentes en la ciudad gritaban:

— ¡Revueltas! ¡revueltas!—

Se estaba ejerciendo el levantamiento del “movimiento de insurrección de esclavizados del litoral en el Caribe de Colombia”.

—¡Los cimarrones nos están atacando!—

Hubo daños, robos salteamientos a estancias a manos de cimarrones. Ante esta situación, el gobernador Jerónimo de Suazo y Casasola ordenó seguir los caminos que sugería la villa de Tolú, el antiguo arcabuco, y todas las pistas de la hacienda a la que pertenecía la mayor

parte de fugitivos. Se aprendieron casi doscientos cincuenta hombres.

—¡No, no van a matar a mis esclavizados! Me han costado demasiado. Además, ¡no me interesa sobrepasarme con ellos, los necesito para el trabajo! —le gritaba furioso Juan Gómez a Juan de Palacios cuando notó que cerca de 30 esclavizados hacían falta entre los suyos y algunos vecinos.

—Atacad con escopeta si estos os atacan con armas que atenten a vuestras vidas; les daré su castigo merecido.

Bajando por entre las faldas de los Montes de María, y cruzando las selvas del Turbaco, se encontraban grandes grupos emprendiendo la huída al asentamiento desconocido.

—Shhhhiuu, no hagas ruido. No pierdan el camino; si nos cruzamos con las otras “carreitas” vamos a confundir los caminos.

Pon tu pie donde pongo el mío y así que lo hagan después de ti —explicaba Benkos mientras caminaba de espalda

—Amá ¿por qué caminamos de espalda?

—Si los españoles ven nuestra huella creerán que caminamos en sentido contrario. Agacha la cabeza, déjame ver después de que árbol debemos girar

—Bakari —mientras descansaban en el día, Benkos lo llamó — recuerda: vienen en camino los cimarrones de las minas de oro, atravesando por Zaragoza para llegar a Mompox, después de asentar el palenque debemos emprender de nuevo a Cartagena para llegar a Panamá y encontrarnos con lo cimarrones de Acla.

—Ssssslat, ssssssssslat —sonaban fuetos que cortaban el aire y se estrellaban con chorros desangre —sssslat

Estaban azotando un negro tantas veces que perdí la cuenta. Ordenaron una olla de agua hirviendo, el gritaba cantos y rezos

—PSST, ¡tú!, ¡mestiza! ¿qué haces ahí? —pegué un brinco del susto cuando me encontré con esa señora —¿acaso quieres que te capturen y te hagan lo mismo? —. Era la negra Inés, quien

tenía sobre su gran cabellera una tinaja con agua. —Debes tener sed, bebe...

Desperté antes de que el profesor terminara la lectura. —Tú, ¿qué es una trenza? —me señaló con el dedo. En ese momento encontré mi mirada fija en el espejo: estaba desenredando mi cabello. Se me hace tarde, tengo clase de saberes ancestrales a las ocho de la mañana; en la universidad la puerta no la cierran.

© Sergio Ramírez





Esperanza Umaña Pachón

Mujer oriunda de Bogotá, del quinquenio anterior al nuevo siglo, incompleta e irresuelta. Sin más posesiones que un sinfín de interrogantes, agobiada por las condiciones sociales de inequidad e injusticia que perviven; dubitativa frente al quehacer de la escuela y la academia, quien pese a ello se encuentra en la senda de la educación y acude a las palabras para reconstruir fracciones de realidad un tanto o más agridulces que su carácter. La presente fotografía quiere reivindicar a las y los recolectores de café, a quienes además de ser asesinados en las recientes masacres, también se les atribuye vínculos con el narcotráfico para justificar sus muertes.

Intermitencias²

Se ambiciona cambiar el presente y con ello la historia

Jueves 21 de noviembre

Nos antecede 1977 —para entonces septiembre— con el *presidente* López Michelsen hijo del *expresidente* López Pumarejo. Ahora, un poco más de cuatro décadas después, en noviembre, con el *presidente* Duque Márquez hijo ideológico del *expresidente* todavía presidente, e hijo biológico de Duque Escobar; entonces Ministro de Minas y Energía del *expresidente* Belisario Betancur y antes Registrador Nacional con el *expresidente* Andrés Pastrana, este último hijo del *expresidente* Misael Pastrana.

Antes siglo XX, ahora siglo XXI. Antes abuelas, abuelos, madres y padres; ahora hermanas y hermanos, míos y de todos; antes y ahora: desigualdad e injusticia. Pienso en ello cuando iniciamos parte de la ruta: por la carrera séptima con calle 40 avanzamos a la calle 45, giramos a la izquierda hasta la avenida carrera 30 para llegar a la Universidad Nacional de Colombia. En un encuentro fraterno giramos a mano izquierda, una cuadra adelante giramos a la derecha por la avenida calle 33 hacia el occidente, para encontrar la avenida calle 26. Nuestro destino: Aeropuerto Internacional El Dorado Luis Carlos Galán Sarmiento, nombre alusivo a la leyenda de El Dorado y al líder liberal asesinado. Se cree en cierta reparación simbólica al otorgar a sitios emblemáticos nombres de los masacrados, nombres que fueron sueño e ilusión, como si ello fuese una acción justa y no una solapada forma de impunidad.

Resuenan arengas de uno y otro tipo, de este y otro sector; una

² Esta crónica fue seleccionada para hacer parte de la Edición #21 de la Revista de Estudiantes de Sociología - Sigma, por lo que en primer lugar apareció allí. Tal revista se puede consultar [aquí](#).

barahúnda que reúne la indignación de todos. El silencio parece haber abandonado todo cuerpo marchante, quienes callan, muestran a los espectadores atrás de ventanas o sobre puentes mensajes que la voz no logra extender.

*A parar para avanzar
viva el paro nacional*

Parar: indica detenerse, no moverse ni avanzar. Miles caminamos con fuerza y resistencia bajo un sol sabanero que aviva la ira; pan, gaseosa, galletas o chocolates se comparten al calor de la esperanza, ese sentimiento capaz de anclarnos al vivir pese a la turbación constante de sus aguas. Se suele parar por agotamiento, cansancio crónico o hartazgo; sí, físico y mental, mujeres y hombres se desgastan durante jornadas laborales que enriquecen a propietarios de pequeñas, medianas —nunca son tan medianas— y grandes empresas; un salario menos que mínimo, formas de explotación sofisticadas y condiciones socioeconómicas desiguales que los empuja a la peor de las resoluciones: soportar.

Parar en las luchas sociales es sinónimo de movimiento y organización: los cuerpos cesan de soportar y optan por detener el sistema de producción, paralizar el mercado, la economía, boicotear el flujo de capital que han sostenido con trabajo y hambruna. Tal situación exige de los gobiernos y sus gobernantes una posición real de diálogo y negociación; de los marchantes no ceder en sus exigencias, permanecer unidos y mitigar el fraccionamiento, hacer de las calles un altavoz que denuncie la injusticia.

Un clima político adverso, resultado del fraude electoral anunciado y de los cegados por los discursos guerreristas que se amparan en la necesidad de seguridad, dieron lugar a la anunciaciación de reformas, que en términos de beneficios deja la mayoría de colombianos fuera, es decir, a asalariados y desempleados. Un marco legal de tributación que históricamente beneficia a los propietarios de grandes capitales, un sistema laboral y pensional cada vez más excluyente, un retroceso

en los procesos de paz, la despiadada política del terror; todo ello sigue la posibilidad del ensueño, pues hasta ello nos es usurpado. Así las cosas, estamos hoy en las calles, con el andar y la mirada direccionada a un mejor porvenir, por-venir que se fabrica y no se espera.

Kilómetros adelante un Porfiante —neologismo tan suyo, de él y su nombre— me pregunta sobre la edad de un niño para llevarlo con uno a las movilizaciones; le digo que no lo haría, no hay edad inmune a la represión. Ahora encuentro en su pregunta una afirmación: siempre se tendrá que salir a la calle y luchar, nosotros y los venideros; no es un asunto de épocas o generaciones, es un compromiso inmerso al hecho de estar vivos.

Pasamos junto al Monumento a los Militares y Policías Caídos en Combate sobre la avenida calle 26, entre carreras 57 y 59. Ondeá una bandera de Colombia junto a una estructura rectangular que tiene inscrito al respaldo:

Colombiano haz un alto en el camino para que por segundos te inclines ante la memoria de quienes ofrendaron su vida para que tú puedas vivir en paz

Pienso en los líderes sociales asesinados, mujeres y hombres que desde la organización social al interior de sus comunidades lucharon y luchan —la dignidad es la mayor herencia para los pueblos— por los derechos que les son negados. A ellos se les arrebata la vida, su nombre, su rostro, su memoria y no hay monumento que los honre, no hay nada más que olvido.

Una jornada cálida acoge nuestra ruta. Arengas, cantos, saltos; desconozco si es alegría, euforia, contento o carnaval, el exceso de calma no es buen augurio: la historia de la movilización ha enseñado ello. Pasado mediodía, sobre la avenida calle 26 con carrera 67, junto al Compensar, se nos impide el paso; ivaya ironía: compensación, contrarrestar y sinónimos... el gobierno compensa el malestar social con violencia.

El contento trasmuta a pavor. Detonaciones de granadas de aturdimiento, cartuchos de impacto dirigido, municiones de goma,

granadas de gas lacrimógeno, una tras otra, el Halcón de la policía sobrevolando e indicando a los agentes en tierra el perímetro sobre el cual deben dirigir su accionar. Las personas gritan, corren buscando una salida; en ese momento no les importa más que su propia integridad, lo cual comprendo pero reprocho ¿en dónde queda la colectividad? Se hace difícil el paso. Sorteo con preocupación la estampida desatada; metro cincuenta de altura, delgada, de complexión endeble, con una pancarta mayor a mi cintura, todo en contra para librarme con facilidad de la multitud.

—Somos más, somos más— dice un compañero con firmeza.

Sí, somos miles y enfrente cerca de cien; la diferencia en número es evidente pero no es suficiente para evitar el miedo y la huida.

—Tranquilos son aturdidoras, es solo ruido, es solo ruido— escucho gritar.

Así es, ruido, con la intención de aturdir, desequilibrar y generar pánico. Es sorprendente la facilidad con que logran su objetivo; se ha dicho antes y es vigente ahora: el miedo es nuestro peor enemigo, él alimenta la represión.

—No corran, no retrocedan— dicen otros.

Me pierdo de mis compañeros de ruta, doblo la pancarta y logro mayor movilidad. El tapabocas impide que los gases obstaculicen las vías respiratorias; enfrente quedamos pocos. Veo con admiración los actos de solidaridad valiosos: se comparte leche de magnesia, vinagre, agua y bicarbonato disuelto en porciones iguales a las personas afectadas por los gases; se buscan unos a otros para reagruparse. Airados —estoy igual—, se reprocha con aspereza la violencia de los uniformados. Me siento ridícula: ya están acostumbrados a las mismas ofensas, para ellos debe ser parte del repertorio de su día de trabajo.

Que feo, que feo, que feo debe ser, reprimir al pueblo para poder comer

Obligados a desviar la ruta, tomamos la carrera 67; sobre esta,

en la calle 43, un casa blanca de dos niveles atrae mi atención: en el segundo piso hay una niña de no más de 8 años, viste camiseta, suéter gris y una bufanda color naranja; está enfrente del cristal de la ventana, ve a los marchantes siendo atacados por el escuadrón móvil anti-disturbios —escuadrón tan temporal como el cuatro por mil. La niña sostiene con su mano derecha la bufanda que le cubre nariz y boca, el gas lacrimógeno llega hasta su casa; con su siniestra sostiene un octavo de cartulina blanca con letras negras donde se lee:

El miedo va a cambiar de bando

Siento la necesidad de dejar registro fotográfico. Me acerco a la casa, subo al andén y en puntas de pie dirijo el lente sobre la ventana. En ese momento, mientras algunos siguen disputando con palabras contra los agentes, la niña nota mi intención, entonces suelta su bufanda y con ambas manos sostiene el cartel sobre la ventana; tomo la fotografía, sonrío y con el pulgar expreso mi gratitud hacia ella.



La niña (2019). Umaña, E.

Sofía, o tal vez Ana, queda atrás, atenta en su ventana. Quedamos pocos, un manojo apenas. Ya veo en los noticieros tradicionales los titulares de prensa: *Una jornada más de vandalismo en Bogotá, Movilizaciones terminan en disturbios, Encapuchados se enfrentan contra uniformados*, etc. Entonces evoco la sentencia de un padre de familia de cincuenta

y tres años, desempleado, sin la ilusión de pensionarse y con la rabia hasta el cuello:

—Desde que tengo memoria siempre ha sido lo mismo, marchas y marchas, nada cambia, todo igual o peor. Eso no sirve de nada —decía antes de salir de casa

Me turban esas palabras. Estoy retirada de los agentes, veo rostros familiares, escucho mi nombre, me siento en confianza, tengo libertad de reflexionar. Vuelvo sobre mi condición, me encuentro irresuelta: ¿quién soy? Las imágenes de la niña y el viejo se disputan sobre mí; hay una niña con bufanda naranja que aún ve posibilidades; la niña vive dentro de un cuerpo envejecido y cansado que cree todo fallido. Eso soy: una niña y una vieja, crédula e incrédula, pero ambas enojadas y tristes con el estado de cosas. El sol se ha ido y el cielo ahora quiere llovernos. No importa, estamos de nuevo reunidos.



Angie Rozo Blanco

(Soacha). Nací en un pueblo donde piedras ancestrales se hacen polvo, con cortes de agua y luz para que a los ricos nada les falte; un pueblo donde las madres exigen justicia para sus hijos asesinados por el Estado, donde los campesinos enseñan a defender el agua y la vida, un pueblo de infancias escombreras, con gente que tuvo miedo y luego lo perdió, con jóvenes artistas en cada barrio y líderes asesinados. Nací en un pueblo que me colmó con un conjunto de voces, memorias, enseñanzas, dolores, alegrías y luchas que me forjaron como maestra, investigadora y gestora de paz.

Algunos fragmentos de *Memorias del Ferrocarril del Sur*³

Memorias del Ferrocarril del Sur reúne los relatos y las fotografías obtenidas durante la investigación del trabajo de grado *Memoria oral del Ferrocarril del Sur en el municipio de Soacha, Cundinamarca*, en el que se quiso valorar el ejercicio oral y la memoria de tres abuelos de la vereda Charquito (Luis Balaguera, Ana Lucía Hernández y Graciela Amaya) que permiten conocer el proceso industrial del Ferrocarril del Sur y su impacto sociocultural en la comunidad. Este trabajo es un aporte para el conocimiento de la historia propia del municipio, que busca dar voz a los protagonistas del acontecimiento y perpetuar su relato con sus propias palabras.

Un poco acerca del contexto histórico

Los colombianos recibieron el siglo XX en tren. Las promesas de amplitud de líneas férreas eran las ilusiones de modernidad y progreso que conmovían al país. La movilidad en el tren era veloz, como la transformadora sensación de movimiento en la vida de las personas: acortar el tiempo y encoger el espacio.

La admiración por tan maravillosa máquina se extendió por montañas, playas, caminos y selvas del territorio nacional, conformando un tejido regional que inspiró nuevos significados de progreso para el país. Por su alcance regional y prominentes beneficios, el tren se convertiría en un símbolo de identidad nacional. La llegada de la locomotora marcó un capítulo para la ingeniería del país, impulsó las redes de comunicación y la expansión del mercado. La velocidad del ferrocarril impuso nuevas formas de vivir, habitar y significar el mundo.

³ Los fragmentos que compartimos del trabajo de Angie hicieron parte de un proceso de escucha y aprendizaje que llevó a cabo durante el año 2018 en el municipio que habitó durante largo tiempo. Así pues, no se trató sólo del resultado de su proyecto de grado, sino de su búsqueda por la recuperación de la memoria soachuna. Además, se trata de un proyecto que fue reconocido con el *Estímulo para la puesta en valor del patrimonio cultural* por la Alcaldía y la Secretaría de Educación Municipal. Se puede conocer el trabajo completo [aquí](#).

La relación de los bogotanos con las mercancías extranjeras impactó de manera profunda sus prácticas y hábitos tradicionales, pues el auge mercantil de exportación de productos aceleró la cotidianidad de la futura metrópolis. La necesidad de extender rutas ya se percibía a finales del siglo XIX, propiciando la construcción de nuevas líneas férreas que conectaran a la ciudad con poblaciones vecinas: Zipaquirá, Soacha y Sibaté.

En 1895 se iniciaron los trabajos en el Ferrocarril del Sur para construir el tramo Bogotá-Soacha. En 1903 el Ferrocarril del Sur ya llegaba a Sibaté. Después de varios líos jurídicos y administrativos, la empresa férrea fue vendida a la nación, que, en ese entonces, pretendía conformar un solo sistema férreo. En 1913 se ordenó ampliar la línea hasta el Salto del Tequendama, obra que fue suspendida y logró ser continuada hasta 1927, fecha en la que también se construyó el lujoso hotel compañero de la maravillosa caída de agua. La línea férrea del sur estaba compuesta por la estación Bosa, Soacha y el ramal de Chusacá, que dividía dos caminos: hacia el Salto y Sibaté. El primero continuaba con la estación Alicachín, Charquito y Salto; el segundo, con la estación Santa Isabel y San Miguel.

El tren significó un acontecimiento importante para la historia industrial, cultural y social del municipio de Soacha debido a sus implicaciones económicas, turísticas y de movilidad. Para la zona rural El Charquito, el impacto fue mayor, pues las familias campesinas y obreras dependían en gran parte del tren. No solo muchos trabajaban en el ferrocarril, sino que facilitaba el movimiento de sus mercados, el turismo, el traslado a las minas y la movilidad en general. Sin embargo, en 1945 la nación inicia el levantamiento de rieles, que, en conjunto con la salida de las empresas mineras, provocaron afectaciones para la vida económica y cultural de la región.

Antes de que hubiese tren...

Sin el ferrocarril, los muleros, arrieros y cargueros eran los principales medios de transporte de carga. La geografía montañosa del te-

rritorio colombiano limitaba el uso de carrozas y carretillas debido a las pésimas condiciones que tenían los aminos. En los inicios del siglo XX la chiva, transporte autóctono, era usado principalmente por las zonas rurales.

“Yo no me acuerdo, pero me imagino que eran las chivas el único transporte”.

(Ana Lucía)

“Antes del tren todo era a mula o a pie, la gente caminaba mucho, eran jornadas larguísimas”..

(Luis)

“Me tocaba con un burrito engalladito ja, ja, ja. Irse pa’ a veces hacer mercado a Granada, era donde se hacía, y echar el mercado en un burro [...] venían con el mercado en el burro”.

(Graciela)

Con la llegada del tren...

Para finales del siglo XIX los bogotanos recibieron su primer sistema de transporte público, que facilitó el recorrido por las empedradas y lodazales calles de la ciudad.

“Era [el tren] de un color carmelito oscuro [...] Algo, entre el rojo, pues, y el carmelito. Los vagones de carga, donde cargaban el carbón, esos sí eran grandes. La carga pues era descubierta. Eso era, digamos, como plataformas, plataformas cubiertas por los lados para que no se saliera la carga...”

(Luis)

“[...] Lo que más transportaba [el tren] eran condulas, era el carbón. Pero, así para transportar la gente eran como unas cinco u ocho vagones [...] lo que transportaba era a todos los que trabajaban a Soacha, todos los que trabajaban allá para esos lados.”

(Ana Lucía)

“Eso le daban unos tiquetes así a uno (señala la mitad de su dedo índice), lo tiqueteaban, y eso lo llevaban a uno en tren hasta Soacha. Había una estación allí en [...] el Salto y otro aquí en Bogotacito, y la otra aquí en Chusacá, y otra aquí en Soacha, y así...”

(Graciela)

El encuentro gastronómico en torno al ferrocarril...

Las estaciones de los ferrocarriles fueron lugares para el encuentro gastronómico. La parada estacionaría de los viajeros obligaba a deleitarse del aroma y sabor de alimentos tradicionales de cada región. En Soacha la fritanga, la chicha, los huesos de marrano, la longaniza, los amasijos, entre otros, eran los alimentos más apetecidos y comercializados en las tiendas junto a las estaciones férreas del sur.

“Esa [la chicha] era otra de las especialidades de Soacha, por la que incluso los grandes políticos venían con mucha frecuencia los fines de semana a Soacha a piquetejar y a tomar chicha, y jugar tejo. Ahí conocí al Doctor Jorge Eliecer, era muy amigo de Soacha...”

(Luis)

“Me tocaba con un burrito engalladito, irse... pa’ veces hacer mercado a Granada, era donde hacía. Echar el mercado, se iba en un burro y se venían con el mercado en el burro. Ya luego teníamos que salir desde por allá a coger el tren para ir a hacer mercado a Soacha.

(Graciela)

“Mi mamá aquí cultivaba mucha verdura, y nos bajamos con la verdura, nos subíamos en el tren a venderlo a Soacha. Pues, ¿cómo le digo a sumercé? [...] Nos llevaban los domingos a Soacha, íbamos a la misa y a hacer mercado. Mi mamá llevaba verdura y ella traía su mercado de allá pa’ acá, lo que fuera.

(Ana Lucía)

Anécdotas en torno al ferrocarril...

Las personas mayores de la vereda recuerdan cómo viajaron en el tren sus alegrías, tristezas, paseos, amistades, familia, costumbres, alimentos, etc. La huella social y cultural del ferrocarril es manifestada a través de emociones y sensaciones que se vuelven palabras que cuentan las anécdotas e historias de la época férrea.

“Los bogotanos, lo que eran los domingos o los sábados, se venían a piquetejar, pues a turismo a Soacha, porque llegaban y no solamente [...] ponerse a jugar al tejo bien, que era a tomar, jy jarte! [...] Otros se venían a pasear, paseaban hasta al lado de la laguna del Herrera, hacia al lado de Canoas, hacia al lado del Vínculo, donde es ahorita Maiporé”.

(Luis)

“[...] En esas piedras de moler lo ponían a uno una arroba de maíz de ese duro a quebrarlo. Mi mamá sí me ponía: “Yo le voy a quebrar ese maíz ahorita”. [...] Y como habían hartos pisco —ja, ja, ja—, hartos pisco.

Llegué y le dije a mi hermana la mayor: “Bueno, haga la cuenta, tenga en la cocina cien gramos”. Y eché a los pisco, y esos como bajan y bajan... Se llenaron. Y después, decía mamá: “¿Y esas chivatas? ¿Por qué no rindió el maíz? Mire, tan poquito” [Dijo] “Pues quién sabe?”. ¡Ja, ja, ja! Y no les alcanzaba pa’ la sopa, ¡y chupe mijo! Porque después, graves: nos arreglaba”.

(Graciela)

“Sí, fue en el 48, en el 48, pues nosotros vimos todo lo que pasó, llegó todo el ejército que se iban a tomar las plantas del Charquito, y nosotros... por aquí todo era solo. [...] El ferrocarril, [...] cuando fue el 9 de abril, que transportaban todo el ejército en el tren, que como todo esto, según decían, se iban a tomar la... las plantas de la energía; entonces todo el ejército llegaba era en el tren, y uno era feliz, uno todo puro chino, feliz viendo a todos los soldaditos cuando llegaban en el tren ja, ja, ja [...] Por aquí todo esto, como aquí todo esto habían solo... solo postes de la luz, todo esto se llenó de solo ejército. Donde uno iba, había ejército”.

(Ana Lucía)

Y también mitos y leyendas...

Los rumores sobre las penumbras del Salto del Tequendama se acompañan de relatos y leyendas fantásticas de la región inspiradas en el majestuoso hilo de agua. La cascada natural fue el escenario de escape o consuelo para muchas personas que decidieron terminar con su vida.

“De esa época, sí: todo el mundo era: “¡El Salto, el Salto!””. Después ya se acostumbraron a que el Salto era bueno, como...

¡Pa’ botarse! Ja, ja, ja.”

(Graciela)

“De los suicidas, digamos, que la melancolía que presentaban desde cuando se subían en Bogotá o en el pueblo que fuera [...], se veían tristes y a veces se contaban o le contaban al vecino del viaje. Le contaba que tenía tal preocupación, que tenía tal problema, tal decepción, pero no le decían que se iba a suicidar, sino que tenían la decepción por amorosa, de familia y tal, pero nunca decían: “Por esacausa me voy a tirar al Salto”.”

(Luis)

Pero el tren se fue...

El levantamiento de los rieles del tren en 1945 fue el acto que propició la desaparición de la línea férrea. Las razones de su salida se presumen ser: la crisis económica de la empresa Ferrocarril del Sur; el poco flujo de carga y de pasajeros; la falta de voluntad política; errores en la ingeniería de los rieles, entre otras.

“El ferrocarril se estuvo desde el año, más o menos el año 1903 y se terminó en 1967-68, debido a que ya los pasajeros eran muy escasos, porque ya ‘Uberprisas’ de buses, que se asociaba para comprar buses de último modelo y prestaban el servicio de Bogotá a Mesitas; entonces ya no había la gente y a para el Salto, la dejaban ahí. Entonces ya disminuyó los pasajeros, y por esa razón vieron que no era viable usar el ferrocarril para... no llevar, dos o tres pasajeros. Eso fue, y luego lo otro el de carga, fue porque las minas de carbón también ya se fueron disminuyendo su producción. Hasta que quedaron ya de ceros, digamos las minas se agotaron, que era lo que más se transportaba del Salto a Bogotá”.

(Luis)

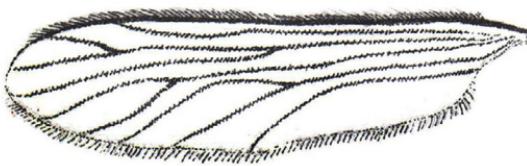
“Cuando ya no estaba el tren, comienza uno a sufrir por el transporte, ¿no? Porque uno estaba acostumbrado a viajar en el tren. Pues eso era una maravilla [...]. Pues sí, muchos recuerdos, que uno viajaba mucho, era uno feliz en el tren.”

(Ana Lucía)

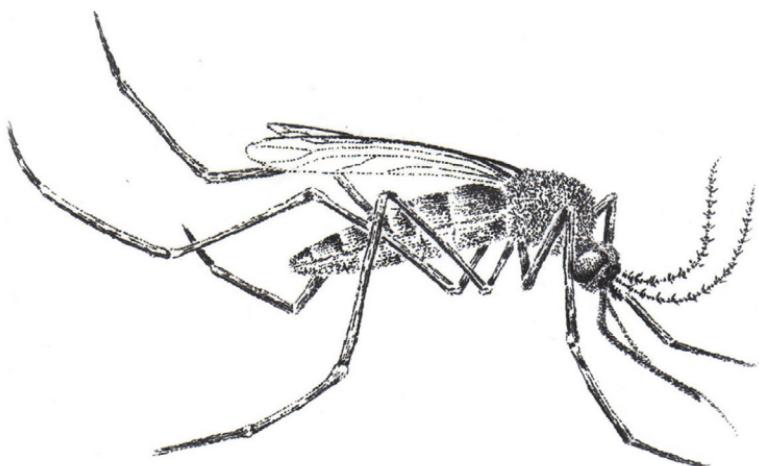
“Me gustaría [volviera el tren], pues, uno de buen corazón dice: “¡Ay, ojalá las hagan, las arreglen [estaciones]!”, pero [...] ¡ay! ¿No han visto? Cómo se sacan, cómo se sacan, perdóne, el culo toda esa gente [políticos]. ¡Qué vergüenza! Antes encorbatados, bien, bien peinados, ¿y antes se ríen? Eso sí no era. Yo por ellos —ja, ja, ja— más bien los echaba por allá a la orilla del Salto ¡Qué ladrones pa’ ser tan berracos! ¡Huy, no!”

(Graciela)

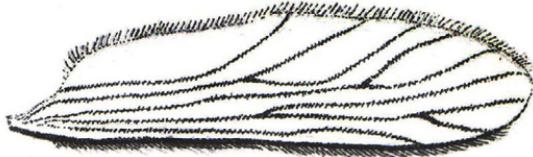
Tanto la palabra como el insecto



emite zumbidos para succionar sentido



due de golpe busdñen acabrala



anude siempre encuentre unas manos



Juan Pablo Pérez Prieto Juanchito

Juan Pablo Pérez Prieto, egresado del Colegio Universidad Libre y actual estudiante de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas en la carrera de Comunicación Social y Periodismo. Hoy tiene veinte años, pero descubrió su afición a las Ciencias Humanas mucho antes, luego de que frecuentara la escritura en el periódico del colegio y además su pasión, hasta el día de hoy, por cualquier evento deportivo. La literatura no es su fuerte. No le parece muy divertido ensoñar dentro de una realidad fuerte y cruda. Vive en Bogotá a casi dos horas de la universidad, que tiene su sede en Bosa. Tenía cinco años cuando vivía con su abuelo Arnulf: él fue mi primera guía y hasta el día de hoy lo es. Lo estimo y le aprecio mucho. Por eso decidí escribir. Escribirle a él.

Mi abuelito Arnulfo

Aquel quien ya desde hace tiempo dejó entrever canas, arrugas y uno que otro quejido a cada instante es mi abuelo Arnulfo Prieto o, de cariño como alguna vez mis tíos se lo dijeron, “Fito”. Yo prefiero el uso del diminutivo en abuelo. La vida que llevaba si bien no era la más agitada, no era precisamente como la actual pandemia se la está queriendo hacer ver. El encierro le ha agudizado la rutina hasta el punto que no soporta más la monotonía y cae en una resignación ante las dudas de una posible solución que parece cada vez más lejana. De esto y algo más es de lo que acá les quiero hablar, donde Fito es nuestro actor principal.

Si bien puedo observar las canas, su alopecia me preocupa, lo que me ha hecho no ir muy seguido al peluquero. Sin embargo, el papel principal aquí no lo va jugar el nieto sino el abuelo, a quien el confinamiento lo ha cambiado significativamente para asombro mío. Nos preocupa a todos su estabilidad emocional, además de física, aunque la última no mucho personalmente porque sé, a pesar de sus años de rebeldía, su estricto cuidado en la alimentación. Afortunadamente, dejó los vicios del cigarrillo para siempre y las copas de vino para las fechas importantes.

A las 5:50 de cada mañana el desayuno ya estaba listo con una bebida que era posible destruir cual paladar se le presentase y que ni trasegando se podía enfriar (se tiene esa costumbre de asociar la bebida a sorber y soplar). Luego de una mañana sosegada llega el mediodía, más exactamente a las 12:30 cuando almuerzo y noticiero se volvían la compañía de mi abuelito, un aspecto indiscutible debido a la excesiva necesidad de estar informado, mencionando además que, cada domingo del mes, *El Tiempo* era a suscripción (no omitía una hoja de lectura). Ese era el Fito resumido en alguna de sus acciones en suma brevedad con el que yo crecí acompañándolo, y por lo que lo distingúí de mis demás familiares en mis primeros años de infancia. Actividades que

no mucho antes hacía con el estricto horario, por lo menos el desayuno y la hora del almuerzo, porque para qué pagar la suscripción si ya todo lo leemos por internet.

“La cuarentena me recuerda el pasado, no es depresión ni angustia, pero la soledad me agobia a ratos”, me dice por teléfono, mientras un silencio profundo y severo emerge en nuestra conversación de cada viernes. Ya no está más la rutina de antes, no desde el fallecimiento de mi abuela, y mucho menos ahora por el encierro.

Su rutina anterior que tanto lo caracterizaba se modificó y ahora parece acompañarle una nueva. ¿Para qué hacer tan temprano el desayuno si ya no está mi abuela? Las noticias ahora ya no son una necesidad del mediodía, pues solo son en las mañanas únicamente deportes y entretenimiento, porque oír la situación agravarse está ya muy demás y, aunque mi abuelito es un hombre de fe, ahora el rosario se reza dos veces: de mañana y de noche (me pregunto qué dirá Dios de oírlo tanto). Todo lo devuelve al pasado y es normal en estos tiempos en que los monólogos internos florecen del más profundo sentir.

El reposo y su reflexionar lo tienen en vilo y lo agobian. Aunque en la tonalidad de su voz reconozco su alto o bajo estado de ánimo: el confinamiento nos hace entre familias extrañar un abrazo, que antes parecía rutinario e incluso se embolataba, porque la prisa con que vivimos nos lo impedía.



Foto 1. Vladimir Popovic. Dirigió el conjunto azul entre 1994 y 1995

Mi abuelito tiene miles de historias que contar, y posa orgulloso de sus trabajos, así como de las fotografías que aún

creo que tenía mucha suerte de conseguirlas. Es hincha del ballet azul, y cada rato que entro en la sala de la casa me lo recuerda en su foto abrazando a Vladimir Popovic (*Foto 1*). Aunque yo sin prisa le recuerdo el campeonato de 1971.



Foto 2. Juan Pablo II. Fue el Papa favorito de mi abuelo y la inspiración de mi nombre. Yo creía que venía del futbolista Juan Pablo Ángel.

Se desempeñó casi toda su vida como conductor, trabajó durante el gobierno del general Rojas, hasta llegar al ITC , donde conoció a María Eugenia Rojas. Sus fotografías reposan en el living del hogar, y siempre se acompañan de algún personaje reconocido por la fama que ostenta: de allí uno como lo fue el papa Juan Pablo II, la razón de mi nombre que ahora archiva la Registraduría (*Foto 2*).

Si los jóvenes estudiantes creen la cuarentena una terrible eternidad, para mí abuelito pensionado parece no tener fin. Entrar en la casa que por tanto tiempo visité con enorme frecuencia, gracias a la cercanía en nuestra residencia, hoy me hace sentir profundamente cada descripción y sentir de mi abuelito. “Otilia la recuerdo a cada nada y añoro tenerla para pasar estos momentos junto a ella”. Sin duda alguna, la actual situación agravó el duelo que cada uno de la familia vivió por el fallecimiento de mi abuela Oti (a quien no solía referirme en diminutivo, pero si acortaba su nombre), pero especialmente en mi abuelito. *La cuarentena me recuerda el pasado, no es depresión ni angustia, pero la soledad me agobia a ratos.*

Las habitaciones, la cocina y la terraza, lugares como si habláramos de nuevos países por explorar, se empequeñecen y se llenan de frivolidad producto del insípido e incoloro mundo del

cemento (y no la selva como dice Héctor Lavoe en su canción) en donde mi abuelito me habla de monotonía. “Luego de desayunar, miro que hay por hacer. Oficio o barrer, lo que haya por hacer. Alberto me tiene las ollas limpias y a las once de la mañana empiezo hacer el almuerzo. Es una monotonía. Y no miro el noticiero, porque más me preocupo”. Alberto es mi único tío, quien lo acompaña además de alguien de cuatro patas que acude por el nombre de Rufo: un perro de raza schnauzer también de canas y arrugas pero sin alopecia (ojalá tenga algo de sus genes).

Mi abuelo es un hombre afortunado que trabajó casi toda su vida y, para mi tranquilidad, su jubilación es producto de ello. El drama de miles de adultos de la tercera edad agobiados por la necesidad en busca del pan de cada día (en el lugar que si es una completa selva de cemento), son palabras de mi abuelito cuando hablamos de la actualidad nacional, aunque prefiero no hacerlo, porque ya antes nos ha dado discusiones, muy tranquilas, pero al fin a cabo discusiones. Aunque no soy adepto a la ideología contraria, ya se imaginaron alguno que otro libro del civilista Laureano Gómez y de la hegemonía conservadora que posa en algún lugar de la casa y que por supuesto ojeo con curiosidad cada vez que lo visito.

Se preocupa por cada uno de nosotros como familia, y me advierte de cuidarme. Pregunta por mi mamá y entonces no me deja saber cómo se encuentra, aunque en el momento en que lo hace es franco y sincero, tiene confianza y sin prisa me comenta cómo se ha sentido en los últimos días.

El schnauzer con los enormes bigotes le ayuda a pasar los días de encierro. “Es la mejor compañía, lo aprecio mucho porque me ayuda a sobrellevar los momentos en que me agobia la soledad”. Es una historia como cualquier otra: inicialmente era inaceptable una mascota en la casa y ahora es imprescindible.

A mi abuelo debo las primeras enseñanzas, desde el paso de gatear a caminar, hasta porqué el frente nacional no servía en aquel entonces en el ámbito de la política nacional desde su perspectiva.

Vive en tranquilidad y ríe cada momento en que lo llamo a saludar. Parece un impulso sensorial muy efectivo que suelo hacer cada semana, para pretender mantener su ánimo. Con todo, anhela mi abuelo salir cuanto antes, y yo lo escucho como un adolescente rebelde que no puede aprovechar de su juventud; yo soy el verdadero pensionado.

Aunque parece difícil pensar una vida agitada para aquel que vive pensionado, tampoco acostumbraba al encierro permanente. Tiene mucho tiempo para pensar y el mejor lugar para hacerlo es en la terraza, en uno de esos enormes sillones en que concentra sus ojos llorosos de gato, a la lejanía del paisaje urbano y con la caída del sol mientras al fondo suena un tic tac penetrante y tosco de un reloj viejo, el cual termina por culminar un día que parece repetirse incluso en pensamientos y sentires.



El término “aislamiento inteligente” no le convence mucho, lo cual es muy extraño porque proviene del mismo Gobierno Nacional. No pretendo que cambie su manera de pensar, y no será su nieto de universidad pública quien mucho menos lo logre. Sin embargo, sí soy quien extraña tomar vino y compartir galletas junto a él, mientras se oye de fondo uno de sus cantantes favoritos: Pedro Infante.



Laura Camila Ramos
(Lluvia Abril)

De cadáveres y memorias

El puente no parecía tan largo en ese día; incluso llegué a pensar que quizás *acogedor* sería un buen término para ese espacio que transito continuamente como un ente a quien por lo general el afán le arrastra los pies. El no deseo de llegar a algún lugar, y probablemente también la costumbre, fue guiando mis pies, cual corriente caudalosa, a ese puente que tiene la curiosa labor no intencionada de separar, de forma irónica, el nuevo edificio de la UTadeo y el imponente, aunque antiguo, edificio blanco un poco grisáceo que nunca noto al pasar. La ciudad ha ido creciendo a los alrededores del edificio de la memoria, creció tanto que ninguno de sus muros logró ver la muerte de Silva, las tragedias de Greiff, ni mucho menos oler el café que unas cuadras más adentro alimentaba las inmensas ansias de poesía que llegarían a ser albergadas en las inmensas entrañas del monstruo olvidado por la escuela, la academia, y sobre todo, el país del sagrado corazón.

Al caminar por ese puente con la calma y la alegría de quien es rodeado por sus compañeros de batalla, a la que de vez en cuando llamamos casa, otras cárcel y la mitad del tiempo aula, en mitad de una mirada distraída noté con un dejo de melancolía ese viejo edificio un poco oscuro que parecía observarme, quizás llamarde más de lo que algún compañero podría hacer. Lo ví, lo ví y comprendí que en la inmensidad de sus ventanas y columnas la oscuridad que le habitaba era la de aquello que solo podría poseer lo ya olvidado, lo deshabitado que logra mantenerse en pie tan solo por los inmensos recuerdos que le asedian (en su caso más memorias que recuerdos); y lo entendí, porque era un reflejo de ese mismo despojo humano que se había detenido por una fracción de segundo a observarlo y pensar que esas paredes casi blancas, un poco agrietadas, se asemejaban demasiado a su propia tez clara manchada por los siglos de impresencias y guerras no vividas pero si albergadas que la patria les había dado en común. Esa tarde seguí de largo, aunque ya inundada por los deseos de volver

y detenerme con el rumbo dictado por los cafés antiguos y los museos casi deshabitados por el ciudadano común. Recorrió mil calles más en un intervalo de veinte y con el atardecer asediándonos los pasos entré a encontrarme con el pasado de esa vieja amiga que desde esa pequeña tarde me había querido contar sus secretos.

Unas calles viejas, un taxi con poco espacio, unas llaves tardías, un restaurante español, un amigo y una pola (curioso cómo aún le llamamos Pola sin saber el precio de la libertad para cambiar nuestro destino) inundaron la noche y al final de ese largo día que quizá comprendió una semana o tres suspiros, volví a esa antigua compañera para escribir juntas su historia, y quizá también la mía.

Le empecé a contar como por inercia que un 21 de octubre de un año cualquiera en el siglo pasado una estudiante de Licenciatura en Lenguas Extranjeras dió a luz a lo que terminaría siendo una observadora distrída. Para ese momento del edificio ya sabía yo que el 9 de enero de 1777 algunos jesuitas poco apreciados por la corona habían decidido juntar su colección de libros máspreciados que terminarían formando, más allá de controversia, lo que podría considerarse el génesis de las bibliotecas públicas. Había encontrado entonces algo que teníamos en común: ninguna pertenecía a este siglo y si bien era ella el inicio del conocimiento público, yo era el resultado de la misma educación, un principio y un final entre las dos. Todo se empezaba a resumir en ello.

1822. Supe que para ese año José Mutis se integró, al menos en el alma de su expedición, a la que empezaba a ser una basta colección de libros albergada en su ya gigante estómago que no solo se había trasladado, sino que pasó de ser público a considerarse inmensamente nacional; al menos eso había designado Francisco de Paula Santander. Por mi parte, ya sabía ella de mí que aún hoy de la infancia se desprenden tajos de añoranza, pues la docencia, y con ella la academia, rodearon cada uno de mis infantes pasos. Más no fui capaz de contarle luego de que ella me recordara los días enteros en edificios blancos, inmaculados y esterilizados; luego de que me narrara, con lujo de detalles, cómo mis huellas siempre fueron acompañadas por tantos colores

y razas que hoy día se me acongoja el corazón cuando en la ciudad me encierro yo, o quizás ella, ya no lo sé.

Treinta y un años antes de sentir en las bases de mi cuerpo el nacimiento de aquel digno de albergar en mi interior, y sesenta y dos años antes de llorar sigilosamente al escuchar el disparo que traspasaría su corazón. El Congreso, un 25 de marzo, obligó a todos los impresores, incluso a aquellos fuera de la capital, a ceder un ejemplar de todo escrito, de todo tipo de documento que fuese impreso para incrementar su contenido, su estómago, sus tripas. Ella me contaba cómo su propia colección también iba en aumento, cómo su madre llevaba luego de cada Feria del Libro con un nuevo ejemplar para leer y luego colocar en ese armario-biblioteca que juntos, papá, mamá y yo habíamos armado.

Nos detuvimos en ese instante: notamos que fundirse entre tanta historia era sencillo cuando es la ciudad misma quien nos habita en cada paso dado, en cada senda recorrida, en cada callejuela sutilmente bautizada por esa constante lluvia que todo lo invade, lo limpia y lo traspasa entre los suspiros nacidos de la memoria. Me detuve, junto a mí también lo hizo ella y noté con precavida tristeza que durante dos extensos años crucé por el frente de la Biblioteca Nacional sin notar siquiera ese mar de constantes presencias que la han invadido a lo largo de las guerras, las muertes y las letras. Me detuve, nuevamente, y pensé en cómo habitamos constantemente este espacio sin notar su trascendencia, que manchamos los pasos de Borges con nuestros distraídos pies.

La ignoré a lo largo de dos extensos años mientras ignoraba también esa tristeza que me lleva invadiendo seiscientos treinta días, que me recorría los pasos que más que distraídos eran melancólicos. La dejé de lado y la di por sentado cómo lo hice con los atardeceres, la intrépida llovizna y los tranquilos versos de mi madre. Le pedí que esperara mientras caminaba y cuando por fin detuve la marcha me hallé a mi misma perdiendo los días como está biblioteca ha perdido mil páginas... carcomidas por las polillas y el olvido.

Me despedí como quien se despide de una vieja amiga con la que ha compartido media vida y ya no sabe a quién pertenece cada historia. Me despedí con el sol a mis espaldas y un reflejo blanco en el dorso de la mano, de la memoria, de las guerras que sigo batallando en la misma ciudad que engendró un golpe de estado, una toma guerrillera, un bogotazo y una biblioteca.

MUNDO

TREGUA

delicado

representa la cu...
como los mercados de Uru...
De todas formas, la d...
pecto al dólar.

lentones
ca o nula
ca desigual-
el chileno
tientes
ella
o

EXCE

ensi-
ente
gac
que
reación
así co
ha d...
el qui
sarro
de l...
tensi

reación



Ana Victoria Silva

Ana Victoria Silva Tovar se graduó de la licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas con el trabajo en creación *Crónicas de un país en arriendo*, el cual nació de sus inquietudes tempranas por el ejercicio de la escritura como posibilidad vital, más allá de ser apenas una fatalidad que debe aprenderse en la escuela; pero también de su inquietud por la complejidad de un conflicto cuya narrativa silencia las voces de las mayorías, en favor de la instauración de un único relato que encubre las fosas comunes sobre las que se construye.

Parte uno
(o la travesía del atravesado)⁴

[Fragmento]

Una historia me recordará vivo
Mercedes Sosa

La memoria —dijo Camilo mientras dejaba la enjalma en el piso para que la mula descansara—. ¿Usted por qué me pregunta eso? —me quedé un rato en silencio, su pregunta, a pesar de todo, me había tomado por sorpresa. Finalmente le dije que si no quería no era necesario que me respondiera. Él me miró un poco confundido. —Usted es raro—. —El camino ha sido largo —le dije porque el silencio se había vuelto tenso y yo no sabía cómo explicarle que esa pregunta me había rondado desde hacía un buen trecho así que no había tenido otro remedio que formularla. —Pues mire —dijo tranquilamente—, yo no sé qué es a lo que usted llama memoria, pero si me pregunta por los recuerdos, pues tampoco sé qué es lo que pregunta. Lo miré un poco contrariado. Tenía razón. Yo no sabía en realidad qué era con exactitud lo que estaba preguntando. La memoria —dudé un poco—, bueno pues, la memoria son los recuerdos, pero son como los recuerdos de todos— me contuve, porque tuve la impresión de que no había caso en explicar algo que ciertamente para mí también era confuso; sin embargo lo que había dicho pareció haber sido suficiente.

—Mire, de eso a lo que usted le dice la memoria sabían más los abuelos, pero ellos se inmolaron junto con otros cuando la minería se

⁴ El fragmento del trabajo creativo de Ana Victoria que presentamos en este espacio hace parte de *Crónicas de un país en arriendo* (2018), libro en el que explora los vericuetos de un territorio complejo a través de dos personajes que encuentran excusas para la memoria, el reconocimiento y la búsquedas de la historia colombiana. El trabajo completo se puede consultar [aquí](#).

vino y empezó a destripar la tierra y a dejarnos de paso sin alimento y a dónde poner los ojos... lo que yo sé es que el olvido, que es como una culebra pudridora, nos mordió un día y todo se nos vino jodiendo. — Perdone usted, pero cada vez estamos más jodidos. Su mirada se había vuelto turbia. El canto de los grillos empezó a inundar nuestros oídos, los pequeños animales parecían querer evaporar los demás sonidos del mundo, así que guardamos silencio.

A eso de las tres y media nos pusimos otra vez en camino. Todavía no llegábamos a la selva tupida y era conveniente esperarse un poco y rogar para no encontrarnos con nadie armado. Esta vez teníamos por delante unos tres días de camino entre el Campamento de La Solita y el del Guamo. La misión: ir recolectando semillas del bosque para que luego de la explotación quede al menos la posibilidad de que nazcan otra vez las matas de su suelo. Estamos en lo que se conoce técnicamente como fase exploratoria que viene antecitos de las excavaciones para montar las máquinas extractoras. Camilo me guía por el monte y me va mostrando dónde crecen las colonias boscosas más tupidas y por dónde debo ir para no toparme mal con una culebra venenosa o con alguna fiera. Es bajito de pelo negro y liso, piel morena y ojos pequeños, labios gruesos; espalda ancha y piernas fuertes. Normalmente no habla mucho, más bien observa y de vez en cuando hace alguna pregunta, especialmente si tiene que ver con el tratamiento de las semillas, en ocasiones, muy raras, advierte sobre la importancia de no dejar secar esta o aquella raíz o del peligro de dar cierto tratamiento a algún cogollo de heliconia.

El cielo iba dando muestras de que venía la oscuridad poblada de estrellas y de que el otro día sería uno soleado como este. El horizonte estaba rojo en la lejanía, el sol de los venados cada vez se sonrojaba más y bajaba con rapidez para darle paso a la luna que venía llena. La noche estaba clara, y hacía calor. Prendimos fuego y colgamos lo chinchorros. El fuego, según dicen aleja a las fieras y el humo a los mosquitos, así que saqué uno de mis piel rojas y me puse a fumar; le ofrecí uno a Camilo, quien por su parte me ofreció unos traguitos de

guarapo de caña fermentado.

—¿Camilo, usted por qué trabaja para la empresa? —me atreví a preguntar—. Quiero decir que usted mismo ha dicho que ellos son los responsables de lo que le ha pasado a su gente... Me miró un instante. —Pues sí —dijo— pero ¿y dígame, cómo tratan al indígena en la ciudad? No supe qué responder. Ciertamente, gran parte de los que se van desplazados, sean indígenas o campesinos, terminan viviendo en las calles o en edificios viejos y sobre-habitados a los que se llama con algún decoro “resguardos”.

Él continuó. —Yo me volví para ver cómo termina todo, me parece que si me voy por allá me salvo al cuerpo, pero no me salvo la vida, la ciudad se consume a la gente, se la acaba. Yo fui una vez por allá, pero me devolví a buscar trabajo. ¿Usted cree que alguien puede escuchar el canto de la guaracha sin el rumor de la selva, sin pensar acaso que esa es música de mendigo? Mire, yo me puse a llorar y le dije otra gente que no nos fuéramos así, dejando a los abuelos solos, que el grito de sus cuerpos no debía sofocarse con el olvido... pero no me hicieron caso. Dicen que necesitan ir a la ciudad para que otros se sumen a nuestras luchas... A mí me parece que esa es pura buena fe, que habría que quedarse y al menos ser testigo.

Cuando los pájaros empezaron a llamar al sol, Camilo ya estaba de pie organizando los arreos de las mulas y yo estaba organizando algo para el desayuno. Tomamos un café y a eso de las cinco y media empezamos a caminar. Esta jornada era, según el cronograma, la más larga de todas, porque desde la zona próxima comenzaba la marcha de inventario. El bosque tropical se desperezaba y las guacamayas atravesaban el cielo todavía azul.

El bosque de la planicie empezó a asomarse y el calor a hacerse húmedo, como es propio de estas zonas. Las gramíneas perennes empezaban a quedarse atrás junto con las pequeñas zonas boscosas de palma canaguchero o canaguchales, morichales, hobos y caimaronas, así como gualandayes, guataros y árboles de vara santa. Aprovechamos para coger uvas que, por ser temporada, estaban en cosecha y segu-

mos andando. La textura de la caimaronas es especialmente extraña, tiene una cascarilla relativamente dura, aunque no crocante, que guarda en su interior una pulpa jugosa y dulce. Cargué todas las que pude, porque el calor que parecía ir abalanzándose sobre el día y creciendo exponencialmente ya me hacía sudar como cerdo. En estos casos lo mejor es estar bien hidratados.

Los brazos de Camilo, sus brazos de cobre también estaban mojados por el sudor: el indio paraba cada tanto a tomar un poco de guarapo de caña y me ofrecía. Yo a cambio le pasaba uno de mis cigarrillos y conversábamos, especialmente sobre el tiempo o sobre lo que nos esperaría en el camino.

Ayer mismo habíamos estado comprando algunas cosas en el pueblo, vainas de ferrería para los cortes y recipientes para cargar las semillas y los esquejes, dependiendo del tipo de ejemplar. Teníamos una semana para hacer la travesía hasta el otro campamento y el camino, por ser el primer día en campo, parecía largo, como todos los caminos que recién se cogen. No nos topamos con animales silvestres hasta bien entrado el día: sólo algunas garzas con pico de espátula y algunos sapos que se habían dejado oír entre los morichales, pero no nos acercamos mucho. Nos interesaba especialmente el bosque tropical, que como se sabe cubre sólo el 7% de la tierra pero es el que alberga la vida de forma más variada. Allí encontraríamos nuestro tesoro de semilla.

A medida que avanzamos hacia las montañas, los chaparrales se fueron haciendo cada vez más lejanos. El bosque tropical empezaba a abrirnos sus puertas como en una especie de hechizo que no podíamos declinar. Llegamos bien entrada la tarde a la casa de paso donde, según el itinerario debíamos dejar las mulas para continuar a pie, de forma que pasaran otros trabajadores a recogerlas para regresarlas al pueblo. En el otro campamento nos esperaba una avioneta para llevarnos al aeropuerto. Otra vez a la ciudad. Pero nos faltaban todavía algunos trechos largos antes de arribar a destino. De cualquier manera, en la casa a la que llegamos pudimos pasar la noche, nos dieron aguapanela con pan de maíz, cuerdas y otros elementos que nos serían especialmente

útiles en el manejo de plantas que crecen en lo alto de los árboles.

Tenía la esperanza de encontrar, antes de cruzar el umbral boscoso, algún chigüiro en estado natural, pero no tuve ese gusto, cuando pasamos por los esteros parecían estar deshabitados. Lo que sí avistamos, ya despuntando el día, fue una gran cantidad de aves que estarían seguramente esperando el momento oportuno para regresar a sus casas sin ser preseguidas por nadie. —A veces se me ocurren esas cosas—. Las cocoritas rojas, las siguiñuelas y los barraquetes volaron rápidamente haciendo algarabía mientras los monos del bosque hacían su propio coro con sus aullidos misteriosos. La vida, en una palabra, la vida que iba a ser destruida por las máquinas que desentrañan los millones de años de la tierra para llenar las barrigas rotas de pocos hombres en el norte.



Crisol

Crisol nace en el vientre de un higuerón a la orilla del río Cauca. Nace en la chuma de un sueño en el que mayoras y mayores se reunieron para concertarle el nombre, cantando a los espíritus y al fuego. *Namikus, crónicas del Cauca para niñas y niños caminantes* relata ese nacimiento jalando la cuerda de las raíces: se escribe como una búsqueda antigua que comprende el futuro como un paso hacia atrás. La palabra que allí se plasma no pretende ser objetiva, pues entiendo mi escritura como un filtro valioso que siente la realidad que lo atraviesa. Así, en su momento, procuré disponer el cuerpo para el acto creativo, llevándome a aprender junto a los pueblos originarios qué es eso de la autonomía y el buen vivir. Namikus se escribe bajo esa búsqueda y se convierte así en un libro caminante; va recibiendo con gusto los aprendizajes que transforman las materias primarias de la tierra y el lenguaje mismo. ¡Que siga viajando la palabra!

Todas las semillas son úteros itinerantes⁵

Antes de llegar al encuentro anual de armonización, miles de semillas tuvimos que atravesar las montañas donde crecieron nuestras ancestrales; generaciones de semillas hermanas liberadoras de la tierra desde el inicio de los tiempos. Entre manos y jígaras acudimos al llamado de la nueva vida recibidas por montañas ancianas y chicas que cambian de temperatura de la cabeza hasta las faldas. Cambian en el viento y en el rumor de la lluvia, cambian en los colores según las alturas.

De cualquier manera, para nosotras es importante ese cambio porque gracias al sol, ríos y mares se pueden convertir en nubes. Nubes de agua que riegan nuestros cuerpos y hacen que rompamos fuente para hacer florecer pura vida. Si, nosotras somos los úteros. En nuestro vientre guardamos el embrión del alimento que crece igual que el cuerpo de los hombres y las mujeres; caliente y seguro. Crece el alimento junto con la fuerza de los pueblos porque todo lo que es nace de algún útero itinerante. Se riega el agua en los poros de la tierra descubriendo cucarrones, escarabajos, mujeres y niños, todos esperando la llegada de la gran fiesta de armonización. Nos preparamos durante todo el año para celebrar al ritmo de la música y la danza, nuestro retorno hacia la tierra húmeda. Es el momento señalado para que los guardianes de las semillas den la bienvenida al invierno del trópico.

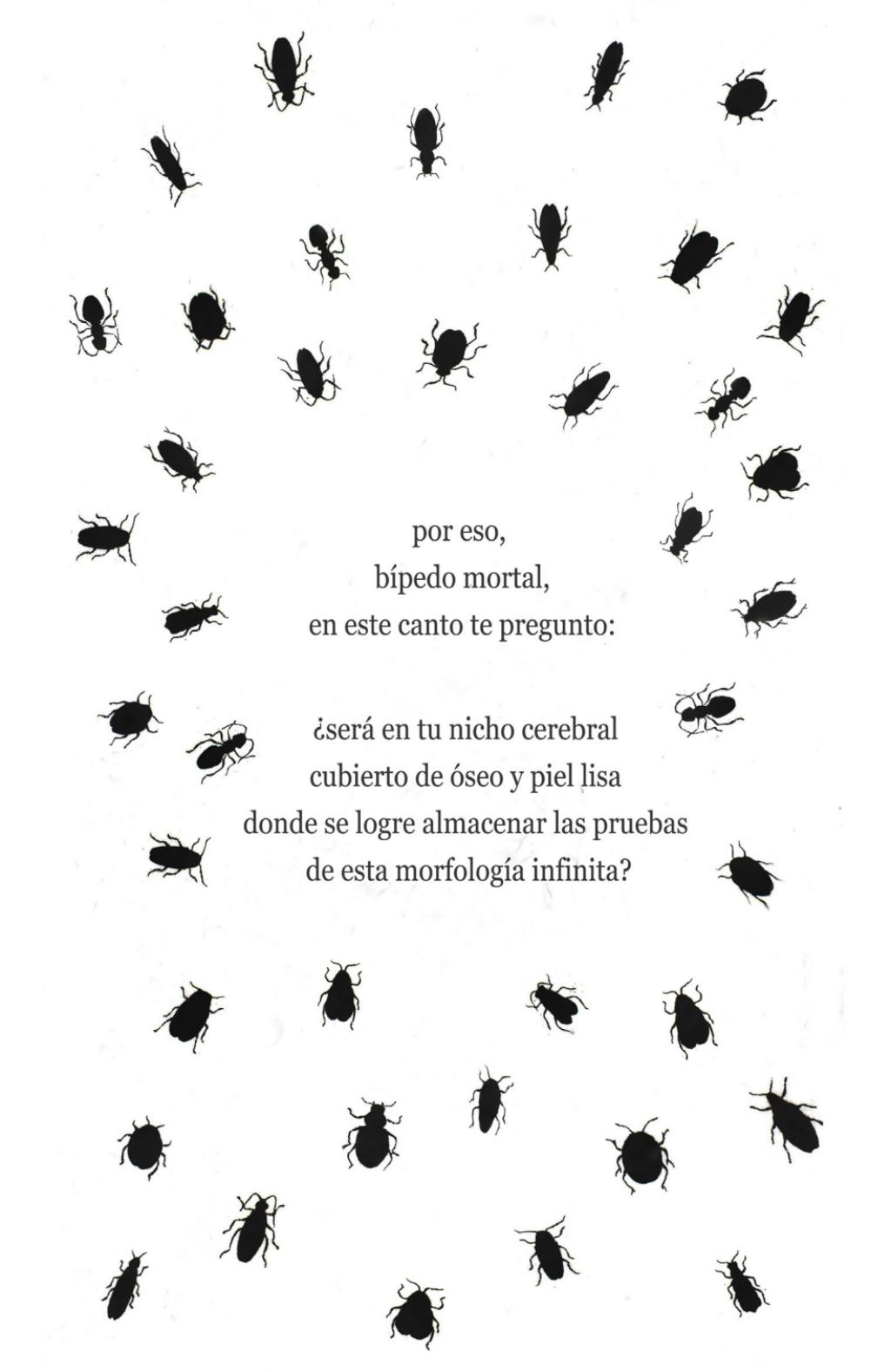
Lo primero es ir a buscar el árbol que se encuentra escondido en las profundidades del bosque. El tronco se debe cortar, según han indicado los espíritus, y en su lugar, sembrar muchos más. Cada árbol posee dentro de sí, una personalidad. En esta ocasión el árbol que encontraron los guardianes era un abuelo. Estuvieron ofrendando para él música, chicha y chaguasqua que es un preparado de maíz molido. El

⁵ El fragmento que compartimos en este espacio hace parte de Namikus. Crónicas del Cauca para niños y niñas caminantes (2019), libro que más allá de pertenecer al trabajo de grado de Paula, es tronco esencial de sus andares y convicciones de existencia. Se puede conocer completo [aquí](#)

árbol abuelo debía resembrarse en el lugar del ritual. Al tener energía masculina, las principales cargadoras debían ser mujeres. Así que con la fuerza femenina de la tierra las guardianas transportaron el árbol hasta la copa de la montaña donde nosotras las semillas esperamos. Los lugares señalados por los espíritus, para la resiembra, cambian cada año. Así que, picos, abismos y cielos de todas partes del Cauca reciben al tronco en cada ocasión para que cuide las ofrendas que se brindan a la madre tierra durante la resiembra de ese tronco que llamamos Saakhelu.

Música, danza y chicha acompañan el momento agradeciendo por la fuerza y la tierra húmeda que vendrá. Se danza zapateando duro para que los espíritus escuchen y acompañen. Para que desciendan del espacio hasta la tierra en forma de cóndor, y en su vuelo, una los dos mundos del cielo y el subsuelo. En la danza, niñas y mayores crean formas de animales con alas y sin ellas. Gallinazos y culebras son venerados por guardianes y guardianas de todas partes. Mientras se danza se sueña. Se sueñan las cosechas con los tallos floreciendo. Se sueña el nacimiento rebelde en medio de la guerra. Se sueñan los colores de la comida. Se sueña la chicha de maíz y el árbol infinito. Se sueña la tierra libre para que todos los seres seamos.

El tronco que se alza es, entonces, un enlazador de mundos posibles donde seres invisibles, semillas, mujeres y hombres celebramos por la tierra que estará lista para recibirnos. Nacen igual el maíz y el guardián, por eso, alrededor del Saakhelu festejamos la fertilidad de todos los seres. Música de flautas y tambores suena todos los años durante tres lunas seguidas y se extiende su sonido hasta el siguiente año momento en el que el ciclo vuelve a empezar y otro Saakhelu hay que sembrar.



por eso,
 bípedo mortal,
 en este canto te pregunto:

¿será en tu nicho cerebral
 cubierto de óseo y piel lisa
 donde se logre almacenar las pruebas
 de esta morfología infinita?



CONFIDENCIAS

Acompañar el desarrollo, la elaboración y recopilación de este texto ha sido una experiencia llena de aprendizajes para nosotras; vivir cada proceso al convocar, escuchar, comprender, sentir y reunir cantos ha sido intenso y gratificante desde que William y Kely nos extendieron la invitación de hacer parte de uno de sus sueños, que también ahora es uno de los nuestros, ya que desde el primer momento que conocimos acerca del proyecto con el lanzamiento de la primera edición, sentimos gran admiración por todos aquellos y aquellas que alzaron su voz en sus páginas. Por eso imaginar el resultado final de esta segunda edición fue esperanzador y motivante. Hemos visto como desde la convocatoria ha existido interés por parte de la comunidad estudiantil por participar de esta antología y durante meses contamos con muchas otras personas que nos han acompañado mediante sus lecturas, sus propuestas y su apoyo en la composición gráfica. Gracias a ellos, ellas y a ustedes nace esta segunda parte.

Desde todas las cosas se levantan cantos es una antología que logra acoger a todos aquellos que puedan encontrarse en alguna de las narraciones, a los y las lectoras también corresponde este proyecto que nace esencialmente de una necesidad por compartir aquello que también nos une: la escritura. Inicialmente desde la licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana donde gracias a la participación de todos y todas los estudiantes logra surgir, tiempo después se acoge un segundo encuentro, esta vez gracias también a la participación de estudiantes de otros proyectos curriculares.

Este libro ha sido construido de manera colectiva y estamos profundamente agradecidas por la acogida que ha tenido desde el primer momento, también orgullosas por el resultado del mismo. Fue realizado gracias a la disposición de todos y todas ustedes, pero especialmente de los estudiantes de la facultad de Ciencias y Educación de

la Universidad Distrital, quienes decidieron animarse a compartir con toda la comunidad sus cuentos, poemas y relatos no ficcionales. Para ustedes y por ustedes este libro lleno de sentires profundos, encuentros con la vida y resistencia. ¡Muchas gracias!

Laura Daniela Rojas y M. Alejandra Sotaquirá.

PORQUÉS

El nombre de este libro, *Desde todas las cosas se levantan cantos*, no sólo es un homenaje en forma de título a Roberto Juarroz, sino que es también una afirmación: la literatura se encuentra en todos lados y, por lo tanto, puede ser cabello en el arroz, piedra que no se ve pero que lleva al tropiezo, hematoma que uno se descubre producto de un golpe que no recuerda o, como quisimos intentarlo aquí, insecto que aparece de repente en la pared, sin saber muy bien de dónde salió; es decir, existencia plena y constante que sólo se reconoce de sopetón, cuando mueve sus patas o alas por el lugar más insospechado. Ahora mismo, debajo de su colchón o sobre el escaparate de la cocina puede haber un bicho que sumercé desconoce que está ahí, pero está; eso es la literatura (a veces, lo sabe Gregor Samsa, el bicho está dentro de uno o es uno). Por eso ese poema en paralelo que Wendy Vargas y Michael Albornoz han realizado para esta edición, tan salvajemente encontrado en un lugar cualquiera dentro de las páginas.

Además, lo que se levanta es canto, palabra que (re)suena, *cantar de la palabra*, tal como ha sucedido originariamente en la transformación de música a texto literario. Porque, y así ha nacido este proyecto hace ya casi cinco años, hemos creído que la palabra canta, no siempre armónicamente y no siempre para alegrar la vida, pero retumba, vibra, desconcierta, commueve, estremece, ensordece, acompaña, estabiliza, remueve en el olvido, la muerte, la injusticia y el amor. Por ello el nombre y por ello la insistencia en llevar a cabo este proyecto: cada persona aquí levanta un sonido acerca del mundo desde su rincón diminuto.

Por lo demás, algunas explicaciones sencillas sobre esta edición son:

1. Bajo la idea de la soberanía enunciativa que esbozamos con Christian Rincón en el proyecto de La Pájara Pinta, respetamos la forma en que las personas quisieron decirse y mostrarse en sus semblanzas y fotografías, así como en su escritura, por lo

que cambiamos casi nada en estos aspectos (hay unos poemas alineados a la izquierda y otros al centro, por ejemplo).

2. La sección de *no ficción* contiene cinco textos de personas invitadas (es decir, que no hicieron parte de convocatoria como el resto), lo cual no sucede en los apartados de poesía y cuento. Ello se debe a que la convocatoria para esta sección no tuvo una respuesta tan amplia como las otras dos y quisimos darle equilibrio de esta manera. Además, se trata de trabajos bellísimos y bastante valiosos que fueron realizados como modalidad de grado de Lengua Castellana y nos resultó de interés difundirlos aquí.

3. Wendy y Michael no sólo escribieron el poema en paralelo sino que lo ilustraron y fueron fundamentales en el proceso de su adecuación al resto del texto.

4. Las imágenes (fotografías e ilustraciones) que están regadas por todo el libro fueron seleccionadas de la convocatoria gráfica que llevamos a cabo con la ayuda invaluable de Valeria Mosquera Osorio y Catalina Vanegas. las incluimos como una especie de cuarta sección en paralelo.

5. En *Personas* mencionamos todos los nombres de quienes nos ayudaron en el proceso de primer y segundo filtro de selección. Y, como sin esas dos etapas este libro no sería posible, tales nombres son nucleares e imprescindibles.

Es un poco todo. ¡Gracias por llegar hasta aquí y recuerde que sumercé, lector o lectora, tiene que ver todo con este libro, porque la literatura cuando aparece debe ser un bicho que nos conmueva a todos y todas, o no ser!

William Pascagaza Jiménez

HORIZONTES

PERSONAS.....	5
POESÍA	7
Mateo Quintana	8
Catalina Vanegas Porras.....	12
Kenny Escobar Ruiz.....	14
Ricardo Correa	18
Laura Pacheco	22
Henry Rocha	24
Laura Camila Ramos.....	28
Jhon Sebastián Devia.....	33
Kenny Espitia	37
Santiago Alvarez	41
Alejandra Sotaquirá.....	45
R.M Albornoz	47
María Camila Garzón.....	55
Sergio Mora	58
Nelly Navarro.....	61
Sebastián Gaviota	67
Lorena Santana	70
Alberto Sánchez	72
Valentina Arellano.....	76
Edward Cristancho	81
Natalia Pacheco	83
José David Sierra.....	85
Lorena Escobar	91
CUENTO.....	94
Luisa Lovera Pestana.....	95

Augusto Yepes	102
Laura Muñoz	110
Andrés Camilo Lizarazo	117
abceis	121
Jhojan Mauricio Páez	126
Valentina Lugo	133
Yeisson Regino Vergara	140
Miguel Feliciano	146
 NO FICCIÓN	 153
 Diana Contreras Jiménez	 154
Esperanza Umaña Pachón	163
Angie Rozo Blanco	170
Juan Pablo Pérez Prieto	178
Laura Camila Ramos	184
Ana Victoria Silva	190
Crisol	196
 CONFIDENCIAS	 201
 PORQUÉS	 203

Licencia
Creative Commons

Atribución
No Comercial
Compartir igual



Atribución - Autoría:
se deberá respetar la autoría del texto. Siempre habrá de constar el nombre del autor/a.



No comercial
No se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.



Compartir igual
Puedes mezclar, transformar o crear nuevo material a partir de esta obra, y podrás distribuirlo siempre que utilices la misma licencia de la obra original.

